ZOLA

PASCUAL

2

P02501
D3
v.2

101147

1020026901





FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS



EL DOCTOR PASCUAL

Núm. Clas. N
Núm. Autor Z86d
Núm. Adq. 30851
Procedencia -8-
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

AÑO V

Cada número forma un grueso volumen de más de 200 páginas, gran tamaño, á dos columnas.

Se divide en dos secciones: española y extranjera. La española está escrita por **Barrantes, Campoamor, Canovas, Castelar, Echegaray, Galdós, Menendez y Pelayo, Pardo Bazán** (D.ª Emilia), **Palacio Valdés, Pi y Margall, Thebussem** y **Valera**, con los que alternan, en concepto de colaboradores, los primeros publicistas españoles. La parte extranjera está redactada por **Bourget, Cantú, Coppée, Cherbuliez, Daudet, Dostoyusky, Gladstone, Goncourt, Richepin, Tolstoy, Turguenef** y **Zola.**

Precios de suscrición, pagando por adelantado: En España, seis meses, *diez y siete pesetas*; un año, *treinta pesetas*.—En las demás naciones europeas y americanas, y en las posesiones españolas, un año, *cuarenta francos*, enviando el importe á esta Administración en letras sobre Madrid, París ó Londres.

Las suscriciones, sea cualquiera la fecha en que se hagan, se sirven á partir de los meses de Enero y Julio de cada año. A los que se suscriban después, se les entregarán los números atrasados.

Se remite un tomo de muestra gratis á quien lo pida por escrito al Administrador de LA ESPAÑA MODERNA, Cuesta de Santo Domingo, 16, principal.

Quedan algunas colecciones de los años 1889, 90, 91 y 92 á **30** pesetas cada año en rústica, y **40** en pasta.

COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS

EL
DOCTOR PASCUAL

NOVELA DE

EMILIO ZOLA

CON LA BIOGRAFÍA DEL AUTOR

POR

GUIDO DE MAUPASSANT

TOMO SEGUNDO

MADRID
LA ESPAÑA MODERNA
Cta. de Sto. Domingo, 16
Teléf. 260.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

101147 30851

CAPILLA ALFONSINA
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

AGUSTÍN AVRIAL.— Imp. de la Comp. de Impr. y Libr.
San Bernardo, 92.—Teléfono 3.674

EL DOCTOR PASCUAL

VIII

Vino entonces la posesión dichosa, el idilio feliz. Clotilde era la nueva savia que llegaba á Pascual á última hora, al declinar de la vida. Le llevaba el sol y las flores en su traje de amante, y esta juventud se la ofrecía Clotilde, después de treinta años pasados en el estudio, cuando ya el doctor estaba fatigado y desencajado de haber visto el horror de las llagas humanas. Pascual renacía bajo los ojos claros de Clotilde, al soplo de su aliento puro. Quedábale todavía fe en la existencia, en la salud, en la fuerza, en la eterna renovación.

Aquella primer mañana, después de la noche de amor, Clotilde se adelantó á salir de la alcoba á eso de las diez. En medio de la sala de trabajo vió á Martina como clavada

en el suelo, con aire de sorpresa y susto. Por la noche, el doctor, al seguir á la joven, había dejado abierta la puerta de su cuarto, y la criada, que había entrado en él libremente, acababa de ver que la cama no estaba deshecha. Luego, Martina experimentó la sorpresa de oir rumor de voces que salía de la otra habitación. Fué tal su estupor, que se convirtió en estatua.

Y Clotilde, contenta, en una explosión de felicidad, en un rapto de alegría extraordinaria que lo arrollaba todo, se lanzó hacia ella, gritándola:

—Martina, ya no me voy.... El maestro y yo nos hemos casado.

Ante aquel golpe, la anciana criada se tambaleó. Un desgarramiento, un dolor atroz hizo palidecer su pobre rostro gastado, lleno de resignación como el de las monjas, bajo la blancura de su cofia. No dijo palabra, dió media vuelta, bajó la escalera y fué á ocultarse en el fondo de la cocina, con los codos apoyados sobre la mesa de partir carne, donde sollozó, tapándose la cara con ambas manos.

Clotilde, inquieta, desolada, la siguió y trató de hacerla comprender y de consolarla.

—¡Vamos, eres tonta! ¿Pero qué tienes?... El maestro y yo te querremos lo mismo: estarás siempre con nosotros... Porque nos hayamos casado no serás tú desgraciada. Al contrario, la casa estará alegre en adelante, desde la mañana hasta la noche.

Pero Martina sollozaba con más fuerza, sin consuelo.

—Respóndeme al ménos. Dime por qué estás incomodada, por qué lloras... ¿No te alegras al saber que el maestro es tan dichoso, tan dichoso?... Voy á llamarle y él te obligará á responder.

A esta amenaza, la vieja se levantó de pronto, se lanzó á su cuarto, cuya puerta daba á la cocina, y empujándola con un gesto furioso, se encerró violentamente. En vano la joven llamó, golpeó, hasta cansarse.

Pascual acabó por bajar, atraído por el estrépito.

—¿Qué pasa?

—¡Esta terca de Martina! Figúrate que se ha puesto á llorar cuando supo nuestra dicha. Se ha encerrado en su cuartucho y no responde.

Martina, en efecto, no daba señales de vida. Pascual la llamó, golpeó á su vez la puerta. Se encolerizó y luego enternecióse.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Uno y otra llamaron de nuevo. Nadie respondía; no salía de la habitación más que un silencio de muerte. El doctor se figuraba aquella pequeña alcoba, de una limpieza maniática, con su cómoda de nogal y su lecho monjil, adornado de blancas cortinas. Sin duda la criada se había arrojado en la cama, donde había dormido sola durante toda su vida de mujer, para morder la almohada y ahogar los sollozos.

—Ea, bueno: ¿y qué?—dijo al fin Clotilde, en el egoísmo de su alegría.—¡Que se enfurruñe si quiere!

Después, cogiendo á Pascual entre sus manos frescas, levantando hacia él su cabeza encantadora, donde ardía aún el deseo de entregarse á él, de ser cosa suya:

—¿Sabes, maestro? Yo seré hoy tu criada.

El la besó en los ojos, emocionado de gratitud, y en seguida Clotilde comenzó á ocuparse del desayuno y á revolver la cocina. Se puso un inmenso delantal blanco, con el cual estaba hermosa, remangándose las mangas que mostraban sus brazos delicados, como si fuese á realizar una gran tarea. Justamente estaban allí ya las chuletas que ella condimentó muy bien, añadiendo huevos y patatas fritas.

Fué un desayuno exquisito, interrumpido mil veces por su celo, por su prisa en correr á buscar pan, agua, un tenedor olvidado. Si el doctor lo hubiera tolerado, ella se hubiese puesto de rodillas para servirle.

¡Ah! ¡Estar solos, no ser más que los dos en aquella casa grande y melancólica, verse lejos del mundo, poseer libertad para reir y amarse en paz!

La tarde la dedicaron á los quehaceres domésticos; barrieron, hicieron la cama. El mismo Pascual quiso ayudarla. Aquello era un juego; se divirtieron como dos niños reidores. Y de cuando en cuando, sin embargo, ¡iban á llamar al cuarto de Martina! ¡Vamos, estaba loca; era capaz de dejarse morir de hambre! ¡Se habrá visto terca por el estilo, cuando nadie le había hecho nada! Los golpes resonaban siempre en el oscuro vacío de la habitación. Cayó la noche, y tuvieron que ocuparse de la cena y la comieron apretados el uno contra el otro, en un mismo plato. Antes de acostarse, hicieron el último esfuerzo, amenazaron con tirar la puerta, sin que sus oídos, pegados á ella, percibiesen el menor ruido. Al día siguiente, al despertar, cuando bajaron, se apoderó de ambos seria inquietud al notar que todo se-

guía lo mismo y la puerta permanecía cerrada herméticamente. Veinticuatro horas hacía que la criada no daba señales de vida.

Luego, al volver á la cocina, de la cual habían salido un momento Clotilde y Pascual, quedaron estupefactos viendo á Martina sentada delante de la mesa, preparando acederas para el almuerzo. Sin ruido, había recobrado su puesto de sirviente.

—¿Pero qué has tenido?—exclamó Clotilde.—¿Hablarás al fin?

Martina levantó la cara triste, inundada de lágrimas. Había adquirido gran calma, y no se veía en ella más que la vejez resignada y oscura. Con aire de infinita queja, miró á la joven; luego bajó la cabeza sin hablar.

—¿Es que no nos quieres?

Y como Martina siguiese callando, Pascual intervino:

—¿Está V. enfadada con nosotros, mi buena Martina?

Miróle entonces la criada con la adoración de otros tiempos, como si le amase bastante para soportarlo todo y seguir en la casa contra viento y marea. Al fin habló:

—No, no estoy enfadada con nadie... El amo es libre. Todo está bien si él está contento.

Desde entonces comenzó la vida nueva. Los veinticinco años de Clotilde, que había sido niña mucho tiempo, se derramaban en una flor de amor, exquisita y llena. Desde que su corazón había latido, el muchacho inteligente que llevaba en sí, con su cabeza redonda, de cortos cabellos rizados, dejó el puesto á la mujer adorable, á la mujer que ama y es amada. Su gran encanto, á pesar de la ciencia adquirida al azar en sus lecturas, consistía en su sencillez de virgen, como si su esperanza de amor la hubiese hecho reservar el don de su ser, su fusión, para el hombre á quien amaba. Ciertamente, Clotilde se había entregado, no sólo por agradecimiento, sino por admiración, por ternura, dichosa con hacer feliz á Pascual, saboreando la alegría de no ser más que una niña entre sus brazos, una cosa que él adoraba, un bien precioso, que él besaba de rodillas, rindiéndole un culto exaltado. De la devota de otros tiempos conservaba aún la joven el abandono extático entre los brazos de un maestro viejo y todo poderoso, como si advirtiese, por encima de la sensación, el calofrío sagrado de la creyente que había en ella. Pero, sobre todo, la enamorada, tan mujer, tan vehemente, ofrecía el caso delicioso

de ser robusta, alegre, de comer á dos carrillos, llevando en sí algo del valor de su abuelo el militar, llenando la casa con el bullir de sus miembros delicados, de la frescura de su piel, de la gracia excitante de su talle, de su cuello, de todo su cuerpo joven, divinamente fresco.

Y Pascual, en su amor, había vuelto á ser hermoso, con la hermosura serena de hombre que conservaba vigor bajo sus cabellos blancos. No tenía ya el rostro dolorido de los meses de tristeza y de sufrimiento que acababa de pasar; había recobrado su buena cara, sus grandes ojos vivos, llenos aún de niñez, sus rasgos finos, en que sonreía la bondad, mientras sus cabellos blancos, su barba blanca, crecían más espesos, con una abundancia leonina, cuya ola de nieve le rejuvenecía. Se había conservado tanto tiempo, en su vida solitaria de trabajador encarnizado, sin vicios, sin derroches, que encontraba de nuevo su virilidad economizada, renaciente, presurosa de satisfacerse al fin. Le impulsaba un despertar, un fuego de juventud, que estallaba en ademanes, en gritos, en continua exigencia de expansionarse, de vivir. Todo volvía á ser para él nuevo y arrebatador; el menor rincón del vasto horizonte le maravillaba; una sencilla flor le hundía en un éxtasis de perfumes; una palabra cariñosa y familiar, debilitada por el uso, le arrancaba lágrimas, como invención reciente del corazón que millares de bocas no habían ajado. El "yo te amo„ de Clotilde era una caricia infinita, de la cual nadie en el mundo había experimentado el sobrehumano sabor. Y con la salud y la belleza también había vuelto la alegría, una alegría tranquila que en otro tiempo debió á su amor á la vida y que ahora alumbraba su pasión, basándose en las razones que tenía para encontrar la vida mejor que nunca.

Entre los dos, —la juventud en flor, la fuerza madura, —tan sanos, tan alegres, tan dichosos, componían una pareja radiante. Durante más de un mes se encerraron, sin salir de la Souleiade ni un día siquiera. El cuarto de Clotilde les bastó al principio; aquella habitación tapizada con indiana, amortiguada y tierna, de color de aurora, con sus muebles imperio, su larga y estirada *chaise longue,* su elevado espejo monumental. No podían mirar sin alegría el reloj, grupo de bronce dorado, en el cual el Amor contemplaba sonriendo al Tiempo dormido. ¿No era

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

aquella su propia y divina ilusión? Una complicidad afectuosa parecía desprenderse de los menores objetos; de aquellas antiguallas tan dulces, donde otros habían amado antes que ellos, donde la propia Clotilde ostentaba ahora su primavera. Cierta noche, la joven juró que había visto en el espejo una dama muy linda, que se desnudaba, y que no era ella seguramente; luego, invadida de nuevo por su necesidad de quimeras, refirió un ensueño, según el cual ella se aparecería de aquel modo, un siglo más tarde, á otra enamorada de entonces, en una noche feliz. Pascual, arrebatado, adoraba aquella habitación, donde encontraba plenamente á Clotilde, hasta en el aire que respiraba; y allí vivía, sin permanecer en su propio cuarto, negro y helado, de donde se apresuraba á salir estremecido como de una cueva, las pocas veces que tenía que entrar. La habitación que también les complacía á los dos era la sala de trabajo, llena de sus hábitos y de sus afecciones del pasado. Allí permanecían ociosos días enteros. El gran armario de encina tallado dormía, con las puertas cerradas, lo mismo que las bibliotecas. En los estantes, papeles y libros estaban amontonados, sin que nadie los moviera de su sitio.

Como los recién casados, no vivían más que de su pasión única, lejos de su antigua ocupación, fuera de la vida. Las horas les parecían sobrado cortas para saborear el encanto de estar cerca el uno del otro, sentados á veces en el mismo antiguo y ancho sillón, satisfechos de la dulzura del elevado techo, de aquella casa agradable, sin lujo y sin orden, llena de objetos familiares, risueña desde la mañana á la noche por el calor renaciente del sol de Abril. Cuando Pascual sentía remordimientos y hablaba de trabajar, ella le ceñía los brazos con los suyos propios, suaves, y le guardaba para ella, riendo, no queriendo que el exceso de trabajo le pusiese de nuevo enfermo. En la planta baja también era su favorito el comedor, tan alegre, con sus lienzos claros listados de azul, sus muebles de vieja caoba, sus grandes pasteles de flores, su lámpara de cobre siempre reluciente. Comían allí con gran apetito; y después de cada comida no salían más que para volver á su querida soledad.

Cuando la casa les pareció chica, tuvieron el jardín, la Souleiade entera. La primavera avanzaba con el sol; Abril, en sus postrimerías, comenzaba á hacer florecer las

rosas. ¡Y qué alegría en aquella finca tan bien cercada de paredes, donde no podía inquietarles nada exterior! Vinieron entonces las horas de olvido en la terraza, enfrente del horizonte inmenso, viendo el curso sombrío del Viorne y las colinas de Santa Marta, desde los planos rocosos de la Seille, hasta las lejanías polvorientas del valle de Plassans. No tenían allí otra sombra que la de los cipreses seculares, plantados en líneas paralelas, semejantes á dos enormes cirios verduzcos, que se divisaban á una distancia de tres leguas. A veces, Clotilde y Pascual bajaban la cuesta por el placer de subir después sus escalones gigantescos, escalando los pequeños muros de piedras secas que sostenían las tierras, mirando si los olivos raquíticos y si los almendros ruines se desarrollaban. En otras ocasiones, daban paseos deliciosos bajo las finas hojas del pinar inundadas de sol, que exhalaban penetrante perfume de resina; paseos repetidos sin fin á lo largo del muro de cierre, detrás del cual sólo se oía de tarde en tarde el monotono ruido de un carro, en el estrecho camino de las Fenouillères. Hacían paradas encantadoras en la antigua era, desde donde se veía todo el cielo y donde les gustaba acostarse, recordando tiernamente sus tristezas de otro tiempo, cuando su amor, ignorado de ellos mismos, se querellaba bajo las estrellas. Pero el retiro preferido, en el cual concluían siempre por perderse, era el bosquecillo de plátanos, la sombra espesa, entonces de un color verde fino, semejante á un encaje. Abajo, las masas enormes de boj, los antiguos dibujos del jardín francés, formaban un laberinto donde no se encontraba el fin. Y el hilo de agua de la fuente, la eterna y pura vibración cristalina, les parecía que cantaba en su corazón. Permanecían sentados cerca del pilón musgoso, hasta la hora del crepúsculo, dejándose ganar poco á poco por las tinieblas de los árboles, con las manos unidas, los labios juntos, mientras el agua, que no veían, entonaba sin interrupción sus aflautadas notas.

Hasta mediados de Mayo, Pascual y Clotilde se encerraron así, sin franquear el ámbito de su retiro. Una mañana, viendo que la joven se emperezaba en el lecho, Pascual salió y volvió una hora más tarde; y encontrándola todavía acostada, en aquel lindo desorden, con los brazos y la espalda desnudos, le puso en las orejas dos brillantes, que había ido corriendo á comprar, recordando

que aquel día era el aniversario de su nacimiento. Clotilde, que adoraba las joyas, quedó sorprendida y entusiasmada, y no quiso levantarse; tan bella se encontraba desnuda, con las deslumbradoras estrellas al borde de las mejillas. A partir de aquel momento, no pasó semana sin que Pascual se evadiese una ó dos veces, por la mañana, para traer algún regalo. Los menores pretextos le bastaban: una fiesta, un deseo, una ráfaga de alegría. Aprovechaba las horas de pereza para estar de vuelta antes de que ella se levantase, y él mismo la adornaba en el lecho. La trajo sucesivamente sortijas, brazaletes, un collar, una diadema rica; y sacaba de cada vez todas las alhajas, convirtiendo en un juego la tarea de ponérselas á la joven, en medio de las risas de ambos. Clotilde parecía un ídolo, con la espalda apoyada en la almohada, incorporada en la cama, con una cinta de oro en los cabellos, oro en los brazos desnudos, oro en la desnuda garganta: toda desnuda y divina, brillante de pedrería y oro. Su coquetería de mujer quedaba deliciosamente satisfecha, y dejábase amar de rodillas, comprendiendo perfectamente que el caso era sólo una fórmula exaltada de amor. Sin embargo, co-

menzó á reprenderle algo, á hacerle prudentes advertencias; en suma, eran absurdos aquellos regalos que tenía que guardar en seguida en el fondo de un cajón, sin usarlos jamás, puesto que no iba á ninguna parte. Caían en el olvido, transcurrida la hora de contento y gratitud que proporcionaban con su novedad. Pero Pascual no la escuchaba, arrastrado por verdadera locura de regalar, incapaz de resistir á la necesidad de comprar un objeto cuando tenía la idea de ofrecérselo á Clotilde. Era una liberalidad de corazón, un imperioso deseo de probar á Clotilde que pensaba siempre en ella; un orgullo de hacerla la más espléndida, la más dichosa, la más envidiada; un sentimiento del regalo más profundo aún, que le impulsaba á despojarse, á no guardar nada de su dinero, de su carne, de su vida. Y luego, ¡qué delicia cuando creía proporcionarla un placer, y la veía arrojarse á su cuello ruborizada, pagándole en besos! Después de las alhajas pasó á los vestidos, á los trapos, á los objetos de tocador. La habitación se llenaba; rebosaban los cajones.

Una mañana, Clotilde se incomodó. Pascual la traía una sortija.

—¡Pero si no me las pongo nunca! Y mira,

¡si me las pusiera, me llegarían hasta la punta de los dedos!... Te suplico que seas razonable.

Pascual quedó confuso.

—¿De modo que no acierto á agradarte?

La joven tuvo que cogerle en brazos, jurarle que era feliz, con lágrimas en los ojos· ¡Mostrábase él tan bueno, se sacrificaba tan absolutamente por ella! Y como aquella mañana pretendiese Pascual arreglar la habitación, tapizando las paredes, colocando una alfombra, Clotilde le suplicó de nuevo:

—¡Oh, no, no; por favor!... No toques á mi antiguo cuarto, lleno de recuerdos, donde he crecido, donde nos hemos amado. Me parecería que ya no estábamos en nuestra casa.

También el silencio obstinado de Martina condenaba aquellos gastos exagerados é inútiles. Había adoptado actitud menos familiar, como si después de la nueva situación, hubiese descendido, desde su papel de ama de gobierno amiga, á su antiguo puesto de criada. Había cambiado, sobre todo, respecto á Clotilde, y la trataba como á señora de la casa, menos amada que obedecida. Cuando entraba en la habitación de Clotilde, cuando les servía á los dos en la cama, su rostro tenía expresión de sumisión resignada, siempre en adoración delante de su amo é indiferente á lo demás. Dos ó tres veces, sin embargo, Martina apareció por la mañana con la cara descompuesta, los ojos llenos de lágrimas, sin querer responder directamente á las preguntas, diciendo que aquello no era nada, que había cogido un aire. Y nunca se permitía una observación sobre los regalos que llenaban los cajones. Parecía no verlos; los limpiaba, los ordenaba, sin una palabra de admiración ni de censura; pero todo su ser se sublevaba contra aquella manía de los regalos, que no le cabía en la cabeza. Protestaba á su modo, aumentando su economía, reduciendo el presupuesto de la cocina, conduciéndose de modo tan rígido, que aún encontraba medio de escatimar los gastos más ínfimos. De este modo se ciñó á una tercera parte de la leche acostumbrada, y no sirvió dulce más que los domingos. Pascual y Clotilde, sin atreverse á quejarse, reían en la intimidad de aquella gran avaricia, y repetían las bromas que durante diez años les divirtieran, refiriendo que cuando Martina ponía manteca en las legumbres, las hacía saltar en el pasador para recoger por debajo la manteca.

Pero aquel trimestre Martina quiso ren-

dir cuentas. Habitualmente, cobraba en persona todos los meses, en casa del notario Grandguillot, las mil quinientas pesetas, de que disponía á su modo, anotando los gastos en un libro que el doctor no se cuidaba de examinar hacía algunos años. Esta vez, Martina presentó el libro, exigiendo que el doctor lo revisara. Pascual se excusó, pareciéndole todo muy bien.

—Señor—dijo ella—es que ahora he podido ahorrar dinero. Sí, trescientos francos... Aquí están.

Pascual la miraba, estupefacto. De ordinario gastaba toda la suma en el mes. ¿Por qué milagro de economía había podido ahorrar semejante cantidad? El doctor concluyó por reirse.

—¡Ah, mi pobre Martina, por eso hemos comido tantas patatas! Eres una perla de economía; pero trátanos un poco mejor.

Este discreto reproche la hirió tan profundamente, que se atrevió á formular una alusión.

—¡Pardiez, señor! Cuando por un lado se tira tanto dinero por la ventana, bueno es ser prudente por el otro.

Pascual comprendió la alusión sin disgustarse; al contrario, le divirtió la lección.

—¡Ah, ah! ¡Son mis cuentas las que censuras! ¿Pero no sabes, Martina, que yo también tengo economías?

Referíase al dinero que sus enfermos le daban, á veces, y que guardaba en un cajón de su *secreter*. Desde hacía más de seis años ahorraba el doctor anualmente sobre cuatro mil pesetas, lo cual hubiese concluido por formar un pequeño tesoro, de oro y de billetes revueltos, si el no hubiese sacado de allí diariamente, sin contarlas, grandes sumas, para sus experiencias y sus caprichos. Todo el dinero para los regalos salía de aquel cajón, que ahora se abría sin cesar. Por otra parte, el doctor lo creía inagotable; estaba tan habituado á sacar el dinero cuando le hacía falta, que nunca se le ocurría el temor de que se concluyese.

—Es lícito gozar algo de las propias economías—continuó alegremente.—Puesto que eres tú, Martina, quien va á casa del notario, no ignoras que tengo mis rentas aparte.

Ella, con aquella voz sorda de los avaros á quienes atormenta la pesadilla de un desastre siempre próximo, dijo:

—¿Y si no las tuviese V. ya?

Pascual, aturdido, la contempló, y sólo supo contestar con un ademán de incerti-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dumbre, pues la posibilidad de una desgracia no entraba en su espíritu. Pensó que la avaricia había trastornado la cabeza á Martina, y acerca de esto bromeó con Clotilde por la noche.

En Plassans, los regalos fueron objeto de mil habladurías. Lo que ocurría en la Souleiade, aquella explosión de amor tan particular, tan ardiente, se había esparcido, había traspasado las paredes, sin saber cómo; por aquella fuerza de expansión que alimenta la curiosidad de los pueblos pequeños, siempre despierta. La criada, es verdad, nada contaba; pero bastaba quizá su aspecto y algunas palabras escapadas sin querer; sin duda habían acechado á los amantes por encima de los muros. La compra de los regalos había venido á probarlo todo, á agravar las sospechas. Cuando el doctor, muy de mañana, iba por las calles, entraba en las joyerías, en las tiendas de ropas, en casa de las modistas, en cada ventana asomaba un par de ojos espiando las menores compras, de modo que el pueblo entero sabía por la noche que el doctor había regalado á Clotilde una capota de seda, camisas guarnecidas de encaje, un brazalete adornado de zafiros. Y todo ello promovía escándalo: aquel tío que derrochaba por su sobrina, que hacía por ella las locuras de un joven, y que la adornaba como á una Virgen. Comenzaban á circular las historias más extraordinarias; al pasar, se señalaba con el dedo á la Souleiade.

La señora de Rougon fué, especialmente, quien sintió una indignación exasperada. Había dejado de ir á casa de su hijo desde que supo que se había roto el matrimonio de Clotilde y del doctor Ramond: se burlaban de ella; no accedían á ninguno de sus deseos. Luego, después de un mes de ruptura, durante el cual no había comprendido nada de los gestos de lástima, de los pésames discretos, de las sonrisas vagas con que la acogían en todas partes, acabó por saberlo todo de pronto, como si la diesen un golpe de maza en el cráneo. ¡Y ella, durante la enfermedad de Pascual, en aquel período de aislamiento misántropo que se alimenta de orgullo y de miedo, había luchado para evitar la murmuración del poblacho! Lo que ahora sucedía era peor; ¡el colmo del escándalo, una aventura alegre que daría mucho que hablar! La leyenda de los Rougon estaba nuevamente en peligro; su desdichado hijo (era cosa vista) no sabía qué inventar para

destruir la gloria de la familia tan penosamente conquistada. En la emoción de su cólera, ella, que se había constituido guardiana de aquella gloria, resolvió purificar la leyenda por todos los medios. Se puso el sombrero, y corrió á la Souleiade, con la vivacidad juvenil de sus ochenta años. Eran las diez de la mañana.

Pascual, á quien encantaba la ruptura con su madre, no estaba en la casa felizmente: había salido hacía una hora, en busca de un broche antiguo de plata que le parecía pintiparado para un cinturón. Doña Felicidad cayó sobre Clotilde cuando ésta terminaba su tocado, y estaba aún en chambra, con los brazos desnudos, los cabellos sueltos, con una alegría y una frescura de rosa.

El primer choque fué rudo. La anciana dama abrió su corazón; se indignó, habló con arrobamiento de la religión y la moral. Por fin, terminó así:

—Responde, ¿cómo habéis hecho esa cosa tan horrible, que es un reto á Dios y á los hombres?

La joven había escuchado sonriente, pero muy respetuosa por otra parte.

—Pues porque hemos querido, abuela.

¿No somos libres? No tenemos deberes para con nadie.

—¡Qué no los teneis! ¿Y conmigo y con la familia? ¡Ya verás cómo nos arrastran nuevamente por el lodo! ¡Si creerás que esto me hace gracia!

De pronto se calmó su arrebato. Miraba á Clotilde, y la encontraba adorable. En el fondo, lo sucedido no le sorprendía, se reía de ello; pero deseaba que terminase de un modo correcto, para acallar la malas lenguas. En tono conciliador exclamó:

—Casaos, pues. ¿Por qué no os casáis?

Clotilde quedó un instante sorprendida. Ni ella ni el doctor habían pensado en esto del matrimonio.

Volvió á sonreir.

—¿Seremos más dichosos con eso?

—No se trata de vosotros: se trata de mí, de toda la familia... ¿Cómo puedes, niñita del corazón, mofarte de las cosas sagradas? ¿Has perdido la vergüenza?

La joven, sin exaltarse, siempre con dulzura, hizo un gesto como para decir que no podía sentir vergüenza por su falta. ¡Ah, Dios mío! Cuando en la vida había tanta corrupción y tanta debilidad, ¿qué mal hacían ellos, bajo el cielo esplendente al proporcio-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

narse la enorme dicha de ser el uno del otro? Por otra parte, no lo hacían adrede; era un fenómeno natural.

—Corriente, nos casaremos puesto que V. lo desea, abuela. El hará lo que yo quiera... Pero más tarde: no hay prisa.

Y Clotilde sostenía su serenidad risueña. ¿Puesto que vivían fuera del mundo, á qué inquietarse por él?

La vieja señora de Rougon tuvo que marcharse, dándose por contenta con aquella vaga promesa. Desde entonces, en el pueblo fingió, haber roto toda relación con la Souleiade, aquel sitio de perdición y de vergüenza. No volvió á poner allá los pies; sufría noblemente el duelo dela nueva aflicción. Pero no se descuidaba, siempre en acecho, dispuesta á aprovechar la menor circunstancia para penetrar en la plaza, con su tenacidad, que siempre le había dado la victoria.

Por aquel entonces Pascual y Clotilde cesaron de encerrarse. No hubo en ellos provocación alguna; no pretendían responder á los rumores maliciosos haciendo pública su felicidad. Su salida se produjo como una expansión natural de su júbilo. Lentamente, su amor había sentido necesidad de amplitud y

espacio, primero fuera de la alcoba, luego fuera de la casa, después fuera del jardín, en el pueblo, en el vasto horizonte. El amor lo llenaba todo, les daba el mundo entero. Pascual reanudó sus visitas; y llevaba consigo á la joven, yendo juntos por los paseos, por las calles; ella apoyada en el brazo del doctor, con traje claro y flores en la cabeza, y él con su levita abrochada y su sombrero de alas anchas. Pascual estaba enteramente cano; Clotilde, toda rubia. Caminaban con la cabeza alta, erguidos y sonrientes, en medio de tal esplendor de felicidad, que parecían caminar á la gloria. La emoción que causaron en el pueblo fué enorme: los comerciantes salían á las puertas, las mujeres se inclinaban en las ventanas, los transeuntes se detenían para seguirles con los ojos. Se cuchicheaba, se reía, se les señalaba con el dedo. Parecían temer que aquella curiosidad hostil concluyera por extenderse á los pilletes y les hiciese apedrear á la pareja. Pero eran ambos tan hermosos: él soberbio y triunfal: ella tan joven, tan sumisa y tan satisfecha... que poco á poco el mundo sintió invencible indulgencia y transigió. No se podía menos de envidiarles y amarles, por encantador contagio de

ternura. Se desprendía de ellos un encanto que trastornaba los corazones. El pueblo nuevo con su población burguesa, de funcionarios y de ricos, fué la última conquista. El barrio de San Marcos, á pesar de su rigorismo, los acogió en seguida con discreta tolerancia, cuando recorrían las desiertas aceras salpicadas de hierba, á lo largo de los viejos palacetes silenciosos y cerrados, de los cuales se exhalaba el perfume evaporado de los amores de otro tiempo. El barrio antiguo fué el que les agasajó más pronto; aquel barrio, cuyo pueblo bajo, impresionable por instinto, sintió la gracia de la leyenda, el mito profundo de aquella pareja, la joven sosteniendo al maestro rejuvenecido. Adoraban allí al doctor por su bondad, y su compañera fué pronto popular, saludada por gestos de admiración y de alabanza cuando pasaba. Ellos, entre tanto, si habían aparentado ignorar la hostilidad primera, adivinaban ahora el perdón y la amistad cariñosa de que estaban rodeados, y ese perdón les hacía más buenos: su dicha sonreía al pueblo todo.

Una tarde, al volver Pascual y Clotilde la esquina de la calle de la Banne, vieron en la acera de enfrente al doctor Ramond. La noche anterior, precisamente, supieron que se decidía á casarse con la señorita de Levéque, la hija del abogado. Adoptaba el partido más razonable, pues los intereses de su posición no le permitían esperar más, y la novia, muy linda y muy rica, le amaba. El acabaría por amarla también, de seguro. Clotilde se complació en sonreirle, para felicitarle amistosamente. Pascual le saludó asimismo con ademán afectuoso. Ramond, emocionado por el encuentro, quedó perplejo un instante. Su primer movimiento fué atravesar la acera. Luego debió de asaltarle un escrúpulo, la idea de que sería brutal interrumpir aquel ensueño y penetrar en aquella soledad. Se contentó con un saludo amistoso, una sonrisa, con la cual perdonaba la dicha ajena. Y todos tres quedaron complacidos.

Hacía algún tiempo que Clotilde se entretenía, casi diariamente, en dibujar un pastel, donde evocaba la tierna escena del viejo rey David y de Abisaig, la joven Sunamita. Era la evocación del ensueño: una de esas composiciones fugaces donde la soñadora infiltraba su afición al misterio. Sobre un fondo de flores caídas, formando lluvia de estrellas, de un esplendor bárbaro, el viejo rey aparecía de frente, con la mano apoyada

en la espalda marmórea de Abisaig; y la muchacha, muy blanca, estaba desnuda hasta la cintura. David, vestido suntuosamente con una túnica de joyante seda, cargada de pedrería, llevaba la diadema real en sus cabellos de nieve. Abisaig estaba más lujosa aún con sólo la tersura de azucena de su piel, con su talle delgado y largo, su garganta menuda y torneada, sus brazos suaves, de una gracia divina. El reinaba, y se apoyaba como dueño poderoso y amado en aquella niña elegida entre todas, tan orgullosa por haber sido escogida, tan entusiasmada por dar á su rey la reparadora sangre de su juventud. Su desnudez limpida y triunfante expresaba la calma de su sumisión, el don tranquilo, absoluto, que hacía de su persona ante el pueblo reunido, á la clara luz del día. El era muy grande, ella muy pura, y ambos irradiaban un resplandor de astro.

Hasta el último momento, Clotilde había dejado las caras de los dos personajes medio esbozadas, borrosas. Pascual la embromaba, emocionado, detrás de ella, adivinando lo que quería hacer. Y así fué: Clotilde terminó las caras con algunos trazos de lápiz; el viejo David era él, y ella era Abisaig la Sunamita; pero permanecían envueltos en

una claridad de sueño, divinizados, con sus cabelleras una toda blanca, otra rubia, que les cubrían como un manto real, con rasgos alargados por el éxtasis, elevados á la beatitud de los ángeles, con mirada y sonrisa de inmortal amor.

—¡Ah! Querida mía—exclamó él—nos pintas demasiado guapos. Vuelves á tus sueños, ¿te acuerdas?, como en los días en que yo te reñía porque pintabas todas las quiméricas flores del misterio.

Y señalaba con la mano á las paredes, á lo largo de las cuales se extendía la colección fantástica de los antiguos pasteles, aquella flora increada que retoñaba en mitad del paraíso.

Pero ella protestaba alegremente.

—¿Demasiado guapos? ¡No me acerco siquiera á la realidad! Te aseguro que así es como siento y veo á los dos, y así somos... ¡Toma, dime si no es la verdad pura!

Había cogido la Biblia del siglo XV, que estaba al alcance de la mano, y le enseñaba el ingenuo grabado en madera.

—Ya ves: lo mismo.

Pascual rió dulcemente ante aquella tranquila y extraordinaria afirmación.

—¡Vamos, te ríes, te fijas en los pormeno-

res del dibujo! Es necesario penetrar en el espíritu... ¡Mira los otros grabados qué bien están! ¡Yo dibujaría á Abraham y Agar, á Ruth y á Booz, á todos los profetas, pastores y reyes, á quienes las jóvenes humildes, los parientes y los servidores han dado su juventud! Todos son hermosos y felices; ya lo ves.

Dejaron de reir, inclinados sobre la Biblia antigua, cuyas páginas pasaba Clotilde con sus dedos delgados. El, colocado detrás, mezclaba su barba blanca con los rubios cabellos de la joven, sintiéndola, respirándola toda entera. Puso los labios sobre la delicada nuca, besando su juventud en flor, mientras desfilaban los grabados en madera, aquel mundo bíblico que evocaban las páginas amarillas, aquel retoñar libre de una raza fuerte y viva, cuya obra debía conquistar el mundo; aquellos hombres de virilidad nunca extinguida y mujeres siempre fecundas, la tenaz y prolífica continuidad de la raza al través de los crímenes, de los incestos, de los amores inconcebibles y extraños. Pascual se sintió invadido por una emoción y gratitud sin límites; su sueño se realizaba, su peregrina de amor, su Abisaig había llegado al fin, en las postrimerías de su vida, para embalsamarla y reverdecerla.

Luego, en voz baja, al oído, sin dejar de poseerla en aquel beso, dijo exhalando un suspiro:

—¡Oh, tu juventud, tu juventud, que me nutre, qué hambre tengo de ella!... Pero tú, tan joven, ¿acaso sientes necesidad de juventud, después de haberme querido á mí tan viejo, como el mundo?

Clotilde se estremeció asombrada, y volviendo la cabeza le miró.

—¿Viejo tú?... Que no, ¡tú eres joven, más joven que yo!

Y reía, enseñando dientes tan blancos, que él no pudo menos de reir también. Pero insistió, algo emocionado:

—Contesta sin ambajes... Esa hambre de juventud ¿no la sientes tú, que eres tan joven? Clotilde, entonces, acercó sus labios y le dió un beso, diciendo muy bajo á su vez:

—No tengo más que un hambre y una sed: ser amada, ser amada más que todo lo del mundo, por encima de todo, como tú me amas.

Cuando Martina vió el pastel pegado en la pared, lo contempló un instante en silencio y luego hizo la señal de la cruz, sin que pudiese colegirse si había visto pasar á Dios ó al diablo. Algunos días antes de Pascua

había preguntado á Clotilde si la acompañaría á la iglesia, y habiéndole dicho la joven que no, abandonó Martina por un momento la muda indiferencia en que se mantenía.

De todas las cosas nuevas que la asombraban en la casa, la que más la exaltó era el repentino descreimiento de la joven. Se permitió volver á usar su antiguo tono de amonestación, y exhortarla como cuando era niña y no quería rezar sus oraciones. ¿Había perdido Clotilde el temor de Dios? ¿No temblaba ante la idea de ir al infierno para arder eternamente?

Clotilde no pudo reprimir una sonrisa.

—¡Oh! El infierno sabes que nunca me ha preocupado mucho... ¡Pero te engañas si crees que no tengo religión. Si he dejado de frecuentar la iglesia, es porque hago en otra parte mis devociones. No hay más, te lo aseguro.

Martina, admirada, la miró sin comprenderla. Era cosa hecha: la señorita estaba loca. Y nunca más volvió á repetirle lo de acompañarla á la iglesia de San Saturnino. Pero ella aumentó su devoción, que concluyó por convertirse en manía. Ya no se la veía, en los ratos de ocio, pasear haciendo aquella eterna media, en que trabajaba

andando. En cuanto disponía de un minuto se iba á la iglesia y allí permanecía abismada en oraciones sin fin. Un día que la vieja señora de Rougon, siempre espiando, la había encontrado detrás de una columna, después de una hora de haberla visto por primera vez, Martina se puso colorada y se excusó como una criada sorprendida infraganti delito de holganza.

—Rezo por el señor.

Entre tanto, Pascual y Clotilde extendían más y más sus dominios, prolongaban cada día sus paseos saliendo fuera del pueblo, á la dilatada campiña. Una tarde que iban á la Seguiranne, experimentaron gran emoción al atravesar las tierras cultivadas y oscuras, donde en otro tiempo se extendían los encantados jardines del Paradou. La visión de Albina surgió, y Pascual la vió renovarse como una primavera. Jamás, en otro tiempo, él que se creía muy viejo y que iba allí para alegrar á aquella muchacha, hubiese sospechado que ella había de morir tan pronto, ni que la vida, como madre cariñosa, le regalaría á él una primavera semejante, perfumando su vejez. Y Clotilde, que había sentido pasar entre ambos la visión, volvió hacia Pascual su rostro, impulsada

por la renaciente necesidad de ternura. Ella era Albina, la eterna enamorada. Pascual la besó en los labios, y sin que hubiesen cambiado palabra, un estremecimiento, atravesó aquellos terrenos llanos, sembrados de trigo y de avena, donde el Paradou había extendido su ola de lujuriosa vegetación.

Luego, Pascual y Clotilde caminaron en la llanura seca y desnuda, sobre el polvo crujiente de los caminos. Los dos amaban aquella ardiente naturaleza, los campos plantados de almendros raquíticos, de olivos enanos, los horizontes con sus colinas peladas, donde blanqueaban las manchas pálidas de las casitas de campo, que acentuaban los troncos negros de los cipreses seculares. Parecíase el territorio á uno de esos países antiguos, clásicos, como se ven en los cuadros de las escuelas primitivas, con sus coloraciones duras y sus líneas vagas y majestuosas. Todo el ardor del sol que había tostado aquellos campos circulaba por las venas de Clotilde y Pascual, que se sentían más vivos, más hermosos, bajo el cielo siempre azul, del cual descendía una claridad llameante, una pasión eterna. Clotilde, protegida en parte por su sombrilla, sentíase desvanecer, dichosa en aquel baño de luz, como una planta orientada al Mediodía; mientras él, rejuvenecido, sentía la ardorosa savia del sol que le ascendía por los miembros, en una oleada de alegría viril.

Este paseo á la Seguiranne era idea del doctor, que había sabido por la tía Diosdada el próximo enlace de Sofía con un mozo molinero, de los alrededores; y Pascual quería saber si estaban todos buenos, si eran felices en aquel rincón. Cuando penetraron en la anchurosa avenida de verdes encinas, los inundó un frescó delicioso. A ambos lados, los manantiales, madres de las tupidas espesuras, deslizábanse sin agotarse nunca. Luego, cuando llegaron á la casa de los aparceros, vieron á los dos enamorados, Sofía y el molinero, que retozaban al lado del pozo: la tía había salido á lavar, allá abajo, detrás de los sauces del Viorne.

La pareja se quedó confusa y avergonzada; pero el doctor y su compañera se reían de tan buena gana, que los novios, ya tranquilos, contaron que el matrimonio se celebraría el día de San Juan, que estaba aún bien lejos, pero ya llegaría. Realmente, Sofía había ganado en belleza y en salud, sal-

vada del mal hereditario, retoñando vigorosamente como uno de aquellos árboles, con los pies en la hierba húmeda de los manantiales y la cabeza desnuda al sol. ¡Ah! El cielo ardiente, inmenso, ¡cuánta vida comunicaba á los seres y á las cosas! Sofía sólo de una pena se quejaba: le asomaron las lágrimas al hablar de su hermano Valentín, que tal vez no pasaría de la semana. Por la noche había tenido noticias de él: era caso desesperado. El doctor tuvo que mentir algo para consolarla; pues él también esperaba de un dia á otro el desenlace. Cuando Pascual y Clotilde abandonaron la Seguiranne, volvieron á Plassans á paso lento, enternecidos por la dicha de aquellos amores sanos, al través de los cuales pasaba el soplo de la muerte.

En el barrio viejo, una mujer á quien Pascual asistía le anunció que Valentín acababa de morir. Dos vecinos habían podido llevarse á Guiraude, que se abrazaba al cuerpo de su hijo, gritando, medio loca. Pascual entró, dejando á Clotilde á la puerta. Por fin tomaron silenciosamente el camino de la Souleiade. Desde que el doctor había reanudado sus visitas, parecía no hacerlas más que por deber profesional, sin exaltar

nunca—como antes—los milagros de su medicación. Le asombraba que la muerte de Valentín se hubiese precipitado tanto, y estaba seguro de haber prolongado un año la vida del enfermo. A pesar de los resultados extraordinarios que obtenía, Pascual sabía que la muerte era inevitable, soberana. Sin embargo, los dos meses que había logrado evitarla deberían haberle halagado, desvaneciendo la contrariedad, siempre viva, de haber matado involuntariamente á Lafouasse algunas semanas antes. Aparentaba Pascual indiferencia, pero un pliegue cruzaba su frente cuando entraron ambos en su querida soledad. Allí le esperaba nueva emoción; el doctor vió en la parte de afuera, bajo los plátanos, donde Martina le había mandado sentarse, á Sarteur, el oficial de sombrerero, el pensionista de las Tulettes á quien Pascual había dado hacía tiempo inyecciones, y la experiencia, hecha con fe parecía haber tenido éxito, como si las inyecciones de sustancia nerviosa reavivasen la voluntad: pues el loco estaba allí, y había salido por la mañana del asilo, jurando que ya no sufría crisis alguna, que estaba curado completamente de aquella brusca rabia homicida que le impulsaba á que se arrojase sobre un tran-

30851
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

seunte para estrangularlo. El doctor lo contemplaba, y le veía chiquito, moreno, con la frente aplastada, la cara picuda, de pájaro, con una mejilla visiblemente más abultada que la otra, razonable, dulce, rebosando una gratitud que le hacía besar las manos á su salvador. Pascual se emocionó, y rechazó afectuosamente sus caricias, aconsejándole que reanudara su vida de trabajo, que era la mejor higiene física y moral. Luego se calmó, y se sentó á la mesa, hablando alegremente de otra cosa.

Clotilde le miraba asombrada, y hasta un poco desazonada

—Qué es eso, maestro, ¿no estás contento de ti mismo?

Pascual bromeó.

—¿Cuando lo estuve? Y de la medicina, ¿sabes? ¡según sopla el viento!

Aquella noche, en el lecho, tuvieron su primer disputa. Habian apagado la bujía, quedando en la profunda oscuridad del cuarto, en los brazos uno del otro, ella tan delgada, tan fina, apretada contra él que la tenía abrazada, con la cabeza sobre su corazón. Y ella se incomodaba de que Pascual no tuviese orgullo; le recordaba los disgustillos del dia, reprochándole no haberse

dado tono con la curación de Sarteur, y aun con la prolongada agonía de Valentín. Clotilde era quien ahora tenía la pasión de la gloria. Recordaba las curas hechas: ¿no se había él curado á sí propio? ¿Podía negar la eficacia de su método? Sintió un calofrío al evocar las ilusiones que en otro tiempo se hacía el doctor: ¡combatir la debilidad, la causa única del mal, curar á la humanidad doliente, hacerla sana, superior, apresurar el bienestar, la ciudad futura perfecta y feliz, interviniendo en ello, dando salud á todo el mundo! ¡El poseía el licor de vida, la panacea universal que proporcionaba esta esperanza inmensa!

Pascual callaba, con los labios posados sobre el hombro desnudo de Clotilde. Después murmuró:

—Es verdad, estoy curado y he curado á otros; creo siempre que mis inyecciones son eficaces en muchos casos... No niego la medicina; el remordimiento de un accidente doloroso como el de Lafouasse, no me hace injusto... Por otra parte, el trabajo ha sido mi pasión, el trabajo me ha devorado hasta ahora; queriendo probar la posibilidad de transformar á la humanidad decrépita en inteligente y vigorosa, me he sentido morir

últimamente... Sí; era un sueño, ¡un hermoso sueño!

Clotilde, con sus brazos suaves, le abrazó á su vez, confundida con él, entrando en su cuerpo.

—¡No, no! ¡Una realidad, la realidad de tu genio, maestro!

Entonces, adheridos como estaban, él bajó la voz; sus palabras fueron una confesión ligera como un soplo.

—Escucha; te voy á decir lo que no diría á nadie en el mundo, lo que ni me digo á mí mismo en voz alta... Corregir la naturaleza, intervenir en ella, modificarla y contrariarla en sus fines, ¿es acaso tarea laudable? Curar, retardar la muerte del ser, por nuestro gusto; prolongar su vida en perjuicio de la especie, ¿no es quizá deshacer lo que quiere hacer la naturaleza? Y soñar una humanidad más sana, más fuerte, modelada sobre nuestra idea de la salud, de la fuerza, ¿no es lícito?

¿Qué tenemos que ver en tales cuestiones; por qué hemos de mezclarnos en esa labor de la vida, cuyos medios y fin nos son desconocidos? Tal vez todo está bien ordenado. Quizá corremos el riesgo de matar el amor, el genio, la vida misma... ¿Comprendes? A ti sola lo confieso; la duda me atormenta; tiemblo ante la idea de mi alquimia del siglo XX, y concluyo por creer que es más grande y más sano dejar que se realice la evolución.

Pascual se interrumpió, y añadió luego tan suavemente, que Clotilde apenas le oía:

—Sabes que á veces yo les doy sólo inyecciones de agua. Tú misma has notado que hace tiempo no hago preparaciones; te dije que tenía licor de sobra... El agua les alivia, sin duda por mero efecto mecánico. ¡Ah! ¡Aliviar, impedir el sufrimiento, ciertamente que todavía lo ansío! Es quizá mi última debilidad; pero no puedo ver sufrir: el sufrimiento me pone fuera de mí, como una crueldad monstruosa é inútil de la naturaleza... No trato más que de impedir el sufrimiento.

—Entonces, maestro—preguntó Clotilde—si ya no intentas curar, no hay necesidad de hablar claro; porque la terrible necesidad de mostrar las llagas no tiene más excusa que la esperanza de cerrarlas.

—¡Sí, sí, es preciso saber, saber, á pesar de todo, y no ocultar nada, decir siempre lo que se sepa de los seres y las cosas!... No hay ya posibilidad de dicha en la ignorancia; sólo la certeza hace serena la vida. Cuando se

sepa más se aceptará, de seguro, el total de existencia... ¿No comprendes que querer curarlo y regenerarlo todo, es una falsa ambición de nuestro egoísmo, una rebelión contra la vida, que declaramos mala porque la juzgamos desde el punto de vista de nuestro interés? Yo siento perfectamente que mi serenidad es mayor, que he ensanchado, elevado mi cerebro, desde que me muestro respetuoso para con la evolución. Es mi pasión por la vida la que triunfa, sin levantar hipótesis sobre su fin, hasta confiarme totalmente, abismándome en ella, sin pretender rehacerla según mi concepción del bien y del mal. Sólo ella es soberana; sólo ella sabe lo que hace y á dónde va; yo no puedo más que esforzarme en conocerla para vivirla, como ella quiere ser vivida... Y mira tú; no la he comprendido hasta que te he tenido á ti. Mientras no te poseía, buscaba la verdad en otra parte y me agitaba, con la idea fija de salvar al mundo. Tú has venido; la vida ya está completa, el mundo se salva á cada instante por el amor, por el trabajo inmenso é incesante de todo lo que vive y se reproduce á través del espacio... ¡La vida impecable, la vida poderosa, la vida inmortal!

Ya no sonaba en su boca más que temblor

de acto de fe, un suspiro de abandono á las fuerzas superiores. La propia Clotilde no razonaba: se dejaba vencer.

—¡Maestro, nada quiero fuera de tu voluntad; tómame, y hazme tuya; que desaparezca mi ser y renazca confundido contigo!

Se entregaron el uno al otro. Luego hubo algunos cuchicheos, un proyecto de vida idílica, una existencia de calma y de vigor en el campo. Toda la experiencia del médico se resumía en aquella sencilla prescripción de un medio físico reconfortante. Pascual maldecía de las poblaciones. No se podía ser robusto y dichoso más que en las vastas llanuras, bajo los rayos del sol, á condición de renunciar al dinero, á la ambición, hasta á los excesos orgullosos de los trabajos intelectuales. No hacer nada sino vivir y amar, cavar la tierra y tener hijos hermosos.

—¡Ah! —dijo Pascual dulcemente. —¡El niño, nuestro hijo, que vendrá algún día!...

Y no terminó, presa de la emoción que le produjo la idea de aquella paternidad tardía, que le trastornaba. Evitaba hablar de ello; volvía la cabeza, con los ojos húmedos, cuando, durante sus paseos, alguna niña ó algún rapazuelo le sonreía.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

Clotilde, con una seguridad tranquila, dijo sencillamente:

—¡Ya vendrá!

Para ella era la consecuencia natural é indispensable del acto. Al fin de cada uno de sus besos se hallaba la idea del niño, porque todo amor que no tenía por objeto engendrar un hijo, le parecía inútil y feo.

Esta era una de las causas porque no le interesaban las novelas. No era ella, como fué su madre, una gran lectora; el vuelo continuo de su imaginación le bastaba, y desde luego la fastidiaban las historias inventadas. Pero, sobre todo, su asombro continuo, su continua indignación consistía en saber que en las novelas de amor no se preocupaba nadie del hijo. Nadie contaba con él, y cuando por azar sobrevenía en medio de una aventura del corazón, representaba una catástrofe, una complicación terrible. Jamás los amantes, al enlazarse, parecían sospechar que realizaban una obra de vida, de la cual nacería un hijo. Además, los estudios de historia natural habían enseñado á Clotilde que el fruto era el objeto único de la naturaleza. Solo él le importaba, sólo él constituía el fin; estaban tomadas todas las precauciones para que la semilla no se perdiera, y la madre amamantara al hijo. El hombre, al contrario, al civilizar, al depurar el amor, había apartado de él hasta la idea del fruto. El sexo de los héroes, en las novelas distinguidas, no era sino una máquina pasional. Se adoraban, se unían, se apartaban, soportaban mil muertes, se abrazaban, se asesinaban, desencadenando una tempestad de catástrofe todo por el placer, fuera de las leyes naturales, sin parecer acordarse de que con el amor se hacen los hijos. Lo cual era indigno y estúpido.

Sonrió la joven, y arrimando su cara al cuello del doctor, repitió con gentil audacia de enamorada, y no sin vergüenza:

—Ya vendrá... Puesto que ponemos todo lo necesario de nuestra parte, ¿por qué no lo hemos de tener?

Pascual, al pronto, no respondió. Clotilde le sentía entre sus brazos, frío, invadido por la tristeza y la duda. Al fin murmuró el doctor tristemente:

—No, no, es demasiado tarde... ¡Piensa en mi edad, querida!

—¡Pero si eres joven!—exclamó ella nuevamente, en un arranque de pasión, estrechándole y cubriéndole de besos.

Entonces viéronse. Y se durmieron en un

abrazó, él boca arriba, estrechándola con su brazo izquierdo, ella, oprimiéndole con todos sus miembros largos y suaves, con la cabeza apoyada en su pecho, los cabellos rubios esparcidos, mezclados con la barba blanca de Pascual. La Sunamita dormía con la mejilla sobre el corazón de su rey. Y en medio del silencio, en la amplia habitación en tinieblas, tan dulce para sus amores, no se oyó más que la suave respiración de ambos.

IX

Continuaba, pues, el doctor Pascual sus visitas de médico por la ciudad y la campiña del contorno. Y casi siempre llevaba del brazo á Clotilde, que entraba con él en las viviendas de los pobres.

Pero según había confesado muy bajito una noche, ahora aquellas visitas no eran más que de animación y de consuelo. Ya anteriormente, cuando acabó por no ejercer sino con gran repugnancia, era porque comprendía todo el vacío de la terapéutica. El empirismo lo descorazonaba. Desde el momento en que la medicina no era ciencia experimental, sino arte, sentía honda inquietud ante la infinita complicación de la enfermedad y del remedio variable, según el paciente. Las medicaciones cambiaban con las hipótesis: ¡cuánta gente debieron de matar, antiguamente, los métodos hoy abandonados! Todo se cifraba en el golpe de vista del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

abrazó, él boca arriba, estrechándola con su brazo izquierdo, ella, oprimiéndole con todos sus miembros largos y suaves, con la cabeza apoyada en su pecho, los cabellos rubios esparcidos, mezclados con la barba blanca de Pascual. La Sunamita dormía con la mejilla sobre el corazón de su rey. Y en medio del silencio, en la amplia habitación en tinieblas, tan dulce para sus amores, no se oyó más que la suave respiración de ambos.

IX

Continuaba, pues, el doctor Pascual sus visitas de médico por la ciudad y la campiña del contorno. Y casi siempre llevaba del brazo á Clotilde, que entraba con él en las viviendas de los pobres.

Pero según había confesado muy bajito una noche, ahora aquellas visitas no eran más que de animación y de consuelo. Ya anteriormente, cuando acabó por no ejercer sino con gran repugnancia, era porque comprendía todo el vacío de la terapéutica. El empirismo lo descorazonaba. Desde el momento en que la medicina no era ciencia experimental, sino arte, sentía honda inquietud ante la infinita complicación de la enfermedad y del remedio variable, según el paciente. Las medicaciones cambiaban con las hipótesis: ¡cuánta gente debieron de matar, antiguamente, los métodos hoy abandonados! Todo se cifraba en el golpe de vista del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

médico; el sanador no era ya más que un adivino de dotes privilegiadas, que marchaba á tientas, realizando curas á merced de las inspiraciones de su genio. Y he ahí por qué, después de doce años de ejercicio, había abandonado casi su clientela para dedicarse al estudio puro. Luego, cuando sus grandes trabajos sobre la herencia le devolvieron por un instante la esperanza de intervenir, de curar mediante sus inyecciones hipodérmicas, volvió á apasionarse, hasta el día en que su fe en la vida, aquella fe que le impulsaba á ayudar á la naturaleza, reparando las fuerzas vitales, se robusteció más aún y le inspiró la convicción superior de que la vida se bastaba á sí propia, de que era la única fautora de fuerza y de salud. Y no seguía visitando con tranquila sonrisa y eficaz esmero, sino á enfermos que clamaban á voces por su presencia y que se sentían milagrosamente aliviados, así les inyectase agua clara.

Ahora, Clotilde solía permitirse sus bromitas. En el fondo seguía siendo la adoradora del misterio; y decía alegremente que, si Pascual hacía milagros, era porque tenía en sí la virtud de que emanan, ¡porque era un Dios, un Salvador! Pero él, á su vez, se

complacía en traspasar á la joven la virtud eficaz de sus comunes visitas, afirmando que no curaba á nadie cuando Clotilde estaba ausente, que Clotilde era la que llevaba consigo el soplo del más allá, la fuerza desconocida y necesaria. Por eso los ricos, en cuya casa no entraba ella, continuaban gimiendo y llorando, sin ningún alivio posible. Y esa cariñosa disputa les entretenía. Siempre salían como si fuesen á hacer nuevos descubrimientos, y trocaban miradas de inteligencia en las casas de los pacientes. ¡Oh! ¡Aquel infame de sufrimiento que les sublevaba, y que era lo único que iban á combatir aún, ¡qué felices eran cuando lo creían vencido! Se consideraban recompensados regiamente siempre que veían secarse los sudores fríos, aplacarse las bocas clamorosas, recobrar vida las caras muertas. En suma: lo que ellos llevaban por doquiera era su amor, y con su amor aliviaban á aquel pequeño círculo de humanidad doliente.

—Morir no es nada; está en el orden de las cosas—decía frecuentemente Pascual.—Pero sufrir, ¿por qué? ¡Eso es horrendo y estúpido!

Una tarde fué con la joven á ver un enfermo al pueblecillo de Santa Marta, y al tomar

el ferrocarril para no molestar al viejecito, tuvieron un encuentro en la estación. El tren que esperaban venía de las Tulettes; Santa Marta era la primera estación en el sentido opuesto, hacia Marsella. Llegado ese tren, se precipitaban á abrir una portezuela, cuando vieron bajar del departamento que creían vacío á la viuda de Rougon. Felicidad ya no les hablaba. Bajó de un salto, á pesar de su edad, y se marchó muy tiesa y grave.

—Es el 1.º de Julio—dijo Clotilde cuando el tren estuvo en marcha.—La abuela viene de las Tulettes de hacer su visita mensual á mamá Dida... ¿Has visto qué mirada me echó?

Pascual se alegraba en el fondo de aquel enfado con su madre, que le libraba de la continua pesadilla de su presencia.

—¡Bah!—respondió sencillamente.—Cuando las personas no se entienden, vale más que no se hablen.

Pero la joven se había quedado triste y pensativa. Luego, á media voz:

—La encuentro cambiada, con la cara pálida... Y, ¿te has fijado?, ella, tan correcta siempre, tan atildada, no llevaba guante más que en una mano, en la derecha, un guante verde... No sé por qué, pero me ha dado un vuelco el corazón.

El entonces, turbado también, hizo un ademán vago. Su madre acabaría por envejecer, naturalmente, como todo el mundo. Al decirlo, añadió que la señora pensaba legar su fortuna á Plassans para que se edificase un asilo que llevaría el nombre de los Rougon. Los dos volvían á sonreir, cuando exclamó Pascual:

—¡Toma, pues si es mañana cuando nosotros vamos también á las Tulettes á ver á nuestros enfermos! Y ya sabes que he prometido al tío Macquart llevarle á Carlos.

Felicidad, en efecto, volvía de las Tulettes, adonde iba invariablemente el primer día de cada mes para saber de mamá Dida. Desde hacía años se preocupaba febrilmente de la salud de la loca, asombrada de verla eternizarse, y enfurecida por su terquedad en vivir más allá de la medida común, hecha un prodigio de longevidad. ¡Qué alivio el día que enterrase á aquel testigo molesto del pasado, aquel espectro de la expiación, que evocaba, vivas, las abominaciones de la familia! Y cuando otros muchísimos habían ido, ella, demente, sin conservar más que una chispa de vida en el fondo de los ojos, parecía resuelta á no liárselas jamás. Aquel día, había vuelto á encontrarla en su sillón,

consumida y tiesa, inalterable. Como decía la enfermera, ya no había motivo para que muriese nunca. Tenía ciento cinco años.

Cuando salió del asilo, Felicidad estaba sobreexcitada. Pensó en el tío Macquart. ¡Otro que la estorbaba también, que se eternizaba con una obstinación irritante! Aunque sólo tenía ochenta y cuatro años, tres más que ella, le parecía ridículamente viejo y que traspasaba los límites normales, lícitos y corrientes. ¡Y un hombre que vivía entregado á los excesos, que se ponía como un pellejo todas las noches, desde hacía sesenta años! Desaparecían los juiciosos, los sobrios, y él tan lozano y lucido, radiante de salud y de alegría. En tiempos anteriores, cuando fué á establecerse en Tulettes, ella le hacía regalos de vino, de licores y de aguardiente, con la secreta esperanza de librar á la familia de aquel borrachín asqueroso, del cual sólo había que esperar sonrojos y disgustos. Pero no tardó en advertir que tanto alcohol parecía, al contrario, fomentar su alegría, animar su semblante y encandilar ya sus ojos truhanescos; y suprimió los regalos, ya que el supuesto veneno le cebaba; guardábale un rencor terrible; á tener valor, le hubiese matado cada vez que volvía á verle

tan campante sobre sus piernas de beodo, riéndose en sus narices, al pensar que ella espiaba su muerte, y celebrando no darla el gusto de enterrar con él la antigua ropa sucia, la sangre y el fango de las dos conquistas de Plassans.

—Ya ve V., Felicidad—solía decir con tono horriblemente socarrón—yo estoy aquí para velar por mi anciana madre, y el día en que determinemos morirnos, será por deferencia hacia V., ¡sí! nada más que por ahorrarla el trabajo de venir á vernos, tan solícita, todos los meses.

Por lo común, la viuda de Rougón no quería ya granjearse nuevas decepciones yendo á casa de Macquart; la daban noticias de él en el asilo. Pero esta vez, como acabase de oir que atravesaba una crisis extraordinaria, que las empalmaba desde hacía quince días, atizándose trago más trago, la entró curiosidad de ver por sí mismo el estado en que se había puesto. Y al volver á la estación, dió un rodeo para pasar por la quinta del tío.

El día era soberbio; un día caluroso y espléndido de verano. A derecha é izquierda del camino angosto que recorría, miraba los campos que había sabido agenciarse el hom-

bre, toda aquella tierra pingüe, premio de su discreción y buen comportamiento. La casa, sita al Mediodía, con sus tejas de color de rosa y sus muros chillonamente embadurnados de amarillo, le pareció radiante de alegría. A la sombra de los añosos morales del terraplén, saboreó deliciosa frescura y gozó de la admirable vista. ¡Qué digno retiro, qué asilo de felicidad para un anciano que acababase, en medio de aquella calma, larga vida consagrada al bien y al deber!

Pero no veía ni oía nada. El silencio era profundo. Sólo lo interrumpía el zumbido de las abejas alrededor de las malvas reales. Y no había en la terraza más que un perrillo canelo, un lobezno, como los llaman en Provenza, tendido cuan largo era, á la sombra de la tierra desnuda. Conocía á la visita; había levantado la cabeza gruñendo, á punto de ladrar; pero se echó otra vez, y ya no volvió á rebullirse.

A poco, en medio de aquella soledad y de aquella alegría del sol, sintió estremecimiento extraño y llamó:

—¡Macquart!... ¡Macquart!...

La puerta de la quinta aparecía abierta debajo de los morales. Pero Felicidad no se atrevía á pasar: aquella casa vacía, con la

entrada franca, la llenaba de zozobra. Llamó nuevamente:

—¡Macquart!... ¡Macquart!...

Ni un ruido. Ni un soplo. Tornaba el grave silencio; sólo aumentaba el zumbido de las abejas alrededor de las malvas reales.

Avergonzada al fin de su miedo, entró resueltamente. A la izquierda del vestíbulo, veíase cerrada la puerta de la cocina, donde solía encontrarse el tío. La empujó. Al pronto no distinguió nada, porque él había debido de cerrar las maderas para evitar el calorazo. Felicidad sentía agarrársele á la garganta la peste de alcohol que llenaba la pieza: parecía que todos los muebles sudaban aquel olor, que toda la casa estaba impregnada de él. Después, acostumbrándose sus ojos á las semi-tinieblas, acabó por columbrar al tío. Estaba sentado cerca de la mesa, sobre la cual había un vaso y una botella de aguardiente completamente vacía. Hecho un rebuño en la silla, dormía como un leño, borracho perdido. Aquel espectáculo reanimó la cólera y el desprecio de Felicidad.

—¡Vamos, Macquart, es insensato é innoble ponerse en un estado semejante!... ¡Pero despiértese, esto es una vergüenza!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

El sueño del borracho era tan profundo que no se oía siquiera la respiración. Inútil fué que Felicidad alzase la voz, le sacudiese violentamente.

—¡Macquart! ¡Macquart! ¡Marquart!... ¡Ande de ahí!... ¡Da V. asco, hombre!

Y le dejó entregado á su suerte, sin molestarse más, recorriendo la pieza con desparpajo y arrollando muebles. Al salir del asilo por la carretera polvorienta, la había acometido ardiente sed. Se quitó los guantes que la estorbaban, y los puso en una esquina de la mesa. Luego tuvo la suerte de encontrar el cántaro, lavó un vaso, lo llenó hasta los bordes y se disponía á beber, cuando, á la vista de un espectáculo tan extraordinario, se alteró de tal suerte, que lo dejó intacto junto á los guantes.

Cada vez veía mejor en la pieza, á favor de los tenues rayos de sol que penetraban por las rendijas de las viejas y desvencijadas maderas. Distinguía muy bien al tío, con su traje de paño azul, y con su imprescindible gorra de pieles que no se quitaba en ninguna estación. Había engordado desde hacía cinco ó seis años, y era un verdadero montón de carne rebosante de grasa. Felicidad acababa de advertir que había debido

dormirse fumando, porque la pipa, una pipa negra y corta, estaba caída sobre sus rodillas. Después se quedó inmóvil de asombro: se había desparramado el tabaco encendido, prendiendo fuego al paño del pantalón; y por el agujero de la tela, tamaño ya como un duro, asomaba el muslo desnudo, un muslo rojo, de donde salía una llamita azul.

Al pronto creyó Felicidad que estarían ardiendo el calzoncillo ó la camisa. Pero no era lícita la duda: veía perfectamente la carne al descubierto, y de allí se desprendía la azul llamita ligera y retozona, como la llama errante que juguetea en la superficie de un vaso de alcohol inflamado. A la sazón no era más alta que la de una lamparilla nocturna, y tan vaporosa é inestable, que el menor soplo de aire la agitaba. Pero crecía, tomaba cuerpo rápidamente y se abría la piel, y empezaba á derretirse la grasa.

Un grito involuntario brotó de la garganta de Felicidad:

—¡Macquart!... ¡Macquart!

Macquart seguía sin moverse. Su insensibilidad debía de ser completa, la embriaguez le había producido una especie de coma, una paralisis absoluta de la sensación; por-

que vivía, el pecho se elevaba á impulsos de respiración lenta é igual.

—¡Macquart!... ¡Macquart!...

Ya la grasa rezumaba por las grietas de la piel, activando la llama que se propagaba al vientre. Y Felicidad comprendió que el hombre iba á inflamarse como una esponja empapada en aguardiente. Su cuerpo estaba saturado de él años hacía, y del más recio, del más inflamable. No tardaría en arder, seguramente, de pies á cabeza.

Felicidad renunció á despertarle, puesto que dormía de tal modo. Por espacio de un minuto se atrevió á contemplarle de nuevo, espantada, pero cada vez más resuelta. Sus manos tiritaban, presa de un temblor que no podía contener. Sofocada, cogió el vaso con las dos, y lo apuró de un trago. Se marchaba ya de puntillas, cuando se acordó de los guantes. Volvió, y á tientas, precipitadamente, creyó recoger el par de encima de la mesa. Salió, por fin, cerrando la puerta con mucho cuidado, sin hacer ruido, como si temiese molestar á alguien.

Al hallarse otra vez en la explanada, en medio de la alegría del sol, al aire libre y frente al inmenso horizonte celeste y puro, exhaló un suspiro de alivio. El campo estaba

desierto: seguramente nadie le había visto entrar ni salir. No encontró más que el lobezno tumbado, que ni siquiera se dignó levantar la cabeza. Y se alejó con su pasito presuroso y su leve contoneo de muchacha. Cien pasos más allá, una fuerza irresistible la hizo volverse, á pesar suyo, y dirigir la última mirada á la casa, tan apacible y risueña en medio de la pendiente, al declinar de aquel hermoso día. Hasta que estuvo en el tren y fué á ponerse los guantes, no echó de ver que faltaba uno. Pero estaba segura de que se le había caído en el andén, al subir al vagón. Se creía muy tranquila, y, no obstante, se quedó con una mano calzada y la otra desnuda—cosa incomprensible en ella, á menos de una perturbación extraordinaria.

Al día siguiente, Pascual y Clotilde tomaron el tren de las tres para ir á las Tulettes. La madre de Carlos, la guarnicionera, les había entregado al muchacho, puesto que tenían á bien de encargarse de llevarlo al tío, con quien debía quedarse toda la semana. El matrimonio había tenido nuevas disputas; el marido se negaba resueltamente á tolerar por más tiempo aquel chico ajeno, aquel hijo de príncipe, holgazán é imbécil.

Como quien le vestía era la abuela Rougon, el muchacho iba, en efecto, aquel día, engalanado de terciopelo y oro, á guisa de antiguo paje ataviado para presentarse en la corte. Y durante el cuarto de hora del viaje, hallándose solos en el departamento, Clotilde se entretuvo en quitarle la gorra para atersarle sus admirables cabellos rubios, aquella regia cabellera cuyos rizos caían sobre los hombros. Pero tenía una sortija en un dedo, y al pasarle la mano por la nuca, se asombró de ver que su caricia dejaba sanguinolento rastro. No se le podía tocar, sin que la piel se humedeciese de encarnado rocío: era tal el reblandecimiento de los tejidos, agravado por la degeneración, que el menor roce determinaba una hemorragia. El doctor, alarmado en seguida, le preguntó si seguía sangrando tan á menudo por la nariz. Apenas supo responder: primero contestó que no, y luego, acordándose, dijo que había echado mucha el otro día. Parecía, en efecto, más débil. A medida que avanzaba en edad, volvía á la infancia, y su inteligencia, que nunca había llegado á despertarse, iba oscureciéndose. Aquel muchacho de quince años, con su carita de niño y su tez de flor criada á la sombra, no aparentaba

diez. Clotilde, que lo había tenido en las rodillas, compadecida y llena de pena, al volver á dejarle en el asiento, notó que trataba de deslizar la mano por su escote, con impulso precoz é instintivo de animalillo vicioso.

Ya en las Tulettes, Pascual decidió llevar al muchacho, á todo trance, con el tío. Subieron, pues, la ruda pendiente. Desde lejos, la casita sonreía, como la víspera, á la luz del sol, con sus tejas sonrosadas, sus muros amarillos y sus verdes morales que, alargando las retorcidas ramas, protegían el terraplén con tupida techumbre de follaje. Una paz deliciosa bañaba aquel solitario asilo, aquel retiro de sabio, donde no se oía más que el zumbido de las abejas alrededor de las malvas reales.

—¡Ah, tuno de tío!—murmuró Pascual sonriendo.—¡Le tengo envidia!

Pero se sorprendía de no verle ya en pie al borde de la terraza. Y como Carlos echase á correr, llevándose á Clotilde para ir á ver los conejos, el doctor siguió subiendo solo; una vez arriba, se extrañó de no ver á nadie. Las ventanas estaban cerradas, y la puerta del vestíbulo abierta de par en par. Allí no se veía más que al lobezno en el din-

tel, con las patas tiesas y el pelo erizado, exhalando continuamente lastimero gañido. Cuando notó la presencia de la visita, que conocía sin duda, calló un instante, fué á plantarse más lejos, y al punto volvió á gemir tiernamente.

Pascual, embargado por indefinible temor, no pudo contener el azorado grito que subía á sus labios.

—¡Macquart!... ¡Macquart!

No respondió nadie. La casa persistía en silencio de muerte al través del negro agujero que presentaba la puerta abierta. El perro seguía gañando.

Pascual, impaciente, gritó más alto:

—¡Macquart! ¡Macquart!

Todo callado. Las abejas zumbaban; la inmensa serenidad del cielo envolvía el solitario retiro. El doctor se decidió. Quizá el tío estaría durmiendo. Pero apenas había empujado, á la izquierda, la puerta de la cocina, salió del recinto un olor horrible, un olor insoportable á carne y á huesos quemados. En la pieza apenas pudo respirar, ahogado y cegado por denso vapor, por una nube estancada y nauseabunda. Los tenues rayos de luz que se filtraban por las rendijas no le permitían ver bien. A pesar de

todo, corrió hacia la chimenea; pero no tardó en desechar su primera presunción de incendio, porque los muebles que divisaba en derredor parecían intactos. Y no comprendiendo, y sintiéndose desfallecer en aquella atmósfera envenenada, se precipitó á abrir las maderas violentamente. Entró un torrente de luz.

Entonces, lo que al cabo pudo observar le llenó de asombro. Todas las cosas se encontraban en su sitio; el vaso y la botella vacía de aguardiente estaban en la mesa; sólo la silla en que había debido sentarse Macquart presentaba señales de incendio: tenía negras las patas y medio quemada la paja. ¿Qué se había hecho del tío? ¿A dónde habría podido marcharse? Delante de la silla, en el suelo manchado por un charco de grasa, no había más que un montoncito de ceniza, y la pipa al lado, una pipa negra, que no se había roto siquiera al caer. Todo Macquart estaba allí, en aquel puñado de ceniza menuda, en la nube roja que salía por la ventana y en la capa de hollín que había tapizado la cocina entera, horrible hollín de carne evaporada, craso é infecto, que todo lo envolvía.

Era el caso más notable de combustión espontánea que jamás pudo observar un

médico. El doctor los había leído sorprendentes en ciertas Memorias—entre otros, el de la mujer de un zapatero, una borracha que se había dormido sobre su calentador, y de la cual no quedaron más vestigios que una mano y un pie.—El, por su parte, se había resistido á creerlo hasta entonces, no resignándose á admitir, como en la antigüedad, que un cuerpo, impregnado de alcohol, desprendiese un gas desconocido, capaz de inflamarse espontaneamente y de devorar la carne y los huesos. Pero ya no negaba; antes bien, se lo explicaba todo, reconstruyendo los hechos: el coma de la embriaguez; la insensibilidad absoluta; la pipa cayendo sobre la ropa y prendiéndola fuego; la carne saturada de bebida, ardiendo y agrietándose; parte de la grasa derretida corriendo por el suelo; otra parte activando la combustión; y todo, en fin, músculos, órganos, huesos, consumiéndose en la llama del cuerpo entero. Todo el tío estaba allí, con su traje de paño azul y la gorra de pieles que llevaba desde el principio al fin del año. Sin duda, al empezar á arder de aquella manera, como un cohete, debió de caer hacia adelante: así se explicaba que apenas se hubiese ennegrecido la silla. Y no quedaba nada de él, ni un

hueso, ni un diente, ni una uña, nada más que aquel montoncito de polvo gris que amenazaba barrer la corriente de aire de la puerta.

En esto entró Clotilde, dejando fuera á Carlos, distraído con el aullido del perro.

—¡Jesús, qué olor!—dijo.—¿Qué hay?

Y cuando Pascual la hubo explicado la extraordinaria catástrofe, se estremeció. Había cogido ya la botella para verla, y la dejó otra vez, horrorizándose al sentirla húmeda y pringada de la carne del tío. No se podía tocar á ninguna cosa: todo parecía como bañado en aquel hollín amarillento que se pegaba á las manos.

La acometió un escalofrío de pavor y de repulsión, en medio del cual lloraba y tartamudeaba:

—¡Qué muerte tan triste! ¡Qué muerte tan horrible!

Pascual, repuesto de su primer asombro, casi sonreía.

—Horrible, ¿por qué?... Tenía ochenta y cuatro años, y no ha padecido... A mí me parece una muerte soberbia para ese bigardo de vejestorio que ha llevado... ¡válgame Dios!, bien puede decirse en este momento, una existencia poco católica... Bien te acuer-

das de su legajo: tenía sobre su conciencia cosas verdaderamente terribles é indecorosas, lo cual no le ha impedido arreglarlas más tarde y envejecer en medio de todas las alegrías, como buen truhán, recompensado por las virtudes que no tuvo... ¡Y helo ahí muerto regiamente, á estilo de príncipe de los borrachos, inflamándose de suyo, consumiéndose en la hoguera encendida de su propio cuerpo!

El doctor, maravillado, abarcaba toda la escena con sus brazos abiertos.

—¿Ves esto?... ¡Estar borracho hasta el punto de no sentirse arder, de encenderse como una traca y desvanecerse en humo, hasta el último hueso!... ¿Eh? ¿Qué me dices del tío volando por el espacio, difundiéndose primero por los ámbitos del aposento, disuelto y flotante en el aire, y saliendo después, reducido á nube de polvo, por esa ventana, en cuanto la abrí, para cernerse en la atmósfera llenando el horizonte?... ¡Pero si es una muerte admirable! ¡Desaparecer, no dejar rastro de sí más que un montón de ceniza y una pipa al lado!

Y recogió la pipa para conservar, según advirtió, un recuerdo del tío. Clotilde, que creyó descubrir un dejo de amarga burla en

aquel arranque de admiración lírica, seguía manifestando con un estremecimiento su terror y su náusea.

Pero debajo de la mesa acababa de divisar una cosa, algún residuo quizá.

—Mira ahí.

Pascual se bajó, y recogió con sorpresa un guante de mujer, un guante verde.

—¡Calla!—exclamó Clotilde.—Es el guante de la abuela; acuérdate: el guante que le faltaba ayer tarde.

Los dos se miraban, sintiendo al borde de los labios la explicación: Felicidad había ido, de seguro, la víspera, y el doctor adquiría de repente la certidumbre de que su madre había visto arder al tío, sin querer apagarlo. Así se desprendía, para él, de varios indicios: el estado de enfriamiento completo de la pieza y el cálculo que hacía de las horas necesarias para la combustión. Vió perfectamente que nacía el mismo pensamiento en el fondo de los ojos espantados de su compañera. Pero como parecía imposible llegar á saber nunca la verdad, urdió en alta voz la explicación más sencilla.

—Por lo visto, tu abuela entró á darle las buenas tardes al volver del asilo, antes que él se pusiese á beber.

—¡Vámonos! ¡vámonos!—exclamó Clotilde.—¡Me ahogo! ¡no puedo estar más aquí!

Pascual, á su vez, quería ir á dar parte de la defunción. Salió detrás de la joven; cerró la casa, y se guardó la llave en el bolsillo. Fuera volvieron á oir al perrillo canelo, que no cesaba de aullar. Se había refugiado entre las piernas de Carlos, y el niño se entretenía en empujarle con el pie, oyéndole gemir, sin darse cuenta de nada.

El doctor se fué directamente á casa del señor Maurin, el notario de las Tulettes, que era al mismo tiempo alcalde. Viudo hacia diez años, vivía en compañía de su hija, viuda también y sin sucesión, y mantenía buenas relaciones con el viejo Macquart; á veces había tenido á Carlitos en su casa días enteros, porque su hija se interesaba por aquel niño tan guapo y tan digno de compasión. El señor Maurin, alarmado, quiso subir con el doctor á comprobar el accidente, y prometió levantar un acta de defunción en regla. En cuanto á dedicar al tio honras fúnebres, exequias, parecía cosa muy difícil. Cuando entraron en la cocina; el viento de la puerta hizo volar las cenizas; y, después de esforzarse en recogerlas piadosamente, apenas consiguieron reunir más que raeduras del suelo, una costra de basura antigua, donde debía quedar bien poca cosa del tío. Entonces ¿qué iban á enterrar? Valía más renunciar á ello. Se renunció, pues. Por otra parte, el tío no iba á la iglesia, y la familia se contentó con mandar decir misas por el descanso de su alma.

El notario se apresuró á indicar que existía un testamento depositado en su poder, y citó al doctor para de allí á dos días, con objeto de hacerle la comunicación oficial; porque creyó poder decirle que el tío le nombraba ejecutor testamentario. Y acabó por ofrecerle tener á Carlos en su casa hasta esa fecha, comprendiendo lo mal que el niño estaba con su madre y lo mucho que había de estorbar al doctor en medio de todas aquellas complicaciones. Carlos pareció tan contento, y se quedó en las Tulettes.

Como Pascual tenía que ver aún á sus dos enfermos, no pudo volver á Plassans con Clotilde hasta muy tarde, en el tren de las siete. Pero el día señalado, al acudir juntos á la cita del señor Maurin, tuvieron la desagradable sorpresa de encontrarse allí con la viuda de Rougon. Habiendo sabido naturalmente la muerte de Macquart, corrió inquieta á las Tulettes, con grandes demostra-

ciones de dolor; y acababa de presentarse otra vez aquel día, al conocer la existencia del famoso testamento. La lectura no ofreció ningún incidente: Macquart había dispuesto de todo cuanto podía distraer de su pequeña fortuna, para que le erigiesen una tumba soberbia de mármol en que hubiese dos ángeles llorando y con las alas plegadas. Era una idea sugerida por el recuerdo de una tumba semejante que había visto en el extranjero, en Alemania quizá cuando era soldado. Y encargaba á su sobrino Pascual que cuidase de la ejecución del monumento, porque, según el testador, era el único que tenía gusto en la familia.

Durante la lectura, Clotilde se quedó sentada en un banco del jardín, á la sombra de un viejo castaño. Cuando reaparecieron Pascual y su madre, hubo un momento de tensión violenta, porque no habían vuelto á cruzar la palabra hacía meses. La vieja, no obstante, afectaba perfecto desenfado, sin hacer alusiones á la nueva situación, dando á entender que podían aparecer muy unidos delante de la gente, sin por eso explicarse ni reconciliarse. Pero cometió la torpeza de insistir excesivamente sobre la profunda aflicción que la había causado la muerte de

Macquart. Pascual, que notaba su alborozo, su infinita alegría, al pensar que iba á cicatrizarse al fin aquella llaga de la familia, aquella abominación del tío, cedió á un movimiento de impaciencia, á una irritación que lo sublevaba. Sus ojos se fijaron involuntariamente en los guantes de su madre, que eran negros.

Cabalmente entonces se condolía ella dulcificando la voz.

—¿Pero era prudente, á su edad, obstinarse en vivir solo, como un hurón? ¡Si hubiese tenido siquiera una criada!

Y á esto habló el doctor, sin clara conciencia de lo que hacía, cediendo á un impulso tan irresistible, que se aterró al oirse decir:

—Pero V., madre, puesto que estaba allí, ¿por qué no lo apagó?

La anciana palideció horriblemente. ¿Cómo podía saber su hijo?... Le miró un instante, suspensa. Clotilde palidecía también, convencida del crimen, ahora patente. Era una confesión aquel silencio espantoso que sobrevino entre la madre, el hijo y la nieta, ese silencio aterrador en que las familias entierran sus tragedias domésticas. Las dos mujeres no encontraban nada que decir. El doctor, desesperándose por haber hablado,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

él, que evitaba con tanto empeño las explicaciones enojosas é inútiles, se afanaba sin tino por enmendar su frase, cuando vino á sacarle de ese terrible apuro una catástrofe nueva.

Felicidad quería recoger á Carlos para no abusar de la hospitalidad del Sr. Maurin; y como éste, después del almuerzo, mandó que llevaran el niño al Asilo para que pasase una ó dos horas con mamá Dida, ahora acababa de enviar á su criada con orden de traerle inmediatamente. En aquel momento la criada, á la cual esperaban en el jardín, apareció sudando, jadeante, descompuesta, gritando de lejos:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!... Vengan Vds. en seguida... El señorito Carlos está echando sangre...

Los tres, asustados, se dirigieron al Asilo.

Aquel era precisamente uno de los días buenos de mamá Dida, que estaba muy tranquila y pacífica en el sillón donde pasaba las horas, las largas horas, desde hacía veinte años, quieta, mirando fijamente el vacío. Parecía más flaca aún; había desaparecido todo rastro de músculo: los brazos y las piernas no eran ya más que huesos cubiertos por el pergamino de la piel; y la enfermera, la mocetona rubia, tenía que cargar con ella, darla de comer y manejarla como un objeto que se traslada de un sitio para otro. La ascendiente, la olvidada, aquella mujer alta, nudosa, horripilante, permanecía inmóvil, sin más vida que la de los ojos, ojos claros de agua de manantial, abiertos en una cara descarnada y escuálida. Pero todavía por la mañana había surcado sus mejillas un raudal repentino de lágrimas, y puestóse la anciana á tartamudear palabras sin ilación, indicio, al parecer, de que en medio de su agotamiento senil y del entumecimiento irreparable de la demencia, no debía de ser completo aún el lento endurecimiento del cerebro: todavía subsistían recuerdos almacenados; todavía eran posibles resplandores de inteligencia. Después recobró su mudo semblante, indiferente á los seres y las cosas, riendo á veces de una desgracia, de una caída, pero por lo común sin ver ni oir nada, sumida en su contemplación perdurable del vacío.

Cuando la llevaron á Carlos, la enfermera le colocó inmediatamente delante de la mesita, frente á su tatarabuela. Le tenía guardado siempre un paquete de estampas con soldados, capitanes y reyes, vestidos de

púrpura y oro, y se lo dió con las correspondientes tijeras.

—¡Ea! A entretenerse tranquilamente, como una persona formal. Ya ve que hoy es muy buena la abuela. Hay que ser bueno también.

El niño dirigió la mirada hacia la loca, y los dos se contemplaron. En aquel momento brilló su extraordinaria semejanza. Los ojos especialmente, los ojos vacíos y límpidos parecían confundirse unos con otros: eran idénticos. Luego, la fisonomía, las facciones ajadas de la centenaria saltaban por cima de tres generaciones á aquel delicado rostro de niño, como borrado ya también, muy viejo y consumido por el desgaste de la raza. No sonrieron, no hacían más que mirarse profundamente, con aire de grave imbecilidad.

—¡Ya, ya!—continuó la enfermera, que había adquirido la costumbre de hablar alto consigo misma, á fin de explayarse con su loca.—No pueden negar el parentesco. Quien hizo al uno hizo al otro... ¡Vamos!, á reir y á divertirse, ya que les va tan bien juntitos.

Pero como Carlos no podía fijar la atención sin fatigarse, fué el primero en bajar la cabeza y pareció interesarse en las estampas; en cambio, la abuela Dida, que tenía

una fijeza asombrosa, seguía mirándole indefinidamente, sin pestañear.

La enfermera anduvo ocupada un momento en el cuartito lleno de sol, tan alegre con su papel claro de flores azules. Hizo la cama, que había estado oreándose, y colocó alguna ropa blanca en el armario. Pero, por punto general, aprovechaba la presencia del niño para desahogar; porque, aunque no debía separarse nunca de la enferma, acabó por confiársela á Carlos, cuando estaba allí.

—Oiga—dijo:—yo tengo que salir, y, si se mueve, si me necesita para algo, me llama V. en seguida, ¿eh?... V. me entiende, V. es ya un mocito que sabe llamar á una persona.

El muchacho levantó la cabeza, dió á entender que había comprendido y llamaría, y cuando se quedó solo con mamá Dida, volvió muy formal á sus estampas. Así pasó un cuarto de hora en medio del profundo silencio del Asilo, donde no se oían más que ruidos vagos de prisión, algún paso furtivo, el soniqueo de un manojo de llaves, y á lo mejor gritos inmediatamente apagados. Pero, con aquel tiempo tan bochornoso, el niño debía de estar cansado, y empezaba á rendirse al sueño; su cara, blanca como una azucena, pareció inclinarse bajo el peso de su cabelle-

ra majestuosa, la dejó caer suavemente entre las estampas, y se durmió apoyando una mejilla en los reyes de púrpura y de oro. Las pestañas de los cerrados párpados proyectaban una sombra; la vida palpitaba débilmente en las venitas azules de su delicada piel. Tenía la belleza de un angel, con la indefinible corrupción de toda una raza difundida en su suave rostro. Y mamá Dida posaba en él su mirada vacía, donde no había ya placer ni pena: la mirada de la eternidad hacia las cosas.

No obstante, al cabo de algunos minutos pareció despertarse cierto interés en sus claros ojos. Pasaba algo: una gota de sangre que asomaba por la nariz del niño, y se alargaba en el borde de la ventana izquierda. Cayó esa gota, y después se formó y la siguió una segunda. Era la sangre, el rocío de sangre que ahora brotaba sin roce ni golpe, que salia sola, que se marchaba, á consecuencia de los progresos relajadores de la degeneración. Las gotas se convirtieron en tenue caño, que corrió por el oro de las estampas, las anegó en un charquito y se encaminó hacia una esquina de la mesa; luego empezaron á caer gotas espesas que se aplastaban en el suelo de la habitación. Y el niño

seguía durmiendo, con su divina serenidad de querubín, sin darse cuenta siquiera de la vida que perdía, y la loca continuaba mirándole, con trazas de creciente interés, pero sin terror, antes bien entretenida, distraída con aquello como con el vuelo de las moscas, que solía seguir durante horas enteras.

Pasaron algunos minutos. El cañito rojo había engrosado; las gotas se sucedían más rapidamente, golpeando el suelo con un leve ruido monótono y pertinaz. Hubo un momento en que Carlos se agitó, abrió los ojos y se vió bañado en sangre. Pero no se asustó: estaba acostumbrado á la vista de esa fuente que brotaba de él al menor choque, y no hizo más que proferir una queja, un acento de enojo. Sin embargo, débió de hablarle el instinto, porque después se alarmó, se lamentó en voz más alta y balbuceó confusamente:

—¡Mamá! ¡mamá!

Su debilidad debía ser ya tan excesiva, que, cediendo á un sopor invencible, volvió á dejar caer la cabeza y á cerrar los ojos, pareciendo dormirse nuevamente y seguir exhalando en sueños su lastimero gemido, más débil y vago cada vez.

—¡Mamá! ¡mamá!

Las estampas estaban anegadas; el tercio-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1626 MONTERREY, MEXICO

pelo negro del traje, adornado de oro, se cubría de rayas sanguinolentas; el cañito rojo, persistente, volvía á correr sin tregua ni reposo de la ventana izquierda de la nariz, atravesando la balsa bermeja de la mesa y esparciéndose en el suelo, donde acababa por formar un charco. Hubiese bastado un grito de la loca, una voz de terror. Pero la loca no gritaba, no llamaba; permanecía inmóvil, con sus ojos fijos de ascendiente que miraba cumplirse el destino, como seca, contraída, clavada la lengua y atados los miembros por sus cien años, osificado el cerebro por la demencia, incapaz, en suma, de querer ni de obrar. Y, á pesar de eso, la vista del arroyito rojo empezaba á suscitar en ella una emoción. Recorrió su cara muerta un estremecimiento, y subió una oleada de calor á sus mejillas. En fin, una última queja del niño reanimó totalmente su semblante.

—¡Mamá! ¡mamá!

Entonces se entabló dentro de la loca visible y tremendo combate. Se llevó á las sienes las manos de esqueleto, como si se la fuese á partir el cráneo. Abrió desmesuradamente la boca, y no articuló ningún sonido: El espantoso tumulto que la oprimía paralizaba su lengua. Pugnó por levantarse, por

correr; pero no tenía ya músculos: permaneció clavada. Temblaba todo su pobre cuerpo con el esfuerzo sobrehumano que hacía para pedir socorro, sin poder romper su prisión de senectud y de demencia. Tenía desencajada la cara, despierta la memoria: debió de verlo todo.

Y fué una agonía lenta y muy dulce, cuyo espectáculo duró largos minutos todavía. Carlos, como dormido, sin quejarse ya, acababa de perder la sangre de sus venas, que se vaciaban sin fin silenciosamente. Su blancura de azucena aumentaba, trocándose en mortal palidez. Los labios perdían el color: pasaban á un rosa lívido, y por fin quedaban blancos. Ya próximo á expirar, abrió los grandes ojos, y los fijó en su tatarabuela, que pudo seguir en las pupilas el último destello. Todo el rostro de cera estaba muerto ya, cuando aún los ojos vivían. Conservaban su limpidez, conservaban cierta luz. De pronto se vaciaron; se apagaron. Era el último síntoma: la muerte de los ojos. Carlos había muerto sin experimentar una sacudida, agotado como fuente de donde ha salido toda el agua. Ya no palpitaba la vida en las venas de su delicado cutis; ya no había en el blanco semblante más que la sombra de las pes-

tañas. Pero estaba soberanamente hermoso, con la cabeza reclinada en la sangre, en medio de las dispersas melenas de la regia cabellera rubia, como uno de esos delfinitos exangües, que no han podido soportar la execrable herencia de su estirpe, y se duermen, consumidos de vejez y de imbecilidad, á los quince años.

El niño acababa de exhalar el último suspiro, cuando entró el doctor, seguido de Felicidad y de Clotilde. Y en cuanto vió la cantidad de sangre que inundaba el suelo:

—¡Ah, Dios mío!—exclamó.—Lo que yo temia. ¡Pobre criatura! No había nadie aquí. ¡Se acabó todo!

Y súbito se quedaron aterrorizados los tres ante la escena extraordinaria á que asistieron entonces. La abuela Dida, creciéndose con esfuerzo sobrehumano, había conseguido casi levantarse; y sus ojos, fijos en el muertecín, fijos en aquel rostro tan blanco y tan dulce en medio de la roja sangre esparcida, en medio del charco de sangre que se coagulaba, iluminábanse con la luz de un pensamiento, después de un largo sueño de veintidós años. Aquella lesión final de la locura, aquella noche de la inteligencia, sin reparación posible, no era tan completa, por

lo visto, que no pudiese despertarse brusca mente un lejano recuerdo, á impulsos del terrible golpe que la sacudía. Y la olvidada volvía á vivir; salía de su nada, rígida y consumida, como un espectro del espanto y del dolor.

Permaneció anhelante un momento. Hizo un esfuerzo después, temblando; pero no pudo tartamudear más que una palabra:

—¡El gendarme! ¡El gendarme!

Pascual, Felicidad y Clotilde habían comprendido. Se miraron involuntariamente, estremeciéndose. Era la evocación de toda la violenta historia de la anciana, de la madre común: la pasión exasperada de su juventud y el largo sufrimiento de su madurez. Ya le habían quebrantado terriblemente dos choques morales: el primero, en su ardiente plenitud de vida, cuando un gendarme derribó de un tiro, como á un perro, á su amante, el contrabandista Macquart; el segundo, muchos años después, cuando otro gendarme partió la cabeza de un pistoletazo á su nieto Silverio, el insurrecto, la víctima de los odios y de las luchas sangrientas de la familia. Siempre la sangre la había salpicado. Y el tercer choque moral la remataba; otra vez la salpicaba la sangre, aquella san

gre empobrecida de su linaje, que acababa de ver correr tan abundosa, y que estaba en el suelo, mientras el regio niño, pálido, con las venas y el corazón vacíos, dormía.

Volviendo á evocar toda su vida, su vida roja de pasión y de tortura, dominada por la imagen de la ley expiatoria, exclamó por tres veces:

—¡El gendarme! ¡El gendarme! ¡El gendarme!

Y se desplomó en su sillón. La creyeron muerta, como herida de un rayo.

Entró, al fin, la enfermera, inventando disculpas, segura de su despedida. Cuando el doctor Pascual la ayudó á colocar en la cama á la abuela Dida, reconoció que aún vivía. No debía morir hasta el día siguiente, á la edad de ciento cinco años, tres meses y una semana, de una congestión cerebral, determinada por el último golpe que había recibido.

Pascual dijo á su madre en seguida:

—No dura veinticuatro horas; mañana estará muerta... ¡Ah! Primero el tío, después ella y esa pobre criatura: ¡cuánta miseria y cuánto duelo!

Se detuvo para añadir bajo:

—La familia se aclara; caen los árboles viejos, y los jóvenes mueren en pie.

Felicidad debió figurarse que la dirigía una nueva alusión. Estaba sinceramente anonadada por la trágica muerte de Carlitos. Pero, á pesar de todo, en medio de su sobresalto, sentía alivio inmenso. La próxima semana, cuando hubiese acabado de llorar, ¡qué sosiego poder decirse que ya no existía aquella abominación de las Tulettes, que al fin podía elevarse é irradiar en la leyenda la gloria de la familia!

Entonces se acordó de que no había respondido en casa del notario á la involuntaria acusación de su hijo, y tuvo la valentía de volver á hablar de Macquart.

—Ya ves que las criadas no sirven para cosa ninguna. Aquí había una, y nada supo evitar. Por mucho que el tío se rodease de gente, á estas horas estaría reducido á cenizas de todas maneras.

Pascual se inclinó con su deferencia acostumbrada.

—Tiene V. razón, madre.

Clotilde había caído de hinojos. Sus antiguas creencias de ferviente católica acababan de despertarse en aquella mansión de sangre, de locura y de muerte. Juntas las manos y anegados en lágrimas los ojos, rezaba ardientemente por los seres queridos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que ya no existían. ¡Dios mío! ¡Que hubiesen acabado de sufrir, que les fuesen perdonadas sus faltas, que no resucitasen sino en otra vida de eterna felicidad! E intercedía con todo fervor, sobrecogida de espanto ante la idea de un infierno que, tras esta vida miserable, eternizara su padecer.

A partir de tan triste día, Pascual y Clotilde iban juntos á visitar á sus enfermos con ánimo más compasivo. Quizá en él había tomado más cuerpo aún el pensamiento de su impotencia ante la enfermedad ineludible. Lo único sensato era dejar obrar á la naturaleza, dejarla eliminar los elementos peligrosos, y no trabajar más que en su labor final de salud y de fuerza. Pero los parientes que uno pierde, los parientes que sufren y mueren, dejan en el corazón cierto rencor contra el mal, una necesidad irresistible de combatirlo y de vencerlo. Y jamás el doctor había gustado alegría tan grande, cuando con un pinchazo conseguía aplacar un acceso, ver calmarse y dormirse al paciente que estaba en un grito. Ella, en cambio, le adoraba, orgullosísima, como si su mutuo amor fuese el alivio que, cual viático, llevaban al pobre enfermo.

X

Una mañana, Martina, como todos los trimestres, hizo que el doctor la diese un recibo de mil quinientas pesetas para ir á cobrar lo que llamaba "las rentitas de la casa„ al estudio del notario Grandguillot. El pareció sorprendido de que el plazo hubiese vuelto tan pronto: jamás se había desentendido hasta ese punto de las cuestiones de dinero, confiando á la sirviente el cuidado de arreglarlo todo. Y estaba con Clotilde, bajo los plátanos, poseídos los dos de la única alegría de vivir, refrescados deliciosamente por la eterna canción de la fuente, cuando volvió Martina, azorada, agitada por emoción extraordinaria.

No pudo hablar al pronto: hasta tal punto la faltaba el aliento.

—¡Jesús! ¡Jesús!... ¡El señor Grandguillot se ha marchado!

Pascual no comprendió al principio.

que ya no existían. ¡Dios mío! ¡Que hubiesen acabado de sufrir, que les fuesen perdonadas sus faltas, que no resucitasen sino en otra vida de eterna felicidad! E intercedía con todo fervor, sobrecogida de espanto ante la idea de un infierno que, tras esta vida miserable, eternizara su padecer.

A partir de tan triste día, Pascual y Clotilde iban juntos á visitar á sus enfermos con ánimo más compasivo. Quizá en él había tomado más cuerpo aún el pensamiento de su impotencia ante la enfermedad ineludible. Lo único sensato era dejar obrar á la naturaleza, dejarla eliminar los elementos peligrosos, y no trabajar más que en su labor final de salud y de fuerza. Pero los parientes que uno pierde, los parientes que sufren y mueren, dejan en el corazón cierto rencor contra el mal, una necesidad irresistible de combatirlo y de vencerlo. Y jamás el doctor había gustado alegría tan grande, cuando con un pinchazo conseguía aplacar un acceso, ver calmarse y dormirse al paciente que estaba en un grito. Ella, en cambio, le adoraba, orgullosísima, como si su mutuo amor fuese el alivio que, cual viático, llevaban al pobre enfermo.

X

Una mañana, Martina, como todos los trimestres, hizo que el doctor la diese un recibo de mil quinientas pesetas para ir á cobrar lo que llamaba "las rentitas de la casa„ al estudio del notario Grandguillot. El pareció sorprendido de que el plazo hubiese vuelto tan pronto: jamás se había desentendido hasta ese punto de las cuestiones de dinero, confiando á la sirviente el cuidado de arreglarlo todo. Y estaba con Clotilde, bajo los plátanos, poseídos los dos de la única alegría de vivir, refrescados deliciosamente por la eterna canción de la fuente, cuando volvió Martina, azorada, agitada por emoción extraordinaria.

No pudo hablar al pronto: hasta tal punto la faltaba el aliento.

—¡Jesús! ¡Jesús!... ¡El señor Grandguillot se ha marchado!

Pascual no comprendió al principio.

—¡Bueno, hija! No hay prisa. Volverá V. otro día.

—¡Sí, sí! ¡Qué he de volver! Ha volado. ¿Lo oye? Ha volado...

Y lanzó las palabras, desahogando su violenta emoción, como si se hubiese soltado una presa.

—Llego á la calle; veo gente desde lejos delante de la puerta... Me entra un escalofrío; me da el corazón que ha sucedido una desgracia. Y la puerta cerrada; ni una persiana abierta; una casa de muerto... En seguida me dice la gente que ha tomado el portante, que no dejaba un céntimo, que era la ruina de las familias...

Soltó el recibo sobre la mesa de piedra.

—¡Tenga V.! ¡Ahí está su papel! Se acabó: ¡ya no tenemos un céntimo! ¡Vamos á morirnos de hambre!

La ahogaban las lágrimas; lloraba sollozando, oprimida por la angustia de su corazón de avara, loca por aquella pérdida de una fortuna y temblando ante la amenaza de la miseria.

Clotilde se había quedado suspensa, sin hablar, con los ojos clavados en el doctor, que más parecía incrédulo que otra cosa en el primer instante. Procuró calmar á Martina. ¡Vaya! ¡vaya! No había que amontonarse así. Si no sabía el caso más que por la gente de la calle, quizá todo se reducía á habladurías y exageraciones. ¡El señor Grandguillot fugándose!... ¡El señor Grandguillot ladrón! Eso era cosa monstruosa, imposible. ¡Un hombre de tanta honradez! ¡Una casa querida y respetada de todo Plassans desde hacía más de un siglo! ¡Una casa donde, según se decía, el dinero estaba más seguro que en el Banco de Francia!

—Recapacite V., Martina: una catástrofe de esa naturaleza no vine como un rayo; habría habido rumores que la anunciasen... ¡Qué demonio! Una probidad tan antigua no viene á tierra en una noche.

A estas palabras Martina hizo un ademán de desesperación.

—¡Ay, señor! Esa es mi pena, porque, para que lo sepa V., tengo mi parte de culpa... Hace semanas que vengo oyendo decir cosas... Vds., es claro, no oyen nada, no saben si viven...

Pascual y Clotilde no pudieron menos de sonreir, porque era muy cierto que vivían fuera del mundo, tan distantes y tan altos, que no llegaba hasta ellos ninguno de los ruidos ordinarios de la existencia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Sólo que como eran cosas tan feas, no he querido molestarles á Vds. Creía que serían mentira.

Acabó por contar que si unos acusaban meramente al señor Grandguillot de haber hecho jugadas de Bolsa, otros afirmaban que mantenía mujeres en Marsella. En fin, orgías, pasiones abominables. Y rompió otra vez á sollozar.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué va á ser de nosotros? ¡De modo que nos vamos á morir de hambre!

Vencido entonces, afectado al ver llenarse de lágrimas también los ojos de Clotilde, Pascual trató de reunir sus recuerdos y hacer un poco de luz en su espíritu. En otra época, cuando ejercía en Plassans, había llevado en varias veces al señor Grandguillot las ciento veinte mil pesetas, con cuya renta venía teniendo bastante desde hacía ya diez y seis años; y el notario le había dado cada una de las veces un recibo de la suma depositada. El recibo le permitiría, sin duda, presentarse como acreedor personal. Después se despertó en el fondo de su memoria vago recuerdo: sin que pudiese precisar la fecha, á petición del notario, y tras ciertas explicaciones del mismo,

le había entregado un poder para emplear todo ó parte de su dinero en colocaciones hipotecarias; y hasta estaba seguro de que en ese poder había quedado en blanco el nombre del mandatario. Pero ignoraba si se había hecho uso de tal documento, porque no se preocupó nunca de saber cómo podían estar colocados sus fondos.

Nuevamente su angustia de avara arrancó este grito á Martina:

—¡Ah, señor! ¡Bien castigado se ve V. por donde ha pecado! ¿Quién abandona así el dinero? Yo, ¡oígalo V.!, yo llevo mi cuenta al céntimo cada tres meses, y puedo decir por las puntas de los dedos las cifras y los títulos.

En medio de su desconsuelo, animó su semblante una sonrisa inconsciente. Era que veía satisfecha su lejana y tenaz pasión: sus cuatrocientas pesetas de salario, sin tocar apenas, economizadas, colocadas durante treinta años, produciendo al fin, por la acumulación de los intereses, la enorme suma de veinte mil. Y ese tesoro estaba intacto, seguro, aparte, en sitio que nadie conocía. No cabía en sí de gozo, pero se abstuvo de insistir más.

Pascual protestaba.

—¡Eh! ¿y á V. quién le dice que está perdido todo nuestro dinero? El señor Grandguillot tenía su hacienda propia, y supongo que no se habrá llevado su casa y sus fincas. Veremos: se pondrán en claro las cosas; yo no puedo resignarme á que ese hombre sea un ladrón... El único contratiempo es que va á haber que esperar.

Hablaba así por tranquilizar á Clotilde, cuya inquietud veía crecer. Ella le miraba, y miraba la Solueiade, preocupada exclusivamente de él, animada del ardiente deseo de vivir siempre allí, como en pasados tiempos, de amarle siempre en el fondo de aquella soledad amiga. Y el doctor, por su parte, decidido á calmarla, recobraba su hermosa indiferencia de hombre que jamás había vivido por el dinero, ni concebía que se pudiese carecer de él ni pasar apuros por su falta.

—¡Pero si yo tengo dinero!—acabó por exclamar.—¿Qué nos viene á contar aquí Martina de que no tenemos ya un céntimo y de que vamos á morirnos de hambre?

Y se levantó alegremente, obligándolas á las dos á seguirle.

—¡Venid, venid! ¡Ahora vais á ver dinero! Y yo le daré á Martina para que nos haga una buena comida esta noche.

Arriba, en su cuarto, abrió la gaveta con aire de triunfo, en presencia de las dos. Allí, en el fondo de un cajón, venía echando desde hacía cerca de diez y seis años los billetes y el oro que le llevaban espontáneamente sus últimos clientes, sin que él les reclamase nada. Y tampoco había sabido nunca á ciencia cierta la cifra de aquel pequeño tesoro, de donde tomaba para sus gastos chicos, sus experimentos, sus limosnas y sus regalos. Hacía algunos meses que menudeaban sus visitas á la gaveta. Pero estaba tan acostumbrado á encontrar las cantidades que necesitaba, tras años de natural arreglo y de gastos casi nulos, que acabó por creer inagotables sus ahorros.

Reía, pues, de satisfacción.

—¡Ahora veréis! ¡ahora veréis!

Y se quedó confundido, cuando, después de registrar febrilmente entre un montón de cuentas y de facturas, no pudo reunir más que una suma de seiscientas quince pesetas: dos billetes de cien pesetas, cuatrocientas pesetas en oro y quince en moneda menuda. Sacudía los otros papeles, y pasaba los dedos por los rincones del cajón, exclamando:

—¡Pero si no es posible! ¡Si ha habido siempre! ¡Si había aún montones estos días!...

Por fuerza me han engañado todas esas facturas viejas. Os juro que la otra semana, he visto y tocado mucho.

Hablaba con un candor tan gracioso, se asombraba con sinceridad tan infantil, que Clotilde no pudo menos de sonreirse. ¡Ah, qué hombre de negocios tan desdichado aquel pobre maestro! Pero después, viendo la angustia de Martina, viendo su absoluta desesperación en presencia del poco dinero, que ahora representaba la vida de los tres, la joven sintió una gran congoja, se humedecieron sus ojos, y murmuró:

—¡Dios mío! ¡Por mí es por quien lo has gastado todo! ¡Yo soy la ruina, la causa única de que no tengamos un céntimo!

El había olvidado ya el dinero invertido en los regalos. Esa era evidentemente la brecha. Al caer en la cuenta, se quedó tan tranquilo, y se enfadó al oir que Clotilde, muy afligida, hablaba de devolverlo todo.

—¡Devolver lo que yo te he dado! ¡Devolverías con ello un pedazo de mi corazon! ¡No, no! ¡aunque me muriese de hambre, yo te quiero tal y como te he querido!

Y lleno de confianza, viendo abrirse un porvenir ilimitado, añadió:

—Además, esta noche aún no hemos de

morirnos de hambre, ¿verdad, Martina? Con esto se podrá tirar mucho.

Martina meneó la cabeza. Ella se comprometía á estirar el dinero dos meses, quizá tres, si tenían mucho juicio, pero no más. Antes siempre entraba algún dinero en el cajón, pero ahora, desde que el señor dejaba á sus enfermos, la entradas eran casi nulas. Por consiguiente, no había que contar con que viniese de fuera ningún subsidio. Y concluyó, diciendo:

—Deme V. los dos billetes de cien pesetas. Voy á ver de hacerlos durar todo un mes. Después ya veremos... Pero mírese V. mucho; no vaya V. á tocar á las cuatrocientas pesetas en oro, cierre el cajón, y no lo vuelva á abrir.

—¡Oh, en ese particular - exclamó el doctor—puedes estar tranquila! Antes me cortaría la mano.

Así se arregló todo. Martina disponía libremente de aquella última bolsa, y era de fiar, podían dejarlo á su arbitrio en la seguridad de que escatimaría los céntimos. En cuanto á Clotilde, que nunca había tenido bolsa suya propia, no podía notar siquiera la falta de dinero. Pascual sería el único que echase de menos su inagotable tesoro; pero

se había comprometido formalmente á dejar que lo pagase todo la criada.

—¡Uf! ¡Buena faena! —dijo, aliviado y contento, como si acabase de arreglar un asunto magno que asegurase su vida para siempre.

Pasó una semana sin que nada pareciese haber cambiado en la Souleiade. Absortos en su amor, ni Pascual ni Clotilde daban muestras de preocuparse de la miseria que los amagaba. Y una mañana en que la joven había salido con Martina, para acompañarla á la plaza, recibió el doctor una visita, que en el primer momento le llenó de una especie de terror. Era la mujer que le había vendido el corpiño, aquella maravilla, su primer regalo. Se reconocía tan débil contra cualquier tentación posible, que temblaba. Aun antes de abrir la boca la prendera, empezó á defenderse: ¡no! ¡no! no podía, no quería comprar nada; y poniendo las manos por delante, la impedía sacar ninguna cosa del saquito de cuero. Pero la mujer sonrió afablemente, segura del triunfo. Empezó á machacar con su charla seguida, contándole una historia; ¡sí! una señora cuyo nombre no podía descubrir, una de las señoras más distinguidas de Plassans, reducida por un

contratiempo á deshacerse de una joya; y ponderaba la magnífica ocasión: una joya que había costado más de mil doscientas pesetas, y que ella se resignaba á dejar por quinientas. Sin precipitarse, había abierto el saco, á pesar de la zozobra, de la ansiedad del doctor, y sacaba una cadenita para el cuello, con siete perlas delante, cosa muy sencilla; pero las perlas presentaban una redondez, un brillo y una limpidez admirables. ¡Todo aquello era tan fino, tan puro, de una frescura tan exquisita! Instantáneamente vió la alhaja en el cuello delicado de Clotilde, como adorno natural de aquella carne de seda, cuyo sabor de flor conservaba en los labios. Otra joya hubiese sido una superfluidad inútil en su persona; aquellas perlas no harían más que realzar su juventud. Y ya la tenía entre los dedos trémulos, acongojado por una angustia mortal ante la idea de devolverla. Con todo, seguía defendiéndose, jurando y perjurando que no tenía quinientas pesetas; mientras la mujer, por su parte, continuaba haciendo valer la ganga, que era positiva. Al cabo de un cuarto de hora más, cuando lo creyó vencido, tuvo á bien dejar el collar, de un solo bajón, en trescientas pesetas; y él cedió al fin, pudiendo más que

nada el ansia del regalo, la necesidad de dar gusto, de adornar á su ídolo. Cuando fué á sacar del cajón las quince monedas de oro para entregárselas á la vendedora, estaba convencido de que se arreglaría lo del notario y no tardarían en tener mucho dinero.

Al encontrarse solo, con la alhaja en el bolsillo, se puso como un niño de alegre, recreándose en la sorpresa que preparaba, y aguardando con impaciencia la vuelta de Clotilde. En el momento de divisarla, empezó á latirle el corazón como si fuese á estallar. La joven traía mucho calor: el sol ardoroso de Agosto abrasaba el cielo. Quiso, pues, cambiar de vestido. Pero venía muy contenta de su paseo, y se reía al contar la adquisición que acababa de hacer Martina: dos pichones por diez y ocho sueldos. Pascual, sofocado por la emoción, la había seguido á su cuarto; y, cuando ella no estaba ya más que en enaguas, con los brazos y los hombros desnudos, aparentó notar algo en su cuello.

—¡Calla! ¿Qué es eso que tienes ahí? A ver, á ver: enseña.

Tenía el collar en la mano, y consiguió ponérselo, fingiendo palparla para cerciorarse de que no había ninguna cosa. Pero ella se revolvía alegremente.

—¡Vamos, acaba! Yo sé bien que no tengo cosa ninguna... A ver: ¿Qué infundios traes ahí? ¿Qué es lo que tienes que me hace cosquillas?

La cogió en brazos, y la llevó delante del gran espejo, donde se vió toda. La cadenilla no parecía en su cuello más que un hilo de oro, y la joven divisó las siete perlas como estrellas lácteas, nacidas allí, relumbrando suavemente sobre la seda de la piel. Era infantil y delicioso. Al instante brotó de sus labios una risa de embeleso, un arrullo de paloma presumida que se esponja.

—¡Ay, maestro, maestro! ¡Qué bueno eres!... ¿Pero tú no piensas más que en mí?... ¡Qué feliz me haces!

Y la alegría que asomaba á sus ojos, aquella alegría de mujer y de amante, gozosa de ser bella y adorada, le recompensaba á él soberanamente de su locura.

Clotilde había vuelto la cabeza, radiante, y alargaba los labios. Pascual se inclinó. Se besaron.

—¿Estás contenta?

—¡Oh, sí, maestro! ¡Contenta, contentísima!... ¡Son una cosa tan delicada, tan pura, las perlas! ¡Y éstas me sientan tan bien!

Se admiró otro rato en el espejo, inocente-

mente vanidosa de la rubia flor de su piel, sobre la cual se destacaban las nacaradas gotas de las perlas. Luego, cediendo al deseo de que la viesen, y oyendo andar á la criada en la sala contigua, echó á correr en su busca, despechugada y en enaguas.

—¡Martina! ¡Martina! ¡Mira lo que acaba de darme el maestro!... ¡Estoy guapa! ¿eh?

Pero al ver la faz severa, súbitamente terrosa de la solterona criada, se le agrió el gozo. Acaso tuvo conciencia del vivo y amargo sentimiento de celos que su espléndida juventud producía en aquella pobre criatura consumida en la muda resignación de su domesticidad, siempre en adoración delante de su amo. Por supuesto, fué el primer movimiento, que duró un segundo; movimiento inconsciente para una, sospechado apenas por la otra, y lo que quedó después fué la visible desaprobación de la sirviente económica, el costoso regalo visto con malos ojos y condenado severamente.

A Clotilde la dió un poco de frío, y murmuró:

—Sin duda el maestro ha registrado otra vez la cómoda... Son muy caras las perlas, ¿verdad?

Cohibido á su vez Pascual, hizo ponderaciones, explicando la magnífica ocasión, y contó con un diluvio de palabras la visita de la corredora. Un negocio increíble de bueno: no se podía prescindir de compra tal.

—¿Cuánto?—preguntó la joven con verdadera ansiedad.

—Trescientos francos.

Y Martina, que no había abierto aún la boca, terrible en su silencio, no pudo contener este grito:

—¡Santo Dios! ¡Había con que vivir seis semanas, y no tenemos pan!

Grandes lagrimones brotaron de los ojos de Clotilde. A no impedírselo Pascual, se hubiese arrancado el collar del cuello. Hablaba de devolverlo en el acto, y tartamudeaba enloquecida.

—Es verdad, tiene razón Martina... El maestro está loco; y yo misma lo soy, guardando esto ni un minuto, en la situación en que estamos... Me abrasaría la piel. Te lo suplico, déjame devolverlo.

Jamás quiso él consentirlo. Desconsolábase con las dos, reconocía su falta, y gritaba que era incorregible, que hubiese debido quitarle todo el dinero. Fué corriendo á la cómoda, trajo los cien francos que le quedaban, y obligó á Martina á tomarlos.

—¡Os digo que ya no quiero tener ni un cuarto! Me lo volvería á gastar... Toma, Martina, aquí sólo tú eres razonable. Harás que dure el dinero, estoy convencido de ello, hasta que se hayan arreglado nuestros asuntos... Y tú, querida, conserva eso, no me des pena. Abrázame; anda á vestirte.

Ya no se habló más de aquella catástrofe. Pero Clotilde había conservado la gargantilla puesta en el cuello, debajo del cuerpo del vestido. Y la joyita, tan fina, tan linda, ignorada de todos, que sólo la dueña sentía, era de una discreción encantadora. A veces, en la intimidad, dirigía una sonrisa á Pascual, sacaba del pecho con presteza las perlas, para enseñárselas sin decir palabra; y con el mismo ademán las volvía á meter en su tibio seno, emocionada deliciosamente. Recordábale su locura con una gratitud confusa, una radiación de júbilo siempre vivo. Jamás las abandonó.

Comenzó desde entonces una vida de escasez, dulce á pesar de todo. Martina había hecho un inventario exacto de los recursos de la casa, y era desastroso. Sólo prometía algún fruto la cosecha de patatas. Por fatalidad, la tinaja de aceite estaba dando fin y también se agotaba el tonel del vino. No teniendo ya la Souleiade viñas ni olivos, no producía sino algunas hortalizas y un poco de fruta, peras sin madurar, uvas de parra, que iban á ser el único regalo. Por último, era preciso comprar á diario el pan y la carne. Por eso, la criada, desde el primer día, puso á ración á Pascual y Clotilde, suprimiendo las antiguas golosinas, las cremas, los pastelillos, reduciendo los platos á la congrua porción. Había recobrado toda su autoridad tradicional, y les trataba como á niños, sin consultarles siquiera acerca de sus deseos y gustos. Ella era quien hacía la lista de platos, quien sabía mejor que sus pupilos lo que necesitaban, vigilante como una madre, rodeándoles de infinitos cuidados, haciendo el milagro de darles hasta golosinas con escaso dinero, no reprendiéndoles á veces sino por su bien, como se reprende á los chiquillos que no quieren comer la sopa. Y parecía que tan singular maternidad, aquel postrer sacrificio, aquella paz de la ilusión de que rodeaba sus amores, la satisfacía un poco á ella también, salvándola de la sorda desesperación en que había caído. Desde que velaba así por su amo y por Clotilde, había recobrado su carita blanca de monja destinada al celibato, sus

tranquilos ojos de color ceniciento, que pregonaban la resignación de sus treinta años de servidumbre doméstica. Cuando, tras las eternas patatas y la chuletita de veinte céntimos oculta entre la verdura, lograba ciertos días servirles fruta de sartén, sin desequilibrar su presupuesto, triunfaba y se reía á más y mejor.

Pascual y Clotilde lo encontraban todo excelente, lo cual no era óbice para que se burlasen de ella cuando no estaba delante. No cesaban las antiguas bromas acerca de su avaricia, y referíanse que contaba los granos de pimienta, tantos granos para cada plato, con objeto de economizarlos. Cuando las patatas no estaban muy sobradas de aceite, ó las chuletas se reducían á un bocado, cruzaban una mirada rápida, y esperaban á que hubiese salido para ahogar la risa tapando la boca con las servilletas. Divertíales todo; se reían de su miseria como inocentes.

Al fin del primer mes, Pascual pensó en el salario de Martina. Tenía costumbre de cobrarse por su mano los cuarenta francos, tomándolos de la bolsa común que manejaba.

—Pobre hija mía—la dijo una noche;—¿cómo nos las arreglaremos para tu salario, puesto que ya no hay dinero?

Quedóse ella un instante con los ojos fijos en el suelo y aire meditabundo.

—¡Caramba, señor! Tendré que esperar.

Pero él vió que no le decía todo y que pensaba en algún arbitrio, sin saber de qué manera ofrecérselo. La animó á que lo hiciese.

—Entonces, toda vez que el señor lo consiente, preferiría que el señor me firmase un papel.

—¿Cómo un papel?

—Sí, un papel en que el señor pusiese que me debe cuarenta francos.

Pascual la dió el papel en seguida, y ella quedó contentísima, guardándolo con cuidado, como si fuese dinero contante y sonante. Se veía claro que el documento la tranquilizaba. Pero el tal documento llegó á ser para el doctor y su compañera nuevo motivo de asombro y burlas. Extraordinario poder el del dinero sobre ciertas almas. La solterona, que les servía de rodillas, que adoraba en él especialmente, hasta el punto de haberle consagrado su vida... ¡aceptaba una garantía imbécil, un papelucho sin valor, si no la podía pagar!

Por supuesto, ni Pascual ni Clotilde habían tenido hasta entonces gran mérito en

conservar su serenidad en el infortunio, porque no lo notaban. Vivían muy encima, más lejos, más arriba, en las dichosas y feraces tierras de su pasión. En la mesa ignoraban lo que comían: podían soñar que eran regios manjares servidos en vajilla de plata. En torno suyo, no tenían conciencia de la desnudez que iba en aumento, de la criada hambrienta mantenida con las migajas de su pitanza; y andaban por la casa vacía como á través de un palacio colgado de sedas, rebosando tesoros de arte. Aquella fué, de fijo, la época más feliz de sus amores. El dormitorio era un mundo, el dormitorio tapizado de indiana antigua, color aurora, donde no podían agotar lo infinito, la dicha sin fin de estarse el uno en brazos del otro. Además, el gabinete de trabajo conservaba los gratos recuerdos del pasado; hasta el punto de que entretenían allí los días, como arrebujados suntuosamente en el goce de haberlo habitado tanto tiempo juntos. Luego, por fuera, en el fondo de los menores rincones de la Souleiade, el regio estío era quien levantaba su tienda azul, deslumbrante de oro. Por la mañana, á lo largo de las aromosas calles de la pineda; al mediodía, bajo la sombra espesa del platanar, refrescada

por la canturía de la fuente; de noche, en la terraza que refrescaba ó en la era, tibia todavía y bañada por el tenue resplandor azul de las primeras estrellas, paseaban con arrobamiento su existencia de pobres cuya única ambición era vivir siempre juntos, con absoluto desprecio de todo lo demás. De ellos eran la tierra y sus tesoros, y las fiestas, y el poderío, desde el momento en que se poseían mutuamente.

Sin embargo, á fines de Agosto la adversidad arreció. A veces tenían inquieto despertar, en medio de aquella vida sin vínculos, ni deberes, ni trabajo, para ellos tan dulce, pero que comprendían era imposible y mala para vivirla siempre. Una noche les declaró Martina que sólo quedaban ya cincuenta francos, y á duras penas habría para un par de semanas, privándose de beber vino. Además, iban siendo graves las noticias: el notario Grandguillot, insolvente en absoluto, ni los acreedores personales verían un céntimo. Al pronto, pudo contarse con la casa y dos granjas que naturalmente el notario, en su fuga, no se había llevado á cuestas; pero ahora resultaba que esas propiedades aparecían inscritas á nombre de su mujer; y mientras, decíase que él estaba

en Suiza disfrutando de las bellezas de las montañas, ella ocupaba una de las granjas haciéndola producir muy serenamente y ajena á las desazones de la quiebra. Conmovido todo Plassans, refería que la mujer toleraba los excesos del marido, hasta permitirle las dos queridas que había llevado consigo á orillas de los grandes lagos. Y Pascual, con su habitual indolencia, descuidaba hasta el ir á ver al procurador de la república para hablarle del caso, ya debidamente informado por todo lo que le contaban; entendiendo que de poco serviría reconocer tan fea historia, puesto que de ella no se podía sacar nada en limpio ni útil.

Entonces apareció amenazador el porvenir en la Souleiade. Ya amagaba la negra miseria para dentro de breve plazo. Y Clotilde, muy razonable en el fondo, fué la primera en temblar. Conservaba su viva alegría mientras Pascual estaba presente; pero, más previsora que él, en su ternura de mujer, agobiábala verdadero terror en cuanto la abandonaba un instante, inquieta por lo que sería de él á su edad, con tales sinsabores y carga tan onerosa. Durante varios días maduró un plan: el de trabajar, el de ganar dinero, mucho dinero, con sus dibujos al

pastel. Tantas veces la habían ensalzado su original y gracioso talento, que puso en autos á Martina, y cierto día la encargó que fuese á ofrecer algunos de sus quiméricos ramos de flores al comerciante en colores del paseo de Sauvaire, de quien se afirmaba que tenía relaciones de parentesco con un pintor de París. Era condición formal la de no exponer nada en Plassans, sino enviarlo lejos. Pero el resultado fué desastroso: el comerciante se quedó asustado al ver la extraña traza de la invención, el desenfrenado arrebato de la ejecución, y declaró que aquello no se vendería nunca. Ella, desesperada, sintió que gruesas lágrimas acudían á sus ojos. ¿Para qué servía? ¡Qué pena y qué vergüenza no servir para nada! Y preciso fué que Martina la consolase, explicándola que, realmente, no todas las mujeres nacen para trabajar: unas brotan como las flores en los jardines, para oler bien; al paso que otras son cual el trigo de la tierra, que se muele y alimenta.

Sin embargo, Martina rumiaba otro proyecto; decidir al doctor á que reanudase la visita de su clientela. Concluyó por hablar de él á Clotilde, quien en seguida le mostró las dificultades, la casi material imposibili-

dad de semejante tentativa. Precisamente había hablado de eso con Pascual la víspera, sin ir más lejos. También él se preocupaba, pensaba en el trabajo como única probabilidad de salvación. Lo primero que llegó á ocurrírsele fué la idea de abrir un gabinete de consulta. ¡Pero venía siendo desde hacia tanto tiempo el médico de los pobres! ¿Cómo iba á atreverse á exigir que le pagasen, al cabo de tantos años como llevaba sin reclamar dinero? Además, ¿no era tarde, á su edad, para volver á empezar una carrera? Y eso, sin contar las absurdas anécdotas que corrían acerca de él, aquella leyenda de genio semiloco que le habían inventado. No volvería á encontrar un cliente; era inútil crueldad obligarle á ensayos, de que saldría de seguro, con el corazón destrozado y las manos vacías. Por el contrario, Clotilde ponía todo su empeño en apartarle del proyecto; y Martina comprendió las buenas razones, y también exclamó que era preciso impedirle correr el riesgo de un pesar tan grande. Pero, al hablar de esto, ocurrióla otra nueva idea, recordando un antiguo libro-registro descubierto por ella en un armario, y en el cual había inscrito en otro tiempo las visitas hechas por el doctor. Muchas personas no le

habían pagado nunca; y la lista de éstas ocupaba nada menos que dos páginas del registro. Ahora que estaban mal, ¿por qué no habían de reclamarles á los morosos las cantidades que adeudaban? La reclamación hasta podría hacerse sin molestar al señor, quien siempre se había negado á acudir á la justicia. Y esta vez, Clotilde la dió la razón. Aquello revistió caracteres de conjura: ella misma sumó las deudas y redactó las cuentas de honorarios, y la criada las fué á entregar. Pero en ninguna parte la dieron un céntimo; limitándose á responderla de puerta en puerta que revisarían la nota y ya se pasarían por casa del doctor. Transcurrieron diez días; no vino un alma; y ya no quedaban en casa más que seis francos, para vivir dos ó tres días aún.

El día siguiente, como regresase Martina con las manos vacías de casa de un antiguo cliente, llamó aparte á Clotilde para decirla que acababa de hablar con la señora Felicidad, esquina á la calle de la Banne. Sin duda estaba acechándola. No había pensado en volver á poner nunca los pies en la Souleiade. Y ni la desgracia que heria á su hijo, aquella repentina pérdida de dinero de que hablaba toda la ciudad, la impulsaba á acer-

carse á él. Pero esperaba con estremecimiento apasionado; y sólo conservaba su actitud de madre rigorista, intransigente con ciertas faltas, por estar segura de que al fin tendría á Pascual á merced suya, contando con que éste, un día ú otro, iba á verse obligado á llamarla en su ayuda.

Cuando ya no tuviese un cuarto, llamaría él á su puerta; y entonces dictaría ella sus condiciones, decidiéndole á que se casase con Clotilde, ó, mejor aún, exigiendo la marcha de la chica. Pero pasaban días, y no le veía venir. Por eso había detenido á Martina, poniendo cara lastimera, pidiendo noticias, pareciendo extrañarse de que no recurriesen á su bolsillo, insinuando que su dignidad la impedía dar el primer paso.

—Debiera hablarle V. de eso al señor, y decidirle—concluyó la criada.—En efecto, ¿por qué no se dirige á su madre? Eso sería lo más natural.

Clotilde protestó.

—¡Oh! jamás me encargaré de irle con semejante embajada. El maestro se enfadaría, y con razón. Creo que primero se dejaría morir de hambre que comer el pan de la abuela.

Al otro día, al servirles Martina en la comida el guisote sobrante, advirtió tristemente.

—Ya no tengo dinero, señor; y para mañana no hay más que patatas, sin aceite, sin manteca... Ya hace tres semanas que sólo agua beben Vds. Ahora habrá que pasarse sin carne.

Los dos se alegraron, y bromearon como si tal cosa.

—¿Hay sal en casa?

—Eso sí, señor; aún hay una poca.

—Pues bien; las patatas con sal son muy buenas cuando hay hambre.

Volvióse á la cocina, y en voz baja reanudaron sus burlas acerca de su extraordinaria avaricia. Jamás se la ocurriría prestarles diez francos, y eso que tenía su pequeño tesoro oculto en alguna parte, en sitio seguro, de nadie conocido. Por supuesto, reíanse sin motejarla; porque lo mismo pensaría ella en tal cosa, que en descolgar las estrellas para servírselas.

Sin embargo, por la noche, así que se hubieron acostado, Pascual notó que Clotilde estaba febril, atormentada por el insomnio. Por lo común, así en brazos el uno del otro, era como la confesaba, en las tibias tinieblas, y atrevióse Clotilde á manifestarle su inquie-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

tud por la subsistencia de todos. ¿Qué iba á ser de ellos sin recursos? Hasta estuvo á punto de hablarle de su madre. Pero no atreviéndose, se limitó á declararle los pasos que habían dado Martina y ella: el antiguo registro que encontraron, las cuentas de honorarios presentadas, el dinero reclamado en todas partes inútilmente. En otras circunstancias, al oir esta declaración, Pascual hubiera tenido gran pesadumbre é ira, ofendido de que se obraba sin contar con él, yendo contra la costumbre de toda su vida profesional. Al pronto, se quedó silencioso, muy conmovido, y eso bastaba para probar cuál era por momentos su angustia íntima, bajo aquella apariencia de no importarle la miseria un bledo. Después perdonó á Clotilde, estrechándola frenéticamente contra su pecho, diciéndola que hizo bien y que no se podía vivir más tiempo así. Cesaron de hablar, pero ella le sintió que no dormía, buscando por su parte un medio de encontrar el dinero indispensable para las necesidades cotidianas. Tal fué su primera noche de desventuras, noche de sufrimiento común, en que ella se desesperaba con el martirio de él, y él no podía acostumbrarse á la idea de verla sin pan.

El siguiente día, al almuerzo, sólo comieron fruta. El doctor había permanecido mudo toda la mañana, presa de una lucha visible. Hasta las tres de la tarde no tomó una resolución.

—Vamos, hay que moverse—dijo á su compañera.—No quiero que ayunes esta noche también... Anda á ponerte el sombrero; saldremos juntos.

Ella le miraba, esperando comprenderle.

—Sí; puesto que nos deben dinero y no han querido dároslo á vosotras, voy á ver si también á mí me lo niegan.

Temblábanle las manos. La idea de hacerse pagar de esta suerte, al cabo de tantos años, debía de costarle desesperado berrinche; pero se esforzaba por sonreir, haciéndose el guapo. Y ella, que en el tartamudeo de su voz conocía lo hondo del sacrificio, sintió llenársele de lágrimas los ojos.

—¡No, no, maestro. ¡No vayas, si te causa demasiada pena... Pudiera volver á ir Martina.

Pero la criada, allí presente, aprobaba sin restricciones el acto del señor.

—¡Toma! ¿Y por qué no ha de ir? Nunca es vergonzoso reclamar lo que nos deben... ¿No es así? A cada uno lo suyo... Encuentro

bien que el señor dé por fin prueba de que es un hombre.

Entonces, lo mismo que antes, en las horas de felicidad, el viejo rey David (como Pascual se llamaba á sí mismo algunas veces bromeando), salió del brazo de Abisaig. Ni uno ni otro iban aún harapientos, él con su levita abotonada, y ella con su lindo vestido de batista con pintas rojas, pero sin duda, el sentimiento de su miseria los achicaba, haciéndoles creer que sólo eran dos pobres, que tratan de ocupar poco sitio, escurriéndose modestos á lo largo de las casas. Las soleadas calles estaban casi desiertas. Algunas miradas les molestaron, y, sin embargo no aceleraban el paso: tanto era lo que se les oprimía el corazón.

Pascual quiso comenzar por un antiguo magistrado, á quien curara de una enfermedad de los riñones. Después de dejar á Clotilde en un banco del paseo de Sauvaire, entró en la casa. Pero alivióse mucho cuando el magistrado, olfateando su petición, le dijo que cobraba sus rentas en Octubre, y que entonces le pagaría. En casa de una señora septuagenaria y paralítica fué otra cosa: se ofendió de que la hubiesen pasado la cuenta por conducto de una criada que había ido

con malos modos; así es que Pascual se apresuró á pedirla mil perdones y darla todo el tiempo que quisiera. Luego subió al piso tercero de un empleado de Hacienda, á quien halló enfermo aún y tan pobre como él, hasta el punto de que ni siquiera se atrevió á indicar su reclamación. Fueron sucesivamente desfilando una tendera de mercería, la mujer de un abogado, un comerciante en aceites, un tahonero, personas todas ellas bien acomodadas; y todos le dieron mico, unos con pretextos, otros no recibiéndole, y hasta hubo uno que no quiso darse por entendido siquiera. Faltaba la marquesa de Valqueyras, único representante de una familia antiquísima, muy rica y célebre por su avaricia, y que se había quedado viuda, con una hija de diez años. La guardó para lo último, porque le daba mucho miedo. Concluyó por llamar á su antiguo palacio, al fin del paseo de Sauvaire, edificio monumental de tiempos de Mazarino. Y permaneció allí tanto tiempo, que se puso llena de desasosiego Clotilde, la cual se paseaba debajo de los árboles.

Cuando, al cabo de media hora larga, reapareció por fin, sintiéndose aliviada le dió broma.

—¿Qué ha pasado? ¿No tenía suelto?

Tampoco había cobrado allí un céntimo. Quejábase la marquesa de que sus colonos no la pagaban.

—Imaginate—continuó, para explicar su larga ausencia;—la niña está enferma. Temo que sean principios de fiebre mucosa... Entonces ha querido que yo la viese, y he examinado á esa pobre criatura...

Una invencible sonrisa asomaba en los labios de Clotilde.

—¿Y has dejado escrita una consulta?

—Claro, ¿qué había de hacer?

Conmovidísima, le cogió de nuevo el brazo, y sintió Pascual que se lo estrechaba con fuerza contra su corazón. Anduvieron un instante al azar. Asunto concluido: ya no les quedaba sino volverse á casa, con las manos vacías. Pero él se negaba, obstinándose en querer para ella algo más que las patatas y el agua que les esperaban. Cuando hubieron subido por el paseo de Sauvaire, torcieron á la izquierda, por la ciudad nueva; parecía que la desgracia se encarnizaba con ellos, arrastrándoles sin rumbo fijo.

—Oye—dijo por fin Pascual—tengo una idea... Si me dirigiese á Ramond, con mucho gusto nos prestaría mil francos, á devolver cuando se arreglen nuestros asuntos.

Clotilde no respondió en seguida. ¡Ramond, á quien había rechazado ella, casado ahora, inquilino de una casa de la ciudad nueva, en vías de ser el médico de moda y de ganar una fortuna! Sabía que, felizmente, su espíritu era recto, su corazón sano. Si no había vuelto á verles, era de fijo por discreción. Al encontrarles alguna vez, ¡les saludaba con un aire tan maravillado y tan satisfecho de verles felices!

—¿Acaso te molesta eso?—preguntó ingenuamente Pascual, que hubiese abierto al joven médico su casa, su bolsillo y su corazón.

Entonces apresuróse á responder ella:

—¡No, no!... Entre nosotros jamás ha habido sino afecto y franqueza. Creo que le causé mucha pena, pero me ha perdonado... Tienes razón, es nuestro único amigo; á Ramond debemos dirigirnos.

La mala sombra les perseguía. Ramond estaba ausente, de consulta en Marsella, de donde no regresaría hasta el día siguiente por la noche; y la joven señora Ramond fué quien les recibió—una antigua amiga de Clotilde, tres años menor que ella.—Pareció algo encogida, y, sin embargo, se mostró

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

muy amable. Pero, naturalmente, el doctor no hizo su petición y limitóse á explicar su visita diciendo que Ramond le hacía falta.

Pascual y Clotilde se sintieron de nuevo solos y perdidos en la calle. ¿A dónde dirigirse ahora? ¿Qué tentativa harían? Tuvieron que proseguir su caminata, á salga lo que saliere.

—Maestro, ¿no te lo he dicho?—se atrevió á murmurar Clotilde.—Parece ser que Martina se ha encontrado con la abuela... Sí, la abuela está intranquila por nosotros; le ha preguntado por qué no íbamos á verla, si pasábamos apuros... Y, ¡mira!, ahí abajo tienes su puerta...

En efecto, estaban en la calle de la Banne, y se veía el ángulo de la plaza de la Subprefectura. Pero acabó de comprender, y la impuso silencio.

—¡Jamás! ¿Oyes?... Y tú tampoco irás. Me dices eso porque te da pena verme así en el arroyo. También yo tengo oprimido el corazón al pensar que estás ahí y que sufres. Pero más vale sufrir que hacer una cosa que puede engendrar remordimiento continuo... No quiero, no puedo.

Abandonaron la calle de la Banne, y se metieron en el barrio viejo.

—Prefiero mil veces dirigirme á los extraños... Tal vez tengamos aún amigos, pero no están sino entre los pobres.

Y resuelto á pedir limosna, David continuó la marcha del brazo de Abisaig; el viejo rey mendigo anduvo de puerta en puerta, apoyado en el hombro de la vasalla amante, cuya juventud era ya su único sostén. Eran cerca de las seis; descendía el fuerte calor, se llenaban de gente las estrechas calles; y en aquel barrio populoso, donde eran queridos, recibían saludos y sonrisas. Mezclábase algo de lástima con la admiración, pues nadie ignoraba su ruina. Sin embargo, él del todo blanco y ella rubia del todo, parecían más guapos, heridos así por el rayo, estrechándose para consolarse. Se les veía más y más unidos y compenetrados, con la cabeza siempre erguida, orgullosos de su espléndido amor, pero abrumados por la desgracia, inmutado él, sosteniéndole ella con ánimo valiente. Pasaron obreros de chaqueta que tenían más dinero en el bolsillo. Nadie se atrevió á ofrecerles la moneda de cinco céntimos que no se niega al que tiene hambre. En la calle Canquoin quisieron detenerse en casa de Guiraude: había muerto la semana anterior. Fracasaron otras dos ten-

tativas que hicieron. Ya no les quedaba más recurso que dar en alguna parte un sablazo de diez francos. Llevaban tres horas callejeando por la ciudad.

—¡Ah! Tres veces más cruzaron á paso lento, en aquella límpida caída de la tarde de un ardiente día de Agosto, á Plassans, con el paseo de Sauvaire, la calle de Roma y la calle de la Banne que lo dividen en tres distritos; á Plassans, el de las ventanas siempre cerradas, la ciudad comida por el sol, de apariencia muerta, y que ocultaba una vida nocturna de casinos y de juego. En el paseo aguardaban, desenganchadas, antiguas galeras que conducían á los pueblecillos de la montaña; y bajo la espesa sombra de los plátanos, á las puertas de los cafés, los miraron sonriendo los consumidores, que se veían allí desde las siete de la mañana. Igualmente, en la ciudad nueva, donde los criados se plantaron en el quicio de las casas adineradas, percibieron menos simpatía que en las calles desiertas del distrito de San Marcos, donde los palacios antiguos guardaban un silencio amistoso. Volvieron al fondo de los barrios viejos, llegaron hasta San Saturnino, la catedral, cuyo ábside sombreaba el jardín del cabildo, un

rincón de paz deliciosa, de donde los echó un pobre pidiéndoles limosna él mismo. Edificábase mucho hacia la parte de la estación del ferrocarril, creciendo allí un arrabal nuevo; dirigiéronse á él. Volvieron luego, por última vez, hasta la plaza de la Subprefectura, con brusco despertar de la esperanza, con la idea de que acabarían por encontrar á alguien que les ofreciera dinero. Pero sólo les acompañaba el perdón de la ciudad al verlos tan unidos y tan hermosos. Los cantos de la Viorne, el piso de piedras pequeñas y puntiagudas, les herían los pies. Y á la postre, tuvieron que volverse de vacío á la Souleiade, ambos, el viejo rey mendigo y la sumisa vasalla; Abisaig, en la flor de la juventud, conduciendo á David anciano, desposeído de sus bienes, cansado de recorrer inútilmente los caminos.

Eran las ocho. Martina, que los aguardaba, comprendió que aquella noche no tendría que guisar. Dijo que había comido; y como parecía enferma, Pascual encargó que se acostase en seguida.

—Nos pasaremos sin ti—repitió Clotilde. —Puesto que están al fuego las patatas, nosotros mismos las cogeremos.

La criada cedió, de mal humor. Refunfu-

ñaba entre dientes: cuando no hay que comer, ¿á qué ponerse á la mesa? Luego, antes de encerrarse en su alcoba, dijo:

—Señor, ya no hay avena para *Bonifacio*. Le encuentro de mala pinta, y debiera V. ir á verlo.

Pascual y Clotilde, llenos de zozobra, dirigiéronse en seguida á la cuadra. En efecto, el decrépito caballo estaba tendido en su cama, soñoliento. Desde seis semanas antes no le habían sacado, á causa de tener las patas invadidas por el reumatismo; además, se había quedado completamente ciego. Nadie comprendía por qué conservaba el doctor aquella bestia decrépita; la misma Martina llegaba á decir que por humanidad había que matarlo. Pero Pascual y Clotilde se resistían, se emocionaban, como si les hablasen de rematar á un pariente viejo que no tuviese mucha prisa por irse al otro barrio. ¡No, no! Les había servido durante más de un cuarto de siglo, y moriría de buena muerte en su casa, como una "excelente persona" que había sido siempre. Y aquella noche el doctor no se desdeñó de reconocerle con esmero. Le alzó las patas, le miró las encías, auscultó los latidos del corazón.

—No, no tiene nada—acabó por decir.—

Vejez, nada más... ¡Ah, pobre viejo mío, ya no volveremos á correr juntos por los caminos!

La idea de que no tuviese avena atormentaba á Clotilde. Pero Pascual la tranquilizó: ¡necesitaba tan poca cosa un animal de esa edad que no trabaja ya! Entonces cogió ella un puñado de hierba, de un montón dejado allí por la criada, y los dos se regocijaron cuando *Bonifacio*, por concesión amistosa, se dignó comer aquella hierba en su mano.

—¡Vaya!—dijo ella riéndose.—Aún tienes apetito; no hagas pamemas para enternecernos... ¡Buenas noches, y duerme tranquilo!

Y le dejaron dormir, después de darle uno y otro, como de costumbre, dos fuertes besos á izquierda y derecha de las ventanillas de la nariz.

Venía la noche, y tuvieron una idea para no quedarse abajo en la casa vacía, y fué atrancarlo todo y subirse al dormitorio la comida. Subió ella ligera la fuente de patatas con sal y un hermoso botellón de agua pura, mientras él cargaba con un cesto de uvas, las primeras cogidas en una parra temprana, al pie de la terraza. Se encerraron y pusieron el cubierto en una mesita,

las patatas en medio, entre el salero y la botella y á un lado el cesto de uvas encima de la silla. Y fué aquello un maravilloso banquete, que les recordó el exquisito almuerzo que hicieron al siguiente día de su noche de novios, cuando Martina se empeñó en no contestarles. Sentían igual arrobamiento de estar solos, de servirse ellos mismos, de comer arrimaditos uno á otro, en el mismo plato. Aquella noche de negra miseria, que con estériles esfuerzos intentaron evitar, les tenía reservadas las horas más deliciosas de su existencia. Desde que habían regresado y se encontraban en el fondo del gran dormitorio amigo, como á cien leguas de la ciudad que acababan de recorrer, borrábanse la tristeza y el temor, y hasta el recuerdo de la mala tarde perdida en inútiles caminatas. Habían recobrado la indiferencia por todo lo que no fuese su ternura; ya no sabían si eran pobres, si al día siguiente tendrían que ir en busca de un amigo para comer por la noche. ¿A qué temer á la miseria y tomarse tantas penas, puesto que para saborear toda la dicha posible bastábales hallarse juntos?

Sin embargo, él se asustó.

—¡Dios mío, tanto como recelábamos esta velada! ¿Es razonable ser así tan felices?

¿Quién sabe lo que nos guarda el mañana?

Pero ella le puso la manita en los labios.

—¡No, no! Mañana nos amaremos, como nos amamos hoy... Ame con todas tus fuerzas, como te amo yo.

Y jamás comieron de mejor gana. Mostraba ella su apetito de joven sana y de robusto estómago, mordiendo á boca llena las patatas, dando risotadas, diciendo que eran admirables, mejores que los platos más cacareados. También él había recobrado su apetito de los treinta años. Los grandes tragos de agua pura les parecían divinos. Luego, como postre, enamorábales la uva, los racimos tan frescos, la sangre de la tierra dorada por el sol. Comían hasta hartarse, estaban ebrios de agua y de fruta, y sobre todo de alegría. No recordaban haber tenido juntos un festín semejante. El mismo primer almuerzo, con todo su lujo de chuletas, pan y vino, no les brindó tal embriaguez, tal felicidad de vivir, en que era bastante con el goce de estar juntos para cambiar la loza ordinaria en vajilla de oro, el mísero alimento en celestial manjar, como ni los dioses lo saborean.

La noche había cerrado por completo, y

no encendieron lámpara, ávidos de meterse en la cama cuanto antes. Pero seguían abiertas de par en par las ventanas, ante el profundo cielo de verano; entraba el viento nocturno, caliente aún, trayendo lejanos aromas de espliego. Acababa de salir en el horizonte la luna tan llena y tan ancha, que toda la alcoba estaba anegada en una luz argentina, y veíanse uno á otro como á la claridad de un ensueño, infinitamente esplendorosa y dulce.

Entonces, desnudos los brazos, desnuda la garganta, desnudos los pechos, concluyó ella magníficamente la orgía que le brindaba: le hizo el regio regalo de su cuerpo. La noche antes habían sentido el primer escalofrío de inquietud, un espanto instintivo, al aproximarse amenazadora la desdicha. Y ahora parecía olvidado otra vez el resto del mundo: era una noche de suprema bienaventuranza que les concedía la misericordiosa naturaleza, con ceguera absoluta para cuanto no fuese su mutua pasión.

Clotilde tenía abiertos los brazos, se entregaba, se daba toda entera.

—¡Maestro, maestro! He querido trabajar para ti: he visto que no sirvo para nada; soy incapaz de ganar un bocado del pan que

comes. No puedo hacer más que amarte, darme, ser tu placer de un momento... ¡Y me basta ser tu placer, maestro! ¡Si supieses cuán contenta estoy de que me halles hermosa, puesto que te puedo regalar toda esta hermosura! No tengo más que ella, ¡y soy tan feliz al hacerte dichoso!

Teníala él abrazada con arrobamiento, y murmuró:

—¡Oh! ¡Sí, hermosa! ¡La más hermosa y la más deseada!... Todas esas pobres joyas con que te he adornado, el oro, la pedrería, no valen lo que el más pequeño rinconcito del raso de tu piel. Una de tus uñas, uno de tus cabellos, son riquezas inestimables. Besaré devoto, una por una, las pestañas de tus párpados.

—Y, oye bien, maestro: mi gozo es que seas viejo y ser joven yo, porque más y más te hechiza así el regalo de mi cuerpo. Si fueses joven como yo, te daría menos placer el señorío de mi cuerpo; y así sería yo menos dichosa... Sólo por ti tengo orgullo de mi juventud y de mi hermosura; y sólo hago de ellas gala para ofrecértelas.

Habíale entrado á él un gran temblor, y se le humedecían los ojos, al sentirla suya hasta ese punto, tan adorable y tan preciosa.

—Haces de mí el señor más rico, el más poderoso; me colmas de todos los bienes, derramas dentro de mí el deleite divino, el mayor que puede llenar el corazón de un hombre.

Y ella se daba más y más: entregábase hasta la sangre de sus venas.

—Tómame, pues, maestro, para que desaparezca yo y me anonade en ti... Toma mi juventud, tómala de golpe, en un solo beso, y bébetela de un trago, hasta agotarla, hasta que no quede sino un poco de miel en tus labios. ¡Tan feliz me harás, que yo soy quien ha de estarte agradecida!... Maestro, toma mis labios ya que son frescos, toma mi aliento puesto que es puro, toma mi seno suave para la boca que le besa, toma mis manos, toma mis pies, toma todo mi cuerpo, puesto que es un capullo á medio abrir, un raso delicado, un aroma con el que te embriagas... ¿Oyes, maestro? ¡Sea yo un ramillete vivo, y aspírame tú! ¡Sea yo un tierno fruto, y saboréame! ¡Sea yo una caricia sin fin, y gózame tú bañado en mí!... Soy cosa tuya, flor que nace á tus pies para tu recreo, agua que corre para refrescarte, savia que hierve para darte nueva juventud! ¡Y yo no soy nada, maestro, si no soy tuya!

Dióse ella, y él la tomó. En ese momento la iluminaba el fulgor de la luna, en su soberana desnudez. Aparecióse como la belleza misma de la mujer en su inmortal primavera. Y dábale gracias él por el regalo de su cuerpo, cual si le presentasen los tesoros de la tierra. Ningún regio donativo puede igualar al de la mujer joven que se entrega y da la ola de la vida... quizás el hijo. Pensaron en el hijo, y acrecentóse con ello su ventura, en ese regio banquete de juventud que Clotilde servía y que reyes hubiesen envidiado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XI

Pero, desde la noche siguiente, reapareció el insomnio agitado. Ni Pascual ni Clotilde se contaban sus respectivas penas, y entre las tinieblas de la triste alcoba permanecían horas enteras arrimados, careados, fingiendo dormir, pensando ambos en la situación que se agravaba. Olvidábase cada cual de su propia angustia, y temblaba por el otro. Había sido preciso recurrir á contraer deudas; Martina tomaba al fiado el pan, el vino, un poco de carne; por supuesto, llena de vergüenza, obligada á mentir y á hacerlo con prudencia suma, puesto que nadie ignoraba la ruina de la casa. Habíasele ocurrido al doctor la idea de hipotecar la Souleiade, sólo que era el último recurso; no tenía sino aquella propiedad, tasada en unos veinte mil francos, y por la cual acaso no obtendría quince mil si la vendiese; después comenzaría la más negra miseria, ir á parar al arroyo de la calle, sin tener ni una piedra donde reclinar la cabeza. Por eso le suplicaba Clotilde que aguardase, que no se comprometiese á ningún trato cerrado mientras las cosas no llegaran á la última extremidad.

Transcurrieron tres ó cuatro días. Entraba el mes de Setiembre, y, por desgracia, echábase á perder el tiempo. Hubo terribles tempestades que asolaron la comarca; se vino al suelo una tapia de la Souleiade, y faltaron recursos para alzarla de nuevo; derrumbamiento formal que dejó abierta una brecha enorme. Desvergonzábase ya el panadero. Después, una mañana en que la vieja criada volvía con los elementos para poner el puchero á la lumbre, lloró y dijo que el carnicero sólo la entregaba piltrafas y desperdicios. Pasados unos días más, iba á ser imposible vivir á crédito. No había otro remedio sino ingeniárselas y buscar recursos con que hacer frente al menudo gasto diario.

Un lunes, como empezase otra semana de tormentos, Clotilde estuvo agitadísima toda la mañana. Parecía presa de interna lucha; y no debió de tomar una resolución sino al ver que, en el almuerzo, Pascual rehusó su parte de un poco de carne de vaca sobrante.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Y muy serena, resuelta y erguida, salió luego con Martina, después de haber metido apaciblemente en la cesta de la criada un paquetito "de trapos que iba á dar„, según dijo.

Cuando regresó, dos horas más tarde, estaba pálida; pero sus grandes ojos, tan puros y francos, irradiaban alegría. Acercóse en seguida al doctor, le miró cara á cara y se confesó.

—Tengo que pedirte perdón, dueño mío, porque acabo de desobedecerte, y de seguro que te voy á ocasionar una rabieta atroz.

No comprendiéndola, se puso intranquilo.

—¿Pues qué has hecho?

Despacio, sin apartar los ojos de él, sacó del bolsillo un sobre, del cual extrajo unos billetes de Banco.

Brusca adivinación rasgó la venda, y gritó Pascual:

—¡Ay Dios mío, las alhajas, todos los regalos!

Y siendo tan bueno y tan dulce por hábito, hervía en dolorosa cólera. La agarró ambas manos, las apretó, casi martirizándola de un modo brutal, magullándola los dedos que sostenían los billetes.

—¡Dios mío! ¡Qué has hecho, infeliz!... ¡Mi

corazón entero es lo que has vendido! ¡Todo nuestro corazón, incrustado en esas joyas, y que has ido á entregar con ellas, por dinero!... Joyas que yo te había dado, recuerdos de nuestras horas más divinas, tus únicos bienes, sólo tuyos, ¿cómo quieres que yo los recoja y me aproveche de ellos? ¿Es posible? ¿Has pensado en el tremendo dolor que eso me causaría?

Dulcemente respondió ella:

—Y tú, dueño mío, ¿piensas que podía yo dejar que permaneciésemos en la triste situación en que estamos, faltos de pan, teniendo ahí esas sortijas, esos collares, esos zarcillos que dormían en el fondo de un cajón? Todo mi ser se indignaba; me hubiese creído avara, egoísta, si por más tiempo los hubiese conservado... Y si he tenido pesar al separarme de ellos (¡oh, sí! una pena tan grande, que á poco me faltan ánimos para hacerlo), segurísima estoy de no haber hecho sino lo debido, como mujer que te obedece siempre y que te adora.

Luego, como él no la soltase las manos, brotaron lágrimas de sus ojos, y añadió con la misma dulce voz y con débil sonrisa:

—Aprieta un poco menos fuerte, me haces mucho daño.

Entonces lloró también él, sumiéndose en un abismo de profunda ternura.

—Soy un bruto, al enfadarme así... Has obrado bien, y no podías obrar de otro modo. Pero, perdóname: ha sido para mí tan duro el verte privada... Dame las manos, tus pobres manos, para que yo te las cure.

La cogió otra vez las manos, con delicadeza, y se las cubrió de besos; hallábalas inestimables, así, desnudas, tan finas, despojadas de anillos. Entonces, aliviada y alegre, le contó su escapatoria, cómo había puesto á Martina en el secreto y las dos habían ido á casa de la corredora, aquella que vendió el corpiño de encajes antiguos de punto de Alençon. A la postre, tras un reconocimiento y un regateo interminables, la mujer había dado seis mil francos por todas las alhajas. De nuevo reprimió un ademán de desesperación: ¡seis mil francos! Cuando esas joyas habíanle costado á él más del triple, veinte mil francos lo menos.

—Escucha,—acabó por decir él;—tomo este dinero, puesto que tu buen corazón es quien lo trae. Pero quedamos en que es tuyo, Te juro ser á mi vez más avaro que Martina; no la daré sino los pocos cuartos indispensables para nuestra manutención; y volverás á encontrar en la cómoda todo el resto de la cantidad, dando por supuesto que no pueda yo ni aun completarla nunca y devolvértela entera.

Se había sentado y la tenía encima de las rodillas, con un tembloroso abrazo aún de emoción. Luego, bajando la voz, la dijo al oído:

—¿Y lo has vendido todo, absolutamente todo?

Sin hablar, desprendióse ella un poco, y se registró con la punta de los dedos el descote, con su lindo ademán. Sonreíase ruborosa. Por fin, sacó la cadenilla donde lucían las siete perlas, como estrellas lactescentes; y pareció que sacaba un poco de su desnudez íntima, y que todo el aroma vivo de su cuerpo trascendía desde aquella única joya, guardada junto á la piel, en el más recóndito misterio de su persona. En seguida la volvió á ocultar, haciendo que desapareciese.

Encendido él también, notó en el corazón un vuelco de júbilo. Y la besó frenéticamente.

—¡Ah! ¡Qué nobilísima eres y cuánto te amo!

Pero desde aquella tarde quedó como un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

peso en su espíritu el recuerdo de las alhajas vendidas; y no podía ver el dinero, dentro del cajón de la cómoda, sin sufrir. Lo que le oprimía era la pobreza próxima, la pobreza inevitable; era un apuro aún más angustioso, el pensar en su edad, en sus sesenta años que le hacían inútil, incapaz de ganar lo necesario para la vida feliz de una mujer; era un despertar completo á la realidad intranquilizadora, en medio de su engañoso ensueño de un amor sin fin. Caía bruscamente en la miseria, y sentíase muy viejo, lo cual le helaba, le henchía de una especie de remordimiento, de ira desesperada contra sí propio, cual si para lo sucesivo tuviese una mala acción en su vida.

Después se hizo la luz en su alma, con claridad tremenda. Una mañana, hallándose á solas, recibió una carta sellada en el mismo Plassans, y examinó el sobre, sorprendiéndole no conocer la letra. Aquella carta no tenía firma; y desde las primeras líneas hizo un gesto de cólera, disponiéndose á rasgarla; pero se había sentado tembloroso, y la leyó de cabo á rabo. Por supuesto, el estilo era perfectamente delicado; las largas frases desarrollábanse llenas de prudencia y miramientos, como frases de diplomático,

sin más fin que el de convencer. Con verdadero lujo de buenas razones, se le demostraba que harto había durado el escándalo de la Souleiade. Si la pasión explicaba hasta cierto punto la falta, un hombre de su edad y en su situación estaba en vías de hacerse despreciable en absoluto, empeñándose en consumar la desventura de la joven pariente de quien abusaba. Todo el mundo sabía el imperio que sobre ella había logrado, y admitíase que ella tuviese como glorioso el sacrificarse. Pero ¿no le tocaba á él comprender que la muchacha no podía amar á un viejo, que sólo conmiseración y gratitud sentiría, y que ya era tiempo y retiempo de que la libertarse de esos amores seniles, de que saldría deshonrada, desprestigiada, sin ser esposa ni madre? Puesto que ni siquiera había de legarla ya una fortunita, esperábase qne daría pruebas de ser hombre honrado, hallando fuerzas para separarse de ella, con el fin de asegurar su dicha, si aún era tiempo. Y la carta terminaba con este pensamiento: que la mala conducta tarde ó temprano encuentra condigno castigo.

Desde las primeras frases comprendió Pascual que aquel anónimo procedía de su

madre. Había debido de dictarlo la anciana señora de Rougon; hasta las inflexiones de su voz oía en él. Pero después de haber comenzado su lectura en un rapto de ira, la acabó pálido y tembloroso, presa de ese escalofrío que en adelante había de sufrir tantas veces. La carta tenía razón, le ilustraba acerca de su malestar, le hacía ver que su remordimiento era ser viejo, ser pobre y conservar, sin embargo, á Clotilde junto á sí. Levantóse, púsose delante de un espejo, y permaneció allí largo tiempo, con los ojos lentamente anublados por el llanto, desesperado de sus arrugas y de su barba blanca. El frío glacial que le helaba era la idea de que ahora iba á hacerse necesaria, fatal, inevitable la separación. La rechazaba, no le era posible imaginarse que algún día la aceptase; pero renacería á despecho de todo; ya no viviría un minuto sin que le asaltara, sin verse desgarrado por aquel combate entre su amor y su razón, hasta la noche terrible en que se resignase, exhausto de sangre y lágrimas. En su cobardía actual, temblaba solamente con pensar en que más tarde tendría tan cruel valor. Era asunto concluido; comenzaba lo irreparable; sentía miedo por Clotilde, tan joven, tan hermosa;

y no le quedaba más que el deber de salvarla de sí mismo.

Entonces, acosado por las argucias, por las frases del anónimo, empeñóse en querer persuadirse de que ella no le amaba, de que sólo sentía por él conmiseración y gratitud. Si estuviese convencido de que ella se sacrificaba, eso le hubiera facilitado la ruptura, al menos así lo creía, y reteniéndola por más tiempo, pensaba que satisfacía su monstruoso egoísmo. Pero por más que hizo para estudiarla, sometiéndola á pruebas, la encontró siempre tan tierna, tan apasionada entre sus brazos. Dejábale enloquecido tal resultado, que se volvía contra el temido desenlace, haciéndosele más amable aún la muchacha. Se esforzó en probarse á sí mismo la necesidad de la separación, y examinó los motivos de ésta. La vida que estaban llevando desde meses atrás, aquella vida sin vínculos ni deberes, sin trabajo de ninguna clase, era mala. El no se creía útil sino para ir á descansar debajo de tierra en un rincón; mas para ella, ¿cómo admitir existencia tan lastimosa, de la cual saldría indolente y echada á perder, incapaz de tener voluntad? La estaba pervirtiendo; la transformaba en ídolo amoroso, en medio de las rechiflas del es-

cándalo. Después, de pronto, veíase muerto, y percibía que la dejaba sola, en el arroyo, sin nada, escarnecida y muerta de hambre. Nadie la recogía; vagaba por las calles, sin esperanza de marido ni de hijos. ¡No! ¡No! Eso sería un crimen; por los pocos días que aún pudieran quedarle á él de ventura, no iba á legarla semejante herencia de miseria y de oprobio.

Una mañana que Clotilde había salido sola á una corta diligencia, regresó trastornada, pálida y temblorosa. Y en cuanto estuvo arriba, en su cuarto, cayó casi desvanecida en brazos de Pascual, tartamudeando palabras sin ilación.

—¡Ah, Dios mío!... ¡Ah, Dios mío!... Esas mujeres...

Asustado él, acosábala á preguntas.

—¡Vamos! ¡Respóndeme! ¿Qué te ha sucedido?

Entonces una oleada de sangre la puso encendida como la grana. Le abrazó, y escondió la cara, apoyándola en el hombro de él.

—Es que esas mujeres... Al pasar á la sombra, cuando cerré la sombrilla, tuve la desgracia de hacer caer á un niño... Y todas se han vuelto contra mí, y me han gritado unas cosas... ¡oh, qué cosas!... ¡Que yo nunca

tendría hijos!... ¡Que las criaturas de mi ralea no hacen hijos!... ¡Y otros horrores, Dios mío; otros horrores que no puedo repetir, que no he comprendido!

Gemía ella, y él estaba lívido, sin encontrar nada que decirla, aun cuando la besaba frenético, llorando como ella. Reconstruía la escena; la veía perseguida, manchada con palabrotas. Luego tartamudeó:

—Por culpa mía, por mí sufres tú... Oye: nos iremos de aquí, lejos, muy lejos, á cualquier parte donde no nos conozcan, donde te saluden, donde seas feliz.

Pero Clotilde, al verle llorar, se puso de pie haciendo un esfuerzo, y dominó enérgicamente las lágrimas propias.

—¡Ah, es una cobardía lo que acabo de hacer! ¡Yo, que tanto me había prometido no decirte nada! Y luego, al verme en casa, tal ha sido el arrebato, que todo me ha salido del corazón... Ya ves, se acabó, no te apesadumbres... Te amo...

El sonreía; de nuevo le estrechaba entre sus brazos y dábale besos, cual un desesperado cuyo sufrimiento se adormece.

—¡Te amo; y te amo tanto que eso me consolaría de todo! ¡No hay nada más que tú en el mundo para mí! ¿Qué importa lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que no eres tú? ¡Eres tan bueno, me haces tan feliz!

Mas como él seguía llorando, ella se puso otra vez á llorar, y por largo tiempo hubo allí una tristeza infinita, una angustia en que se mezclaban sus besos y sus lágrimas.

Cuando Pascual se quedó solo, túvose por odioso. No podía seguir siendo causante de la desdicha de la criatura á quien adoraba. Y en la tarde de aquel mismo día ocurrió un suceso que por fin le trajo el desenlace buscado hasta entonces con terror de encontrarlo. Después de comer, Martina le llamó aparte con gran misterio.

—La señora Felicidad, á quien he visto, me ha encargado que le entregue esta carta, señor; y tengo comisión de decirle que ella misma se la hubiera traído á V., si su buena reputación no la impidiese volver aquí... Le suplica que le devuelva V. la carta del señor Máximo, dándole á conocer además la respuesta de la señorita.

En efecto, era una carta de Máximo. Satisfecha de haberla recibido, Felicidad hacía uso de ella como de un medio activo, después de haber esperado en vano que la miseria le entregase á su hijo. Puesto que ni Pascual ni Clotilde acudían á ella en demanda de

ayuda y de socorro, cambiaba otra vez de plan, volvía á su antigua idea de separarlos; y aquella vez parecíale decisiva la ocasión. La carta de Máximo era apremiante; se la dirigía á su abuela, para que ésta abogase por él ante su hermana. Habíase declarado la ataxia, ya no andaba sino del brazo de un criado. Pero, sobre todo, deploraba una falta grave: habíase introducido en su casa una linda muchacha morena, de la cual no había sabido abstenerse, hasta el punto de dejar entre sus brazos el resto de la medula espinal. Y lo peor es que ahora tenía la certeza de que aquella devoradora de hombres era un discreto regalo de su padre. Saccard se la había enviado diestramente para apresurar la herencia. Por eso, después de expulsarla, Máximo se había encerrado á piedra y lodo en su palacete, poniendo él mismo á su padre en la puerta, y temblando verle el día menos pensado colarse de rondón por la ventana. Por otra parte, espantábale la soledad y reclamaba á su hermana desesperadamente; quería emplearla como baluarte contra esas odiosas acometidas, como mujer dulce y recta que le cuidase. La carta daba á entender que si se conducía bien con él, no tendría por qué arrepentirse; y terminaba

recordando á la joven la promesa hecha, cuando su viaje á Plassans, de reunirse con él si algún día la necesitase realmente.

Pascual se quedó yerto. Releyó las cuatro carillas. Aquello era la separación, que venía á ofrecérseles, aceptable para él, afortunada para Clotilde, tan cómoda y tan natural, que debiera adoptarse en seguida; y, á pesar de los esfuerzos de su razón, sentíase tan poco firme, tan irresoluto aún, que, temblándole las piernas, hubo de sentarse un momento. Pero quería ser heroico: se calmó, llamó á su compañera.

—Toma y lee esta carta que la abuela me envía.

Clotilde leyó con atencion la carta hasta el final, sin decir palabra, sin hacer movimiento. Luego, dijo á secas:

—¡Bien! Vas á contestar, ¿no es así?... Me niego.

Tuvo Pascual que dominarse para no prorrumpir en un grito de júbilo. Cual si otro yo hubiese tomado en él mismo la palabra, se creyó en el caso de decir cuerdamente:

—Te niegas, y eso no es posible... Hay que pensarlo; dejemos para mañana la respuesta, y hablaremos, ¿quieres?

Pero Clotilde se asombró, se exaltó.

—¡Separarnos! ¿Y por qué? ¿De veras consentirás en ello?... ¡Qué locura! Nos amamos, y nos habíamos de separar, ¡y me iba yo á ir allá, donde nadie me quiere!... ¡Vamos! ¿Lo has pensado bien? ¡Sería estúpido!

El evitó seguirla á ese terreno; habló de promesas hechas, del deber.

—Acuérdate, querida mía, de lo emocionada que te pusiste cuando te advertí que Máximo estaba amenazado de parálisis. ¡Ahí le tienes hoy abatido por la enfermedad, inválido, solo, llamándote á su lado!... No puedes dejarle en tal situación. Trátase de un deber que cumplir.

—¡Un deber! ¿Tengo deberes para con un hermano que nunca se ocupó de mí? Mi único deber está donde está mi corazón.

—Pero has prometido. Yo he prometido por ti, he dicho que serías razonable... No vas á dejarme por embustero.

—Tú si que no eres razonable. Lo insensato es separarse, cuando uno y otro nos moriríamos de pena.

Y con un mohín de enfado cortó é hizo imposible con violencia toda discusión.

—Por supuesto, ¿á qué viene discutir?... No hay nada más sencillo; se explica con una palabra. ¿Es que quieres echarme de tu lado?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

Pascual dió un grito.

—¡Yo despacharte, santo Dios!

—Pues entonces, si tú no me echas de aquí, me quedo.

Ahora se reía ella. Corrió á la mesa de escribir, puso con lápiz rojo, cruzando la carta de su hermano, estas dos palabras "Me niego„ y llamó á Martina, empeñándose en absoluto en que volviese á llevar la carta, bajo sobre. También él se reía, anegado en tal felicidad, que la dejó hacer lo que quiso. El gozo de conservarla arrebatábale hasta la razón.

Pero aquella misma noche, cuando estuvo dormida, ¡qué remordimiento le entró de haber sido un cobarde! Una vez más acababa de transigir por necesidad de ventura, por voluptuosidad de volver á encontrarla cada noche, abrazada á él, tan fina y tan suave dentro de la camisa larga, embalsamándole con su fresco olor de juventud. Cuando ella se fuese, nunca volvería á amar; y de lo que se quejaba á gritos su ser, era de la extracción violenta de la mujer y del amor. Acometíanle sudores de agonía, al imaginársela distante y verse solo, sin ella, sin todo lo acariciado y sutil que transmitía al aire que respiraba; sin su aliento, su gentil hechizo, su rectitud valerosa, aquella querida presencia física y moral, necesaria ahora para su vida como la misma luz del sol. Debía separarse de ella, y era preciso que hallase fuerzas para aceptar la muerte. Sin despertarla, sosteniéndola dormida sobre su corazón, con el pecho levantado por un tenue alentar de niña, despreciábase á sí mismo por su escaso valor, y juzgaba la situación con terrible lucidez. Asunto concluido: allá lejos la esperaba una existencia respetada y una fortuna; él no podía llevar su egoísmo senil hasta el extremo de retenerla más tiempo en la miseria y bajo los denuestos del populacho. Y desfallecido al sentirla tan adorable entre sus brazos, tan confiada, como súbdita que se entrega á su viejo rey, hacía el juramento de ser fuerte, de no admitir el sacrificio de aquella criatura, de restituirla, á despecho de sí misma, la vida y la felicidad.

Desde entonces comenzó una lucha de abnegación. Pasaron algunos días; y tal maña desplegó para hacerla comprender la dureza de su "Me niego„ puesto en la carta de Máximo, que escribió á su abuela extensamente para motivar la negativa. Pero persistía en no querer abandonar la Souleiade. Como él

hubiese caído en gran avaricia, con el propósito de descantillar lo menos posible el dinero de las alhajas, ella, por su parte, escatimaba más aún y comía pan seco, con francas risas. Una mañana el doctor la sorprendió dando consejos de ahorro á Martina. Diez veces al día mirábale ella fijamente, se arrojaba á su cuello, se lo comía á besos, para combatir aquella tremenda idea de la separación, que veía sin cesar en sus ojos. Luego halló otro argumento para no irse. Una tarde, después de comer, le acometieron palpitaciones á Pascual y estuvo á punto de tener un síncope, lo cual le produjo extrañeza; jamás había padecido del corazón, y creyó sencillamente que remanecían sus trastornos nerviosos. Desde los delirios amorosos, sentíase menos firme, con la singular sensación de que se hubiese roto dentro de él alguna cosa delicada y profunda. Al punto Clotilde se inquietó, se desasosegó. Lo que es ahora, á ver cómo se atrevía á hablarla de irse. Cuando se quiere á las personas y están enfermas, se permanece junto á ellas, se las cuida.

Así, el combate llegó á ser de todos los momentos. Era un continuo asalto de ternura, de olvido de sí mismo, sin más necesidad que la dicha ajena. Pero si la emoción de verla bondadosa y amante hacía más atroz para Pascual la necesidad de que Clotilde se fuese, no dejaba de comprender que esta necesidad imponíase cada día más y más. Era ya formal, para en adelante, la determinación. Sólo que, en el último trance, se encontraba temblando, incierto ante los medios de decidirla. Evocaba la escena de desesperación y lágrimas. ¿Qué iba á hacer? ¿Qué iba á decirla? ¿Cómo llegarían los dos á abrazarse por la vez postrera y á no verse ya nunca jamás? Y pasaban días, sin que él encontrase arbitrio; y volvía á tratarse de cobarde todas las noches cuando, apagada la vela, le cogía ella entre sus frescos brazos, feliz y triunfadora al vencerle de aquel modo.

A menudo bromeaba Clotilde, con sus puntas y ribetes de tierna malicia.

—Dueño mío, eres muy bueno y no me echarás.

La alusión le incomodaba, y agitábase entristecido.

—¡No, no! ¡No hables de mi bondad!... Si fuese verdaderamente bueno, tiempo hace que estarías ya allí, con comodidades y respetada, con todo un porvenir de venturosa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y tranquila vida por delante, en vez de obstinarte, insultada, pobre y sin esperanza, en ser aquí la triste compañera de un viejo loco de mi calaña... ¡No! ¡Yo no soy más que un cobarde y un malvado!

Haciale callar ella prontamente. Y acertaba: era su bondad lo que chorreaba sangre; la inmensa bondad que debía á su amor á la vida, era lo que derramaba sobre las cosas y los seres, siempre anhelando la felicidad de todos. Ser bueno, ¿no era quererla, hacerla feliz á expensas de la ventura propia? Pero como los míseros resueltos á suicidarse, acechaba la ocasión, el momento y el medio de concluir.

Una mañana que se levantó á las siete, quedóse Clotilde absorta, al entrar en la sala, encontrándole sentado detrás de la mesa de escritorio. Desde muchas semanas antes, no había abierto un libro, ni cogido una pluma.

—¡Anda! ¿Estás trabajando?

Sin levantar la cabeza, respondió con aire ensimismado:

—Sí; en este árbol genealógico, que ni siquiera he puesto al corriente.

Durante algunos minutos, Clotilde se mantuvo en pie detrás de él, viéndole escribir.

Completaba las noticias acerca de mamá Dida, del tío Macquart y de Carlitos; inscribía sus defunciones, ponía las fechas. Luego, como él no se moviese, aparentando ignorar que estaba ella allí en espera de los besos y las risas de otras mañanas, Clotilde llegóse hasta la ventana y regresó sin saber qué hacer.

—¿Con que va de veras? ¿trabajas?

—Cierto; ya ves que hubiese debido anotar estos fallecimientos desde el mes pasado.

Ella le miró con fijeza, con el aire de continua interrogación con que solía registrar los ojos del dueño.

—Bueno. ¡Trabajemos!... Si tienes indagaciones que pueda hacer yo, notas que copiar, dámelas.

Y desde ese día, Pascual aparentó entregarse por completo al trabajo. Adviértase que una de sus teorías era que el reposo absoluto no vale nada, que nunca debe prescribirse á nadie, ni aun á los rendidos de trabajar. Un hombre no vive sino por el medio externo que le envuelve, y las sensaciones que recibe se transforman en él en movimiento, en ideas y en actos; de suerte que si persevera en reposo absoluto, si continúa recibiendo sensaciones sin devolverlas dige-

ridas y transformadas, se produce una indigestión, una pesadez, una inevitable pérdida de equilibrio. Siempre había experimentado que el trabajo era el mejor regulador de su existencia. Hasta las mañanas en que se encontraba indispuesto, poníase á trabajar y recobraba así su aplomo. Nunca se hallaba mejor que cuando desempeñaba su tarea, metódicamente trazada de antemano, de tantas páginas cada mañana, á las mismas horas; y comparaba esa tarea con el ir y venir del péndulo, que le sostenía firme en medio de las cotidianas miserias, de las debilidades y de los pasos en falso. Por eso acusaba á la pereza, á la ociosidad que venía llevando desde hacía algunas semanas, de ser la causa única de las palpitaciones que le asfixiaban á ratos. Si quería curarse, no tenía más que reanudar sus arduas tareas.

Pascual desarrollaba horas enteras esas teorías, explicándoselas á Clotilde con un entusiasmo febril, exagerado. Parecía vuelto á embargar por aquel amor á la ciencia, que hasta su brusca pasión por la niña fué lo único en que consumió su vida. Repetíale que no podía dejar sin concluir su obra, y que ¡tenía tanto que hacer aún si quería erigir un monumento duradero! Apoderábase de él nuevamente la afición á los legajos: abría veinte veces diarias el gran estante, los bajaba de la tabla superior, seguía enriqueciéndolos. Transformábanse ya sus ideas acerca de la herencia; hubiese deseado revisarlo todo, refundirlo todo, extraer de la historia natural y social de su familia una vasta síntesis, un resumen de la humanidad entera, á grandes rasgos. Además, reincidía también en su tratamiento por medio de las inyecciones subcutáneas, para ampliarlo: confusa visión de una terapéutica nueva; teoría vaga y lejana, hija de sus convicciones y de su experiencia personal respecto á la favorable influencia dinámica del trabajo.

Lamentábase cada vez que se sentaba detrás de la mesa de escritorio:

—¡Cuántos años me hacen falta! ¡La vida es tan corta!

Todo paraba en hacer ver que ya no le era posible perder una hora más. Y cierta mañana levantó bruscamente la cabeza, y dijo á su compañera, que copiaba á su lado un manuscrito:

—Oye bien, Clotilde... Si yo me muriese...

Ella protestó despavorida:

—¡Vaya una idea!

—Si me muero, oye bien... Cierras en se-

guida las puertas. Guardas los legajos para ti, para ti sola. Y en cuanto hayas recogido mis otros manuscritos, se los mandas á Ramond... ¿Oyes? Esta es mi última voluntad.

Pero ella le cortó la palabra, negándose á escucharle.

—¡No, no! ¡Estás diciendo desatinos!

—Clotilde, júrame que guardarás los legajos y que mis otros papeles los entregarás á Ramond.

Por fin juró, entristecida y llorosa. Conmovidísimo también él, habíala cogido entre sus brazos, prodigándola caricias, como si de pronto se le hubiese vuelto á abrir el corazón. Se sosegó después, y habló de sus temores. Desde que se esforzaba en trabajar, parecían haberle acometido de nuevo: espiaba alrededor del armario; pretendía haber visto rondar por allí á Martina. ¿No podían explotar la ciega devoción de esta muchacha, impelerla á una mala acción, persuadiéndola de que salvaba á su amo? ¡Había sufrido tanto con la sospecha! Bajo la amenaza de la próxima soledad, volvía á experimentar el antiguo tormento, el suplicio del sabio amenazado y perseguido por los suyos, en su casa, en su misma carne, en la obra de su cerebro.

Una noche que volvía á este tema, hablando con Clotilde, se le escapó:

—¿Comprendes? Cuando ya no estés aquí...

Quedóse blanca, de tan pálida; y al ver que se detenía, replicó estremeciéndose:

—¡Oh, maestro, dueño mío! ¿Aún piensas en tal iniquidad? Bien veo en tus ojos que algo me ocultas, que tienes una idea que ya no me pertenece... Pero, si me voy y te mueres, ¿quién estará aquí para defender tu obra?

Pensó él que Clotilde se habituaba á la idea de la marcha, y encontró fuerzas para responder alegremente:

—¿Crees acaso que me dejaría morir sin volver á verte?... ¡Qué demonio! Te escribiré, y tú vendrás á cerrarme los ojos.

Entonces, desplomada en una silla, comenzó á sollozar.

—¡Dios mío! ¿Es posible? ¡Quieres que mañana ya no estemos juntos, nosotros que no nos separamos ni un minuto, que vivimos uno en brazos del otro! Y sin embargo, ¡si hubiese nacido un hijo...

—¡Ah! ¡Esa es mi penitencia!—interrumpió él violentamente. Si hubiese nacido un hijo, nunca te hubieses marchado... ¿No ves, que soy harto viejo y que me desprecio á mí mismo? Conmigo seguirías siendo estéril;

tendrías el dolor de no ser mujer completa, ¡madre! ¡Vete de aquí, puesto que no soy un hombre!

En vano se esforzaba ella por sosegarlo.

—¡No! No ignoro lo que piensas; veinte veces lo hemos dicho; si á la postre no hay un hijo, el amor no es más que una porquería inútil... La otra tarde tiraste aquella novela que estabas leyendo, porque, estupefactos los protagonistas de haber procreado un hijo, sin sospechar siquiera que tal cosa pudiese ocurrir, no sabían cómo deshacerse de él... ¡Ah! ¡Lo que yo he esperado, lo que yo anhelaría tener un hijo tuyo!

Aquel día pareció enfrascarse aún más Pascual en el trabajo. A la sazón eran ya sesiones de cuatro ó cinco horas, mañanas, tardes enteras, en que no levantaba la cabeza. Exageraba su celo, prohibiendo que le molestasen, que le dirigiesen una sola palabra. Y á veces, cuando Clotilde salía de puntillas, para girar órdenes abajo y para dar una vuelta fuera de casa, asegurábase con furtivo mirar de que ella ya no estaba allí, y después reclinaba la cabeza en el borde de la mesa, con aspecto de inmensa pesadumbre. Doloroso descanso del extraordinario esfuerzo que tenía que imponerse

para permanecer detrás de la mesa, al sentirla cerca de él; para no cogerla entre sus brazos y no retenerla así horas y horas besándola dulcemente. ¡Ah, qué ardoroso llamamiento dirigía al trabajo, único refugio donde esperaba aturdirse, anonadarse! Pero lo más frecuente era no poder trabajar, y tenía que representar la comedia de la atención, puestos los ojos en las cuartillas, sus tristes ojos velados por las lágrimas, mientras su pensamiento agonizaba, borroso y fugitivo, lleno siempre de la misma imagen. ¿Iba, pues, á presenciar la bancarrota del trabajo, él que lo creía soberano, creador único, regulador del mundo? ¿Tendría que arrojar los trebejos, renunciar á la acción, limitarse á vivir, á amar á las guapas chicas volanderas? ¿O sería culpa de su senectud, si se hallaba incapaz de escribir una página, como lo era de procrear un hijo? Siempre le había atormentado el miedo á la impotencia. Mientras permanecía sin fuerzas, abrumado por su miseria, con la mejilla contra la mesa, soñaba que tenía veinte años y que cada noche, abrazado al cuello de Clotilde, tomaba el vigor necesario para la faena del día inmediato. Y corrían lágrimas por su barba blanca; y al oirla volver á subir, se endere-

zaba con presteza y cogía otra vez la pluma, para que le encontrase como le había dejado: sumido al parecer en una profunda meditación, donde sólo había penuria y vacío.

Estaba mediando el mes de Setiembre, y dos interminables semanas habían transcurrido en empeño tan fatigoso, sin dar con ninguna solución, cuando una mañana tuvo Clotilde la gran sorpresa de ver entrar á su abuela Felicidad. La víspera se la había encontrado Pascual en la calle de la Banne, é impaciente por consumar el sacrificio, no hallando en sí fuerzas para la ruptura, habíase confiado á ella, á despecho de su repugnancia, rogándola que al otro día fuese á verlos á su casa. Precisamente ella acababa de recibir otra carta de Máximo, desconsoladora y suplicante.

En primer término, explicó su presencia.

—Sí, yo soy, queridita; y para que vuelva á poner aquí los pies, ya comprenderás que es preciso que muy graves razones me determinen á ello... En verdad que te has vuelto loca: no puedo dejarte encenagar así tu existencia, sin hablarte claro por última vez.

En seguida leyó la carta de Máximo, con voz lacrimosa. Estaba clavado en un sillón,

por haberle acometido una ataxia de curso rápido, muy dolorosa. Por eso exigía respuesta categórica de su hermana, con la esperanza de que aún viniese, y temblando ante la idea de verse reducido á buscar otra enfermera. Sin embargo, es lo que tendría que hacer, si le abandonaban en su triste situación. Y cuando Felicidad hubo terminado la lectura, dió á entender cuán desagradable sería dejar que la fortuna de Máximo pasase á manos extrañas; pero, sobre todo, habló de deberes, del auxilio á que tiene derecho un pariente, aparentando también la certeza de que había mediado una promesa formal.

—Vamos, queridita, haz memoria. Le dijiste que si alguna vez necesitaba de ti, irías á reunirte con él. Aún me parece estarte oyendo... ¿No es así, hijo mío?

Desde que su madre estaba allí, callábase Pascual, y la dejaba hablar y hacer, pálido y con la cabeza baja. No respondió sino haciendo una señal afirmativa.

Después repitió Felicidad todas las razones que él mismo había dado á Clotilde: el escándalo horroroso que rayaba en insultante, la amenazadora miseria tan pesada para ellos dos, la imposibilidad de continuar la mala vida en que él, envejeciendo, acaba-

ría de perder su poca salud, y en que ella, tan joven, concluiría de comprometer su honra y nombre. ¿Qué porvenir podían esperar, ahora que había llegado la pobreza? Era imbécil y cruel obstinarse así.

Derecha y con la entereza retratada en el rostro, Clotilde guardaba silencio, negándose hasta á discutir. Pero, como la apremiase y la hostigase su abuela, al fin dijo:

—Por última vez repito que no tengo ningún deber para con mi hermano; mi deber está aquí. Puede disponer de su fortuna; yo no la quiero. Cuando estemos muy pobres, mi dueño despedirá á Martina y me conservará como criada.

Acabó haciendo un mohín. ¡Oh, sí, era el ideal, sacrificarse por su príncipe, darle su vida; antes mendigar por los caminos, llevándole de la mano; y luego, de regreso, como la noche en que habían ido de puerta en puerta, hacerle el regalo de su juventud y calentarle entre sus puros brazos!

La anciana señora Rougon frunció la barbilla.

—Antes de ser su criada, mejor hubieses procedido comenzando por ser su mujer... ¿Por qué no os habéis casado? Más sencillo y más decente era eso.

Recordó que un día había venido á exigir ese casamiento, con el fin de ahogar el naciente escándalo, y la joven se había manifestado sorprendida, diciendo que ni ella ni el doctor pensaban en eso, pero que si era menester se casarían más tarde puesto que nada les apremiaba.

—¡Casarnos! ¡Eso quiero!—exclamó Clotilde.—Tienes razón, abuela...

Y dirigiéndose á Pascual

—Cien veces me has repetido que harías lo que yo quisiera... ¿Oyes? Cásate conmigo. Seré tu mujer, y me quedaré. Una mujer no abandona á su marido.

Pero él no respondió sino con un gesto, como si temiera que la voz le traicionase y aceptara con un grito de gratitud el eterno lazo que ella le proponía. Su ademán podía significar vacilación, negativa. ¿Para que ese matrimonio *in extremis,* cuando todo se derrumbaba?

—No cabe duda, son hermosos sentimientos — replicó Felicidad. — Lo arreglas muy bien dentro de tu cabecita. Pero el matrimonio no os dará rentas; y, entre tanto, le cuestas cara y eres la más pesada de las cargas para él.

El efecto de esta frase fué extraordinario

en Clotilde, quien se volvió con ímpetu hacia Pascual, con las mejillas como púrpura y preñados de lágrimas los ojos.

—¡Maestro, dueño mío! ¿Es cierto lo que dice la abuela? ¿Te pesa el dinero que te cuesto?

El, palideciendo aún más, no modificó su actitud abrumada. Pero con voz mustia, como si hablase consigo mismo, murmuró:

—¡Tengo tanto trabajo! ¡Tengo tal empeño en reanudar mis legajos, mis manuscritos, mis notas, y en concluir la obra de mi vida!... Si estuviese solo, quizá pudiera arreglarlo todo. Vendería la Souleiade, ¡oh! un pedazo de pan: no vale caro. Me metería, con todos mis papeles, en un cuartito. Trabajaría de la mañana á la noche, y trataría de no ser harto desdichado.

Pero rehuía mirarla; y en la agitación que ella sufría, no la dominaba ese balbuceo doloroso. Espantábase á cada segundo, pues presentía que iba á decirse lo inevitable.

—¡Mírame, maestro, mírame cara á cara!... Y te conjuro; ¡sé valiente, elige entre tu obra y yo, puesto que indicas que me despides para trabajar mejor!

Había llegado el minuto de la mentira heroica. Levantó la cabeza, la miró de frente

con valentía, y con la sonrisa del moribundo que anhela por la muerte, recobrada su voz que respiraba divina bondad, exclamó:

—¡Cómo te resistes!... ¿No puedes cumplir sencillamente tu deber, como todo el mundo?... Tengo mucho que trabajar, necesito estar solo, y tú, querida, debes reunirte con tu hermano. Vete, pues; todo ha concluido.

Hubo algunos segundos de terrible silencio. Mirábale ella, inmóvil, con fijeza, en la esperanza de verle amainar. ¿Decía la verdad? ¿No se sacrificaba para que fuese dichosa? Por un instante tuvo la sensación sutil del sacrificio, cual si un soplo tembloroso emanado del amante se lo advirtiese.

—¿Y me echas para siempre? ¿No me permitirías volver mañana?

Permaneció firme, pareciendo responder con otra sonrisa que no era cosa de marcharse para volver así. Y todo se anubló; ya no tuvo Clotilde más que una percepción confusa, y pudo creer que él optaba por el trabajo sinceramente, cual hombre de ciencia en quien la obra vence á la mujer. Se había puesto muy pálida, aguardó otro poco entre el horrible silencio; luego, lentamente, con su aire de tierna y absoluta sumisión, dijo:

—Está bien, maestro; partiré cuando quie-

ras, y no regresaré sino el día que me vuelvas á llamar.

Esto fué el hachazo. Estaba realizado lo irrevocable. En seguida Felicidad, absorta de no haber tenido que lidiar más, quiso que se fijase la fecha de la marcha. Aplaudíase por su tenacidad, creyendo haber obtenido la victoria en cruda guerra. Era viernes, y se convino en que Clotilde partiría el domingo. Hasta se le envió un parte telegráfico á Máximo.

Llevaba tres días soplando el *mistral*. Pero, á la noche, redobló con mayor violencia, y anunció Martina que aún duraría lo menos tres días, según la creencia popular. Son terribles los vientos de fines de Setiembre, á través del valle de la Viorne. La criada cuidó de subir á todos los cuartos, para ver si estaban bien cerrados los postigos. Cuando soplaba el *mistral*, cogía en escuadra á la Souleiade por encima de los tejados de Plassans, sobre la pequeña meseta donde estaba construida. Y aquello era un frenesí, una tromba furiosa, continua, que azotaba la casa, conmoviéndola desde el sótano al granero durante días y noches, sin descanso. Volaban las tejas, saltaban los herrajes de las ventanas, al paso que por las rendijas

colábase el viento en el interior con desatinado zumbido quejumbroso, y las puertas se cerraban al menor olvido con estruendo de cañonazos. Parecía un sitio en toda regla sostenido en medio del estrépito y angustia.

Al día siguiente, en aquella casa melancólica, sacudida por el ventarrón, Pascual quiso ocuparse con Clotilde de los preparativos de viaje. La anciana señora Rougon no volvería hasta el domingo, en el momento de la despedida. Cuando Martina supo la próxima separación, se quedó atónita, muda, con los ojos encandilados, y como la habían despachado del cuarto, diciéndola que no hacía falta para llenar las maletas, se volvió á la cocina, entregándose allí á sus habituales faenas y aparentando ignorar la catástrofe que destruía aquella familia de tres personas.

Pero al menor llamamiento de Pascual acudía tan presurosa, tan lista, con la cara tan plácida, tan iluminada por su celo en servirle, que parecía una muchacha joven. El no abandonó un minuto á Clotilde, ayudándola, deseando convencerse de que se llevaba todo lo que podía necesitar. Dos grandes maletas estaban abiertas en medio del desordenado aposento; por todas partes ha-

bía tirados envoltorios y vestidos; girábanse visitas, veinte veces repetidas, á los muebles, á los cajones. Y el trabajo, la preocupación de no olvidar nada, eran á modo de anestesia del vivo dolor que uno y otro experimentaban en la boca del estómago. Se aturdían por un instante: él, cuidadoso, velaba á fin de que no se desperdiciase ningún hueco, utilizando la caja de los sombreros para prendas menudas, metiendo cajitas entre las camisas y los pañuelos; mientras ella, desabrochando los vestidos, los doblaba encima de la cama, en espera de colocarlos lo último de todo, en la bandeja de arriba. Después, cuando un poco cansados se enderezaban y se veían frente á frente, sonreíanse al principio y luego contenían bruscas lágrimas, por el recuerdo de la inevitable desventura que pesaba sobre sus cabezas y las vencía. Pero permanecían firmes, con el corazón vertiendo sangre. ¡Dios mío! ¿Con que era verdad que ya no estaban unidos? Y trémulos, oían el ventarrón, el terrible *mistral* que amenazaba desplomar la casa.

Aquel día, ¡cuántas veces fueron á la ventana, atraídos por la tempestad, con el deseo que arrastrase consigo al mundo! Durante las rachas de *mistral,* no cesó de lucir el

sol, y el cielo estuvo siempre azul; pero de un azul lívido, turbio de polvo, con un sol amarillento, pálido de escalofrío. Miraban á lo lejos las inmensas polvaredas blancas que se cernían sobre los caminos; los árboles doblados, desgreñados, aparentando huir en la misma dirección, cual si galopasen; la campiña entera, seca, desfallecida por la violencia de aquel soplo siempre igual que redobla sin fin con su silbo de rayo. Tronchábanse y desaparecían las ramas, volaban las techumbres, arrastradas á tal distancia, que ya no se volvían á encontrar. ¿Por qué no les cogía el *mistral* juntos, para arrojarlos allá lejos, en el país desconocido, donde se puede ser feliz?

Iban á quedar arregladas del todo las maletas, cuando quiso él volver á abrir un postigo que el viento acababa de cerrar; mas hubo tal empuje por la entreabierta ventana, que acudió ella á escape en su auxilio. Cargaron allí con todo su peso, y por fin logran hacer girar la falleba. Las últimas prendas habíanse desparramado por el aposento, y recogieron hecho trizas un espejito de mano, caído de una silla. ¿Era señal de muerte próxima, como dicen las comadres del barrio?

Por la noche, después de una triste colación en el comedor, empapelado de claro con grandes ramos de flores, Pascual habló de acostarse tempranito. Clotilde tenía que partir al día siguiente, en el tren de las diez y cuarto de la mañana; é inquietábale á él lo largo del viaje, veinte horas de ferrocarril. Después, en el momento de meterse en la cama, la besó, empeñándose en acostarse solo desde aquella misma noche, en irse otra vez á su antigua alcoba.

Estaba resuelto en absoluto—decía—á que descansara. Si se quedasen juntos, ni uno ni otro pegarían ojo; y sería aquella una noche en blanco, infinitamente triste. En vano le suplicó ella, con sus magníficos ojos llenos de ternura; en vano le tendió sus brazos divinos: tuvo la extraordinaria fuerza de voluntad de salir de allí, besándola antes en los ojos, como á una niña, arropándola con la colcha y recomendándola que fuese muy juiciosa y que durmiese bien. ¿No estaba consumada ya la separación? Se hubiese llenado de remordimiento y de vergüenza, poseerla ahora, cuando ya no era suya. ¡Pero qué horrible regreso á aquella alcoba húmeda, abandonada, donde le aguardaba el frío lecho de su celibato! Le pareció volver

á entrar en la vejez y que ésta caía sobre él para siempre, cual tapa de plomo de ataúd. Al principio, acusó al viento de su insomnio. La muerta casa llenábase de alaridos, y se mezclaban entre sí voces quejumbrosas y voces iracundas, en medio de sollozos contínuos. Dos veces se levantó y fué á escuchar donde dormía Clotilde: no oyó nada. Bajó á cerrar una puerta que aporreaba con sordos golpes, como si la desdichada hubiese llamado á las paredes. Por los aposentos oscuros cruzaban resoplidos; volvió á acostarse, yerto de frío, estremeciéndose, acosado por lúgubres visiones. Después tuvo conciencia de que aquella fuerte voz que le hacía sufrir, que le quitaba el sueño, no procedía del desencadenado *mistral*. Era el llamamiento de Clotilde, la sensación de que ella estaba allí, y de que él se había privado de ella. Entonces fué arrollado por una crisis de locos deseos, de insensata desesperación. ¡Dios mío, no llamarla ya nunca suya, cuando con una palabra podía conservarla, tenerla siempre! Aquella carne joven que le quitaban, era como si le arrancasen su propia carne. A los treinta años vuelve á encontrarse mujer. Pero en la pasión de su virilidad agonizante, ¡qué

esfuerzo para renunciar á aquel fresco cuerpo, embalsamado por la juventud, que se ofrecía regiamente, que le pertenecía como propiedad suya, como parte de sí mismo! Diez veces estuvo á punto de saltar de la cama é ir á recogerla y conservarla para sí. La espantosa crisis duró hasta rayar el día, en medio del furibundo asalto del viento, que hacía temblar toda la vetusta casa.

Eran las seis, cuando habiendo creído Martina oir que su amo la llamaba encima de su cuarto, taconeando en el suelo, subió á verle. Llegaba con el aire vivo y exaltado que tenía desde la antevíspera; pero permaneció inmóvil de inquietud y de sorpresa al verle á medio vestir, atravesado en la cama, hecho un desastre, mordiendo la almohada para ahogar los sollozos. Había querido levantarse, vestirse en seguida; y un nuevo acceso acababa de abatirle, presa de vértigos, asfixiado por las palpitaciones.

Apenas hubo salido de un breve síncope, cuando comenzó á tartamudear su tormento.

—¡No! No puedo, sufro demasiado... Prefiero morir, morirme ahora...

Sin embargo, conoció á Martina y se abandonó, se confesó ante ella, exhausto de fuerzas, anegado y arrollado por el dolor.

—¡Pobre hija mía! sufro en extremo, mi corazón estalla... Ella es quien me arrebata el corazón, quien se lleva consigo todo mi ser. Y no puedo vivir sin ella... He estado á punto de morirme esta noche; quisiera morir antes de su marcha para no tener el desconsuelo de verla abandonarme... ¡Ah, Dios mío! Se va, y ya no la tendré más, y me quedo solo, solo, solo...

La criada, tan alegre al subir, se había puesto pálida como la cera, con cara mustia y dolorida. Le miró un instante arrancar las sábanas con sus crispadas manos, estertorar su desesperación con la boca pegada á la colcha. Luego pareció que se decidía, y con brusco esfuerzo, le dijo:

—Pero, señor, no tiene sentido común tomarse semejante desazón. Es ridículo... Puesto que no puede V. pasarse sin la señorita, voy á decirla en qué estado se ha puesto V....

Esta frase le hizo levantarse violentamente, tambaleándose aún y sosteniéndose en el respaldo de una silla.

—¡Te lo prohibo, Martina!

—¡Como que voy á hacerle á V. caso!

¡Para volverle á encontrar medio muerto, llorando á moco tendido! ¡No, no! ¡Yo soy quien va á ir en busca de la señorita, y la diré la verdad, y la obligaré á que se quede con nosotros!

Pero, lleno de ira, la agarró de un brazo y no la soltaba.

—Te mando que te estés quieta, ¿oyes?, ó si no te vas con ella... ¿Por qué has entrado? Si me puse malo, fué á causa del ventarrón. Nadie tiene que mezclarse en mis negocios.

Después, lleno de ternura y cediendo á su bondad habitual, acabó por sonreirse.

—Pobre hija mia, ¿no ves que me enfadas? Déjame obrar como debo, para bien de todos. Y chitón, que me acabarías de matar.

A su vez, llenáronse de lágrimas los ojos de Martina. Ya era tiempo de que se entendiesen, porque casi en seguida entró Clotilde, levantada desde muy temprano por el ansia de ver otra vez á Pascual, esperando, sin duda, hasta el último momento, que éste la retendría. También ella tenía pesados los párpados, fruto del insomnio, y le miró fijamente, con aire interrogador, al maestro. Pero estaba aún tan desfallecido, que se puso intranquila.

—No, te lo aseguro; ¡hubiera dormido como un lirón si no es por el *mistral*... ¿No te lo dije, Martina?

La criada le dió la razón, con un movimiento de cabeza. Y también Clotilde se sometía, sin decirle su noche de lucha y sufrimiento, mientras él agonizaba por su parte. Las dos mujeres no hacían más que obedecerle y ayudarle, dóciles, olvidadas de sí mismas.

—Espera—prosiguió, abriendo la cómoda; —aquí tengo algo para ti... ¡Toma! En este sobre hay setecientos francos...

Y por más que ella protestó y se defendió, la dió cuentas. De los seis mil francos de las alhajas, apenas se habían gastado doscientos, y él se quedaba con cien para llegar hasta fin de mes, con la estricta economía, con la sórdida avaricia que mostraba á la sazón. Después, no cabe duda que lograría vender la Souleiade: trabajaría y sabría salir bien del paso. Pero no quería tocar á los cinco mil francos restantes, porque eran de ella sólo, y volvería á encontrarlos en el cajón.

—Maestro, maestro, me haces daño, me afliges...

La interrumpió, diciendo:

—Lo quiero, y tú eres quien me destroza-

—¡Ah, qué viento!—dijo Clotilde al oir una racha de *mistral* que hizo gemir á todas las puertas.

Pascual acercóse á la ventana y miró cómo empujaba y sacudía los árboles la tempestad.

—Desde esta madrugada, va siempre en aumento. Preciso será ahora tener cuidado por la techumbre, porque ya han volado algunas tejas.

Ya no estarían juntos nunca. Sólo oían ese viento furioso, barriéndolo todo, llevándoseles la vida.

Por fin, á las ocho y media, Pascual dijo sencillamente.

—Ya es tiempo, Clotilde.

Esta se levantó de la silla donde estaba sentada. A ratos, olvidábase de que se iba. De pronto, resurgió la espantosa certidumbre. Le miró por vez postrera, sin que él abriese los brazos para retenerla. Aquello había concluido. Y ella se quedó inmóvil con rostro inexpresivo, como herida por un rayo.

Al principio, cruzaron las palabras sacramentales.

—Me escribirás, ¿eh?

—Ciertamente; y tú, dame noticias lo más á menudo posible.

—Sobre todo, si cayeses enfermo, llámame á escape.

—Te lo prometo. Pero no hay peligro; estoy como un roble.

Luego, al punto de abandonar aquella mansión tan querida, Clotilde la abarcó toda con vacilante mirada. Y dejóse caer sobre el pecho de Pascual, estrechándole entre sus brazos, balbuciente.

—Quiero abrazarte aquí, quiero darte las gracias... Maestro, tú eres quien me has hecho lo que soy. Según solías repetir, has enmendado mi ley de herencia. ¿Qué hubiera sido de mí allá, en el medio donde se desarrolló Máximo?... Sí; si alguna cosa valgo, á ti solo te lo debo; á ti, que me has trasplantado á esta morada de la verdad y la bondad, donde me has hecho crecer digna de tu ternura... Hoy, después de haberme amparado y colmado de beneficios, me echas de aquí. Hágase tu voluntad; eres mi dueño, y te obedezco. Te amo á pesar de todo, te amaré siempre.

La estrechó él contra su corazón, y dijo:

—No deseo más que tu bien: concluyó mi obra.

Y entre el último beso, el beso desgarrador que se dieron, suspiró ella en voz muy baja:

—¡Ah, si hubiese venido un hijo!

Más quedo aún, con un sollozo, creyó ella oirle tartamudear palabras confusas:

—Sí, sí; la otra obra soñada, la única verdadera y buena, la obra que no he podido hacer... Perdóname, trata de ser feliz.

La anciana señora Rougon estaba en la estación, muy vivaracha á pesar de sus ochenta años. Triunfaba, creía tener á su hijo Pascual á merced suya. Cuando vió alelados á los dos amantes, encargóse de todo, sacó el billete, facturó el equipaje y colocó á la viajera en un reservado de señoras. Luego habló detenidamente acerca de Máximo, dió instrucciones, exigió que se la tuviese al corriente. Pero el tren no arrancaba, y aún transcurrieron cinco minutos atroces, durante los cuales permanecieron cara á cara, sin decirse nada ya. Por fin, todo se zangoloteó, hubo abracejos, estrépito de ruedas, pañuelos agitándose.

Bruscamente, se dió cuenta Pascual de que estaba solo en el andén, mientras allá lejos había desaparecido el tren por un recodo de la línea. Entonces, sin hacer caso de su madre, tomó carrera, emprendió un escape furioso de hombre joven, subió la cuesta, saltó á zancadas los escalones de áridas

piedras, y en tres minutos se halló en la terraza de la Souleiade. El *mistral* soplaba allí con furia; una gigantesca racha doblaba como pajas los cipreses centenarios. En el cielo descolorido, el sol parecía fatigado de tanto viento, cuya violencia llevaba seis días ya de pasarle por delante de la cara. Y semejante á los desgreñados árboles, Pascual se mantenía firme, dando latigazos de bandera sus vestidos, con las barbas y los cabellos arrebatados, azotados por la tempestad. Y con aliento entrecortado, puestas ambas manos sobre el corazón para contener las palpitaciones, miraba huir á lo lejos el tren por la llanura rasa: un tren pequeñito, que el *mistral* parecía barrer cual si fuese una ramita de hojas secas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XII

Desde el siguiente día, Pascual se encerró en el fondo del caserón desierto. Ya no salió más; cortó por completo las escasas visitas de médico que aún hacía, y vivió allí, con puertas y ventanas cerradas, en una soledad y en un silencio absolutos. Y Martina tenía orden terminante de no dejar entrar á nadie, bajo ningún pretexto.

—Pero, señor, ¿y á la madre de V., la señora Felicidad?

—A mi madre menos que á nadie. Tengo mis razones... La dices que estoy trabajando, que necesito recogerme, y que la ruego que me dispense.

Una tras otra, se presentó la anciana señora de Rougon tres veces. Armaba la de Dios es Cristo en la planta baja, y la oía él alzar la voz, encolerizándose, queriendo forzar la consigna. Luego, se apagaba el ruido, y no había más que un cuchicheo de queja y

de conjura entre ella y la criada. Y ni una vez cedió, ni se asomó desde el rellano de la escalera para gritarla que subiese.

Un día, se atrevió Martina á decirle:

—Señor, mirándolo bien, es muy duro eso de cerrar la puerta á su madre. Y más viniendo la señora Felicidad con buenos sentimientos, porque sabe los grandes apuros del señor y sólo insiste en ofrecerle sus servicios.

Desesperado, gritó:

—No necesito dinero, ¿oyes?... ¡Qué demonio! trabajaré, me ganaré la vida.

Sin embargo, iba haciéndose apremiante la cuestión del dinero. Empeñábase en no distraer un céntimo de los cinco mil francos guardados en la cómoda. Ahora que estaba solo, tenía completa indiferencia por la vida material, y se hubiese contentado con pan y agua; y cada vez que la criada le pedía para comprar vino, carne, alguna golosina, encogíase de hombros. ¿Para qué? Aún quedaba un zoquete de pan de la víspera; ¿no era suficiente? Pero en su ternura hacia el amo á quien veía sufrir, contristábase de aquella miseria más dura que la suya misma, de esa desnudez de pobre á que se abandonaba con la casa entera. Mejor se vivía con los obre-

ros del arrabal. Por eso, durante todo un día, pareció presa de un terrible combate interior. Su amor de perro fiel luchaba contra su pasión por el dinero, atesorado céntimo á céntimo, oculto Dios sabe dónde, haciendo cría, según frase de ella. Mejor hubiese dado un pedazo de carne de su cuerpo. Mientras había sido sólo á sufrir el amo, no se le ocurrió á la criada la idea de tocar á su tesoro. Y fué un heroísmo extraordinario el de la mañana en que, en último trance, viendo apagado el fogón y vacía la despensa, desapareció durante una hora, regresando después con provisiones y con la vuelta de un billete de cien francos.

Precisamente bajaba Pascual, y se extrañó; fuera de sí, y dispuesto á tirarlo todo á la calle, la preguntó de dónde procedía aquel dinero, creyendo que habría ido á casa de su madre.

—¡No! ¡No, señor!—tartamudeó ella.—De ninguna manera, no es eso...

Y concluyó por espetarle el embolismo que había preparado.

—Imagínese V. que se arreglan las cuentas en casa del señor Grandguillot, ó á lo menos esa traza me parece á mí que llevan... Esta mañana me dió la idea de ir á ver y me

han dicho que con seguridad pescará V. alguna cosilla, y que podía recoger yo cien francos... Sí, hasta se han contentado con un recibo mío. Ya regularizará V. eso más tarde.

Apenas pareció sorprendido Pascual. Esperaba ella que no saldría para comprobar el hecho. Sin embargo, sintióse aliviada de un peso al ver con qué indiferente facilidad aceptaba su embuste.

—¡Ah, tanto mejor!—exclamó.—Bien decía yo que nunca se debe desesperar. Con eso tendré tiempo de arreglar mis asuntos.

Sus asuntos eran la venta de la Souleiade, en la cual había pensado confusamente. ¡Pero qué pena tan horrible, abandonar aquella casa donde Clotilde había crecido, donde había vivido con ella cerca de diez y ocho años! Ya se había concedido á sí propio un plazo de dos á tres semanas para pensar en la venta. En cuanto tuvo la esperanza de que recobraría un poco de su dinero, no pensó en ello más. De nuevo se abandonó, comiendo lo que Martina le servía, sin advertir siquiera el mezquino bienestar que la criada reconstruía para él, de rodillas, y en actitud de adoración, destrozada al desfalcar su pequeño tesoro, pero contentísima de

mantener al doctor sin que sospechase que el alimento necesario lo recibía de ella.

Por lo demás, Pascual no la recompensaba de ningún modo. Aunque su buen corazón le hacía arrepentirse después, en el estado de fiebre desesperada en que vivía, con excesiva frecuencia se arrebataba contra la servidora al menor motivo de descontento. Una noche que había oído á su madre hablar sin fin en el fondo de la cocina, tuvo un acceso de ira furiosa.

—Oye, Martina, no quiero que entre más en la Souleiade... ¡Como la recibas abajo ni una sola vez, te echo de casa!

Escuchábale atónita. En treinta y dos años que llevaba sirviéndole, nunca la había amenazado así con despedirla. Grandes lágrimones brotaron de sus ojos.

—¡Ay, señor! ¡Tendría V. ánimos para eso! Pues yo no me iría de aquí; primero me quedaba atravesada en la puerta.

Avergonzóse él de su arrebato, y se hizo más dulce.

—Es que sé perfectamente lo que hay. Viene para aleccionarte, para azuzarte contra mí, ¿no es eso?... Sí; acecha mis papeles, quisiera robarlo todo, destruirlo todo, allá arriba en el armario. La conozco; cuando quiere alguna cosa, pone todo su empeño en ella... Pues bien; puedes decirla que vigilo, que mientras yo viva no la dejaré que se acerque siquiera el armario. Y además, la llave está aquí, en mi bolsillo.

Reaparecía, en efecto, todo su terror de sabio acorralado y amenazado. Desde que vivía sólo, tenía la sensación de un peligro renaciente, de una continua celada en la sombra. Se estrechaba el cerco; y si era tan duro contra las tentativas de invasión, si rechazaba los asaltos de su madre, es porque no se equivocaba acerca de sus verdaderos propósitos, y temía flaquear. En cuanto ella se entronizase allí, le dominaría poco á poco, hasta el punto de convertirle en un cero á la izquierda. Por eso se renovaban sus tormentos: pasaba los días vigilando; por la tarde cerraba él mismo las puertas, y á menudo se levantaba de noche para convencerse de que no forzaban las cerraduras. Su mayor inquietud era que la criada, seducida, creyendo asegurar su salvación eterna, fuese á abrir la puerta á su madre. Creía ver los legajos ardiendo en la chimenea y hacía guardia en torno de ellos presa de una pasión dolorosa, de una ternura ardiente, por ese helado montón de pa-

peles, por esas frías páginas manuscristas, á las cuales había sacrificado la mujer, y que se esforzaba por amar sobre todo, con el fin de olvidar el resto.

Desde que ya no estaba allí Clotilde, Pascual se enfrascaba en el trabajo, trataba de anegarse y de sumirse en él. Si se encerraba, si ya no ponía los pies en el jardín, si un día en que Martina subió á anunciarle la visita del doctor Ramond había tenido fuerzas para responder que no podía recibirle, todo ese áspero apetito de soledad no tenía más propósito que anonadarse en el fondo de desesperada labor. ¡Con qué gusto hubiese abrazado al pobre Ramond! Porque adivinaba el sentimiento exquisito que le hacía acudir para consolar á su antiguo maestro. Pero ¿á qué venía perder una hora? ¿Por qué exponerse á emociones y lágrimas que le volverían cobarde? Desde el amanecer se sentaba á la mesa, pasaba allí mañana y tarde, y á menudo continuaba velando hasta muy entrada la noche. Quería realizar su antiguo proyecto: rehacer toda su teoría de la herencia con un plan nuevo, valerse de los legajos, de los documentos suministrados por su familia para establecer las leyes con arreglo á las cuales se distribuye la vida en un grupo de seres y se conduce matemáticamente de uno á otro hombre, teniendo en cuenta los medios. ¡Vasta biblia, génesis de las familias, de las sociedades, de la humanidad entera! Esperaba que lo amplio de semejante plan, el esfuerzo necesario para la realización de una idea tan colosal, le poseería por completo y le devolvería la salud, la fe, el orgullo, con el goce superior de la obra realizada. Por más que se empeñaba en apasionarse, en entregarse sin reserva, con encarnizamiento, sólo conseguía fatigarse el cuerpo y el espíritu, distraído á despecho de todo, ausente el corazón de sus faenas, cada día más enfermo y desesperado. ¿Era la definitiva bancarrota del trabajo? El, á quien el trabajo le había devorado la existencia, que lo miraba como el único móvil, bienhechor y consuelo, ¿iba, pues, á verse obligado á sacar por consecuencia que amar y ser amado supera á todo en el mundo? A veces caía en hondas meditaciones; continuaba esbozando su nueva teoría del equilibrio de las fuerzas, que consistía en probar que todo cuanto el hombre recibe en sensaciones tiene que devolverlo en movimientos. ¡Qué vida normal, plena y feliz, si pudiese vivir-

la entera, con un funcionalismo de máquina bien regulada, devolviendo en fuerza lo que quema en combustible, manteniéndose ella misma vigorosa y bella por el juego simultáneo y lógico de todos los órganos! Veía allí tanto trabajo físico como trabajo intelectual, tanto sentimiento como raciocinio, la parte correspondiente á la función genésica como á la función cerebral, sin haber fatiga nunca en un punto ni en otro, porque la fatiga es el desequilibrio y la enfermedad. ¡Sí, sí! Volver á comenzar la vida y saber vivir, cavar la tierra, estudiar el mundo, amar á la mujer, llegar á la perfección humana, á la ciudad futura de la dicha universal, con el justo empleo de todo el ser: ¡qué hermoso testamento para legado por un médico filósofo! Y ese ensueño lejano, teoría apenas entrevista, acababa de llenarle de amargura al pensar que en lo sucesivo ya no era más que una fuerza derrochada y perdida.

En el fondo mismo de su pena, Pascual advertía una sensación dominante: estaba agitado. La pena por la ausencia de Clotilde, el sufrimiento de no tenerla ya, la certidumbre de que nunca la tendría más, invadíale de hora en hora: oleada dolorosa que todo lo arrastraba consigo. El trabajo estaba vencido; á veces dejaba caer la cabeza sobre la cuartilla principiada, y lloraba horas enteras, falto de ánimo para volver á tomar la pluma. Sus afanosas tareas, sus días de voluntario anonadamiento, paraban en noches terribles, noches de insomnio ardiente, durante las cuales mordía la sábana para no llamar á gritos á Clotilde. En aquella casa tétrica donde se enclaustraba, ella estaba en todas partes. Al cruzar por cualquier aposento, veíala sentada en todas las sillas, en pie detrás de todas las puertas. Abajo, en el comedor, no podía sentarse á la mesa sin tenerla enfrente de él. Arriba, en el gabinete de trabajo, continuaba siendo su compañera persistente, constante; había vivido encerrada allí tanto tiempo, que su imagen parecía emanar de las cosas; sentíala evocada junto á él, la adivinaba derecha y esbelta delante del escritorio, inclinando sobre un dibujo al pastel su fino perfil. Y si él no salía para huir de aquella persecución del querido y torturado recuerdo, era porque tenía la certeza de encontrarla también doquiera: en el jardín, ensoñando al borde de la terraza, siguiendo con paso lento las calles del pinar, sentada bajo los plátanos refrescándose con la tierna canturía de la fuente, tendida en la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

era al crepúsculo, con los ojos puestos en el cielo, interrogando á las estrellas. Pero existía sobre todo para él un lugar de deseos y terrores, un consagrado santuario donde no entraba sino temblando: la alcoba en que se había entregado á él, donde habían dormido juntos. Guardaba la llave: no había cambiado allí de sitio ningún objeto desde la triste mañana de su partida; y aún estaba en un sillón una enagua olvidada al marchar. Allí respiraba hasta su aliento, su fresco olor de juventud, que había permanecido en el aire como un perfume. Abría los brazos enloquecido y estrechaba en ellos á su fantasma, flotante entre la suave media luz de las persianas cerradas, entre el rosa pálido de la indiana antigua de las paredes, color de aurora. Sollozaba delante de los muebles, besaba la cama, el sitio hundido en que se dibujaban las formas divinas de su cuerpo. Y su goce en estar allí, su pena de no ver en tal sitio á Clotilde, toda aquella emoción violenta le agotaba hasta tal punto, que no se atrevía á visitar á diario el temible lugar; acostábase en su fría alcoba, donde el insomnio no se la presentaba tan próxima y tan viva.

En medio de su pertinaz trabajo, Pascual tenía otro gran goce doloroso: las cartas de

Clotilde. Esta le escribía con regularidad, dos veces por semana, largas epístolas de ocho á diez carillas, contándole al pormenor su vida cotidiana. No parecía ser muy dichosa en París. Máximo, que ya no abandonaba su sillón de inválido, debía de atormentarla con exigencias de niño mimado y de enfermo, porque hablaba ella como reclusa, siempre de guardia junto á él, sin poder ni aun aproximarse á los balcones para dar un vistazo á la avenida por donde rodaba la ola mundana de los paseantes del Bosque; y en algunas de sus frases conocíase que su hermano, después de reclamarla con tanta impaciencia, sospechaba ya de ella, comenzaba á mostrar desconfianza y odio, así como á todas las personas que le servían, en su continuo recelo de ser explotado y desposeído.

Dos veces había visto Clotilde á su padre, siempre muy alegre, rebosando negocios, convertido á la república, en pleno triunfo político y rentístico. Saccard la había llamado aparte, para explicarla que ese pobre Máximo era verdaderamente insoportable, y ella muy valerosa si consentía en ser su víctima. Como ella no podía hacerlo todo, hasta tuvo la atención de enviar al día siguiente á la sobrina de su peluquero, una

jovencita de diez y ocho años, llamada Rosa, muy rubia y de aire cándido, para que en adelante la ayudase á cuidar del enfermo. Por supuesto, Clotilde no se quejaba, sino que, por el contrario, hacía alarde de un ánimo igual, satisfecho, resignado con la vida. Sus cartas rebosaban valentía, sin cólera contra la cruel separación, sin desesperados llamamientos á la ternura de Pascual para que la volviese á llevar á su lado. Pero entre líneas, ¡cómo la presentía estremeciéndose rebelde, anhelante por él, dispuesta á la locura de regresar en el acto, á la menor palabra!

Y esa palabra era la que Pascual no quería escribir. Ya se arreglarían las cosas; Máximo se acostumbraría á su hermana; el sacrificio debía consumarse hasta el fin, ya que estaba realizado. Con una sola línea que escribiese en un minuto de debilidad, perdíase el beneficio, se reanudaba la miseria. Nunca había necesitado Pascual tener un valor más grande que cuando contestaba á Clotilde. Durante sus noches ardientes, forcejeaba y la llamaba furioso; se levantaba para escribirla, para llamarla en seguida, por telégrafo. Luego, de día, después de llorar mucho, se le aplacaba la fiebre; y su

respuesta era siempre muy corta, casi fría. Estaba en guardia contra cada una de sus frases, y cuando creía haberse descuidado, empezaba otra vez. ¡Pero qué tormento aquellas horribles cartas, tan breves, tan heladas, en que iba contra su corazón únicamente por desligarla de él, por tomar sobre sí todas las sinrazones y hacerla creer que podía olvidarle puesto que él la olvidaba!

Eran los últimos días de Octubre y había pasado un mes desde la marcha de Clotilde, cuando una mañana tuvo Pascual una brusca sofocación. En varias ocasiones había sentido ya ligeros ahogos, que achacaba al trabajo. Pero esta vez fueron tan claros los síntomas, que no pudo equivocarse: dolor punzante en la región cardíaca, que se extendía á todo el pecho y bajaba á lo largo del brazo izquierdo; horrible sensación de quebrantamiento y de angustia, en tanto que le bañada un sudor frío. Era un ataque de angina de pecho. El acceso no duró más que un minuto, y al pronto se quedó más sorprendido que asustado. Con esa ceguera que muchas veces tienen los médicos acerca del estado de su propia salud, nunca sospechó que pudiera tener lesiones en el corazón.

Precisamente al recobrar el aliento, subía

Martina á decir que el doctor Ramond estaba abajo, insistiendo de nuevo en ser recibido. Y cediendo acaso Pascual á una inconsciente necesidad de saber, exclamó:

—¡Pues bien! Que suba, ya que se empeña. Tendré mucho gusto en recibirle.

Los dos hombres se abrazaron, y no hubo más alusión á la ausente, á la que con su marcha había dejado desierta la casa, sino un enérgico y triste apretón de manos.

—¿A qué no sabe V. por qué vengo?—exclamó en seguida Ramond.—Por una cuestión de dinero... Sí: mi suegro, el señor Lévêque, el escribano á quien ya conoce V., me ha vuelto á hablar ayer de los fondos que tenía V. en casa del notario Grandguillot. Y le aconseja que se mueva V., pues dícese que algunas personas han conseguido recobrar algo.

—Ya sé que eso se arregla—dijo Pascual.—Martina ha cobrado ya doscientos francos, según creo.

Ramond pareció extrañarse mucho.

—¡Cómo! ¿Martina? ¿Sin que V. haya intervenido?... En fin, ¿quiere V. autorizar á mi suegro para que se ocupe de su asunto? El pondrá en claro las cosas, puesto que V. no tiene tiempo ni gusto para esa tarea.

—Ciertamente; autorizo al señor Lévêque, y dígale V. que le doy gracias mil.

Luego, convenido ya este asunto, habiendo notado el joven su palidez y preguntándole por su salud, respondió con una sonrisa:

—Imagínese, amigo mío, que acabo de tener un ataque de angina de pecho... ¡Ah! no es pura imaginación; no ha faltado ningún síntoma... Y ¡vamos! puesto qué está aquí, va V. á auscultarme.

Al pronto negóse Ramond, aparentando tomar á broma la consulta. ¿Acaso un recluta como él iba á atreverse á emitir un fallo acerca de su general? Pero, sin embargo, le examinaba, al verle con las facciones tirantes, angustiadas, y un raro extravío en el mirar. Concluyó por auscultarle con mucha atención, pegada al pecho la oreja. Transcurrieron varios minutos en profundo silencio.

—¿Y qué?—preguntó Pascual, cuando el joven médico se enderezó.

Este no habló en seguida. Sentía los ojos del maestro fijos en los suyos. No por eso los apartó; y ante la serena valentía de la pregunta, respondió con sencillez:

—¿Y qué? Es cierto: creo que hay esclerosis.

—¡Ah! Tiene V. la energía de no mentir—replicó el doctor.—Por un instante temí que mintiese V., y lo lamentaría de todas veras.

Ramond repetía la auscultación, diciendo á media voz:

—Sí, el choque es enérgico; el primer ruido es sordo, al paso que, por el contrario, el segundo es chillón... Se nota que el vértice desciende y se dirige hacia la axila... Hay esclerosis, ó por lo menos es muy probable...

Después añadió, levantándose:

—Veinte años se vive con eso.

—A veces, no cabe duda—dijo Pascual.—Y también se puede morir á escape, como de un tiro.

Siguieron la conversación, asombrándose con motivo de un extraño caso de esclerosis del corazón observado en el hospital de Plassans. Y al irse, anunció el joven médico que volvería en cuanto tuviese noticias del asunto de Grandguillot.

Cuando Pascual quedó sólo, comprendió que estaba perdido. Todo se aclaraba; sus palpitaciones de las últimas semanas, los vértigos, los ahogos; sobre todo, existía aquel desgaste del órgano, de su pobre corazón rendido de pasión y de trabajo, y el

sentimiento de inmensa fatiga y de próximo fin, acerca del cual ya no se hacía ilusiones ahora.

Sin embargo, no era temor lo que experimentaba. Su primera idea fué la de que también él, á su vez, pagaba su herencia, y que la esclerosis, esa especie de degeneración, era su lote de miseria fisiológica, el inevitable legado de su terrible ascendencia. Otros habían visto la lesión original, la neurosis, trocarse en vicio ó en virtud, en genio, en crimen, en alcoholismo, en santidad; algunos habían muerto tísicos, epilépticos, atáxicos; él había vivido de pasión é iba á morir del corazón. Y no temblaba, no se encolerizaba por esa herencia manifiesta, fatal y necesaria sin duda. Por el contrario, llenábale de humildad la certidumbre de que es mala toda rebeldía contra las leyes naturales. ¿Por qué se había jactado en otro tiempo, regocijado, con la idea de no pertenecer á su familia, de sentirse diferente y sin comunidad alguna con ella? Nada era menos filosófico. Sólo los monstruos brotan aparte. Y el pertenecer á su familia acababa por parecerle tan bueno y tan bello como pertenecer á otra cualquiera, porque, ¿no se asemejan todas ellas, y no es idéntica en todas partes la humani-

dad, con la misma suma de mal y de bien? Muy amansado y muy dulce ante la amenaza del sufrimiento y de la muerte, llegaba á aceptarlo todo de la triste vida.

Desde entonces, vivió Pascual con el pensamiento que podía morir de un momento á otro. Y esto acabó de engrandecerle, de elevarle hasta el completo olvido de sí mismo. No cesó de trabajar, pues nunca había comprendido mejor cómo el esfuerzo debe hallar en sí mismo su propia recompensa, siendo siempre transitoria la obra y habiendo de quedar inconclusa, á despecho de todo. Una noche, al tiempo de comer, le notició Martina que Sarteur, el oficial de sombrerero, el antiguo acogido en el Asilo de las Tulettes, acababa de ahorcarse. Toda la velada estuvo pensando en el caso extraño, en el hombre á quien creía haber salvado de la locura con su tratamiento por medio de las inyecciones hipodérmicas, y que, con toda evidencia, acometido por un acceso, tuvo suficiente lucidez aún para estrangularse en vez de apretar el gaznate á un transeunte. Le parecía volver á verle tan perfectamente razonable, mientras le aconsejaba que tornase á su vida de buen operario. ¿Qué era, pues, aquella fuerza de destrucción, esa necesidad

de homicidio trocándose en suicidio, la muerte cumpliendo su tarea á pesar de todo? Con ese hombre desaparecía su postrer orgullo de médico que sana, y cada día, al volver á ponerse á trabajar, no se creía ya sino el escolar que deletrea y busca siempre la verdad, á medida que ésta retrocede y se ensancha.

Pero, sin embargo, en medio de aquel sosiego final, un cuidado le quedaba: el de saber qué sería de *Bonifacio*, su decrépito rocín, si éste le sobreviviese. Ahora, el pobre animal, completamente ciego, con las piernas paralíticas, no abandonaba ya un momento su lecho de paja. Pero cuando iba á verlo su amo, le oía, volvía la cabeza, y era sensible á los dos sonoros besos que le plantaba á los lados de la nariz. Toda la vecindad se encogía de hombros y se burlaba del viejo pariente á quien el doctor se resistía á mandar descuartizar. ¿Iba á partir primero él, con la seguridad de que en seguida llamarían al desollador? Y una mañana, al entrar en la cuadra, ya no le oyó *Bonifacio* ni levantó la cabeza. Había muerto; yacía con aspecto apacible, como consolado por haber muerto allí dulcemente. Su amo se arrodilló, y le volvió á besar y le dijo adiós,

mientras por sus mejillas rodaban dos gordos lagrimones.

Aquel día vió Pascual por última vez á su vecino el señor Bellombre. Habiéndose acercado á una ventana, le divisó por encima de la tapia del jardín, al pálido sol de los primeros días de Noviembre, dando su habitual paseo; y el distinguir al antiguo profesor, que vegetaba tan perfectamente feliz, le produjo al pronto extrañeza. Parecíale no haber pensado nunca en que allí estaba un hombre de setenta años, sin mujer, sin hijo, sin un perro, y que cifraba toda su egoista felicidad en el goce de existir fuera de la vida. Después recordó sus iras contra ese hombre, sus sarcasmos contra su miedo á la existencia, las catástrofes que le deseaba, la esperanza de que llegaría el castigo: alguna moza ó manceba, alguna pariente ávida y hambrona, que sería la venganza. Pero no; volvía á verle siempre tieso, y comprendía que, durante mucho tiempo aún, seguiría envejeciendo así, duro, avaro, inútil y venturoso. Y, sin embargo, ya no le odiaba; antes bien, dábanle impulsos de condolerse de él: ¡tan ridículo y miserable le parecía al no ser amado! ¡Y él, que agonizaba porque se había quedado solo; él, cuyo corazón iba á

estallar porque estaba harto, repleto del ajeno amor! ¡Antes el sufrimiento y sólo el sufrimiento, que ese egoismo, que esa muerte de lo que hay de vivo y de humano dentro de nosotros!

La noche siguiente, Pascual tuvo otro ataque de angina de pecho, que le duró cerca de cinco minutos. Creyó ahogarse, sin tener fuerzas para llamar á su criada. Después, cuando recobró el aliento, no quiso molestarla y prefirió no hablar á nadie de la agravación de su dolencia; pero tuvo la certidumbre de que estaba acabado, que quizá no viviría un mes. Su primer pensamiento se enderezó á Clotilde. ¿Por qué no escribirla que viniese? Precisamente la víspera había recibido carta de ella, y quería contestarla esa mañana. Luego se le refrescó fuertemente la idea de sus legajos. Si se moría de pronto, su madre quedaría dueña de ellos y los destruiría; y no sólo los legajos, sino sus manuscritos, todos sus papeles, treinta años de su inteligencia y de trabajo suyo. Así se consumaría el delito que tanto había temido, cuyo solo temor, durante sus noches de fiebre, le hacía levantarse estremeciéndose, oído avizor, escuchando si forzaban el armario. Entráronle sudores; vióse despo-

seído, ultrajado, arrojadas á los cuatro vientos las cenizas de su obra. Y en seguida volvió á pensar en Clotilde, diciendo para sí que bastaba sencillamente con llamarla: ella vendría, le cerraría los ojos, defendería su memoria. Ya se había sentado al bufete, con prisa de escribir, para que saliese la carta en el correo de la mañana.

Pero cuando Pascual se vió con el pliego en blanco delante y con la pluma entre los dedos, apoderóse de él un escrúpulo creciente, un descontento de sí propio. Esa idea de los legajos, ese buen propósito de darles una guardiana y salvarlos, ¿no era una sugestión de su debilidad, un pretexto que él mismo se ofrecía para volver á ver á Clotilde? El egoísmo estaba en el fondo. Pensaba en sí y no en ella. La vió volver á la pobre casa y condenarse á cuidar á un viejo enfermo; la vió, sobre todo, con el dolor y espanto de su agonía, cuando llegara el trance de aterrorizarla quedándose muerto entre sus brazos. ¡No, no! Tan horrible momento quería evitárselo, y con él algunos días de crueles despedidas y la miseria después, triste regalo que no podía hacerla sin creerse criminal. Sólo debía tener en cuenta el sosiego, la dicha de ella ¡Qué importaba lo demás! Moriría en su agujero, satisfecho con creerla feliz. En cuanto á salvar sus manuscritos, vería si encontraba fuerza para separarse de ellos, entregándoselos á Ramond. Y hasta si hubieran de perecer todos sus papeles, consentía en ello y pasaba con gusto porque no existiese rastro de la valiente obra, ni siquiera su pensamiento, con tal que en lo sucesivo nada turbase la existencia de su querida mujer.

Así, pues, Pascual se puso á escribir una de las respuestas de costumbre, que voluntariamente hacía con gran trabajo, insignificantes y casi frías. Clotilde, sin quejarse de Máximo, daba á entender en su última carta que su hermano no la hacía ningún caso, y que le divertía mucho más Rosa, la sobrina del peluquero de Saccard, aquella jovenzuela muy rubia y de cándido aspecto. Y él husmeaba alguna maniobra del padre, una hábil captación en torno de la butaca del inválido, de quien sus vicios, tan precoces antaño, volvían á apoderarse con la proximidad de la muerte. Pero á pesar de su inquietud, no por eso dejaba de dar buenísimos consejos á Clotilde, repitiéndola que su deber era el de sacrificarse hasta el último trance. Cuando puso la firma, las lágrimas le anublaban los

ojos. Aquello era su sentencia de animal envejecido y solitario; lo que firmaba era su muerte sin un beso, sin una mano amiga. Después le ocurrieron algunas dudas: ¿obraba bien al dejarla por allá, en aquel medio pervertido, donde en torno suyo bullía todo género de abominaciones?

El cartero llevaba á la Souleiade todas las mañanas las cartas y los periódicos, á cosa de las nueve; y Pascual, cuando escribía á Clotilde, había adquirido la costumbre de acechar para entregarle la carta y estar así bien seguro de que no le interceptaban la correspondencia. Pues bien; aquella mañana, como bajase á darle la que acababa de escribir, quedóse sorprendido al recibir otra de la joven, extraordinaria y fuera de ritmo. Sin embargo, dejó que marchase la suya. En seguida volvió á subir, ocupó de nuevo su sitio detrás de la mesa y rompió el sobre.

Y á las primeras líneas, fué grande su asombro, su estupefacción. Clotilde le escribía que estaba en cinta, de dos meses. Si había vacilado tanto antes de anunciarle la noticia, era porque ella misma deseaba tener absoluta certeza. Ahora ya no podía equivocarse. Con seguridad, la concepción procedía de los últimos días de Agosto, de aquella

noche feliz en que ella le había dado aquel regio banquete de juventud, la noche de su correría de miseria de puerta en puerta. ¿Acaso no habían sentido en uno de sus estrechos abrazos la voluptuosidad acrecentada y divina del que engendra? Al primer mes de su llegada á París, había tenido dudas, creyendo en un retraso, en una indisposición, muy explicable en medio del trastorno y los pesares de su marcha. Pero no habiendo visto aún nada al cumplirse el segundo mes, había esperado unos días, y hoy estaba segura de su preñez, confirmada además por todos los síntomas. La carta era breve, noticiando sencillamente el hecho; y, sin embargo, llena de júbilo ardiente, de arranques de infinita ternura, con deseos de inmediato regreso.

Enloquecido, temeroso de no comprender bien, Pascual releyó la carta. ¡Un hijo! ¡Aquél hijo por cuya falta se menospreciaba á sí mismo en el día de la marcha, entre el gigantesco soplo desolado del *mistral;* hijo que estaba ya allí, que ella se llevaba consigo, cuando miraba Pascual huir el tren á lo lejos por la llanura rasa! ¡Oh! Aquella era la verdadera obra, la única buena, la única viviente, la que le colmaba de ventura

y de orgullo. Habían desaparecido sus trabajos, sus temores acerca de la herencia. Iba á existir un hijo. ¿Qué importa lo que sería, con tal de que fuese la continuación, la vida perpetuada, el otro *yo?* Quedóse conmovido hasta el fondo de las entrañas, con tierno escalofrío de todo su ser. Se reía, hablaba en alta voz, besaba la carta con locura.

Un ruido de pasos le llamó al mundo exterior. Volvió la cabeza, y vió á Martina.

—Señor, abajo está el doctor Ramond.

—¡Ah, que suba, que suba!

Era otra dicha que llegaba. Ramond gritó alegremente desde la puerta:

—¡Victoria, maestro! Le traigo á V. su dinero; no todo, pero una bonita cantidad.

Y contó lo sucedido: un caso de buena suerte imprevista, puesto en claro por su suegro el señor Lévêque. Los recibos de los ciento veinte mil francos que constituían á Pascual acreedor personal de Grandguillot, no servían de nada, puesto que éste era insolvente. Su salvación procedía del poder que, á petición suya, le entregó el doctor un día para emplear todo ó parte de su dinero en préstamos hipotecarios. Como el nombre del mandatario estaba en blanco, según muchas veces suele hacerse, el notario había tomado por testaferro á uno de sus pasantes; y de esta suerte se habían hallado ochenta mil francos colocados en buenas hipotecas, por mediación de un hombre pundonoroso, enteramente ajeno á los negocios de su principal. Si Pascual hubiera sido activo, acudiendo á los tribunales, el enredo estaría deshecho mucho antes. En resumen, volvían á ingresar en su bolsillo cuatro mil francos de renta segura.

Agarró las manos del joven y se las apretó, con los ojos llenos aún de lágrimas.

—¡Ay, amigo mío, si supiese V. cuán feliz soy! Esta carta de Clotilde me trae una inmensa dicha. Sí, iba á llamarla á mi lado; pero el pensar en mi miseria, en las privaciones que iba á imponerla, me amargaba el gozo de su regreso... ¡Y hete aquí que vuelve la fortuna, ó, por lo menos, lo necesario para que mi gente no pase apuros!

En la expansión de su enternecimiento, había tendido la carta á Ramond, obligándole á leerla. Después, cuando el joven se la devolvió risueño y conmovido de verle tan trastornado, cedió á una necesidad impetuosa de ternura y le estrechó entre sus dos largos brazos, como á un camarada, como

á un hermano predilecto. Los dos médicos se besaron con fuerza en las mejillas.

—Puesto que la buena suerte le envía, voy á pedirle otro favor. Ya sabe V. que desconfío de todo el mundo aquí, hasta de mi antigua criada. Me va V. á llevar un parte al telégrafo.

Sentóse de nuevo á la mesa y escribió sencillamente: "Te espero, sal esta noche."

—Veamos—prosiguió:—hoy estamos á 6 de Noviembre, ¿no es así?... Son cerca de las diez: recibirá mi telegrama á eso de mediodía. Tiene tiempo de arreglar la maleta y tomar, sin dilación, el expreso de la noche, el cual la dejará mañana en Marsella para la hora de almorzar. Pero como no hay tren que enlace en seguida, no podrá estar aquí sino en el tren de las cinco, mañana 7 de Noviembre.

Después de doblar el parte, se levantó.

—¡Dios mío, mañana, á las cinco!... ¡Cuánto falta aún!... ¿Qué voy á hacer hasta entonces?

Luego, impulsado por una preocupación cada vez más grave, dijo:

—Ramond, compañero mío, ¿quiere V. darme una gran prueba de amistad siendo muy franco conmigo?

—¿Cómo, maestro?

—Sí, ya me entiende V.... El otro día me reconoció. ¿Piensa V. que aún puedo tirar un año?

Y tenía fija la mirada en el joven, impidiéndole apartar los ojos. Sin embargo, Ramond trató de escaparse por la tangente, echándolo á broma: ¿todo un medicazo era quien hacía tal pregunta?

—Se lo suplico, Ramond, hablemos en serio.

Entonces el interrogado contestó con toda sinceridad que á su parecer podía muy bien alimentar la esperanza de vivir un año aún. Daba sus razones: el estado relativamente poco avanzado de la esclerosis, la cabal salud del resto de los órganos. Sin duda, algo había que conceder á lo desconocido, á lo impensado, porque siempre era posible el accidente repentino. Y ambos se pusieron á discutir el caso, con tanta tranquilidad como si hubiesen estado en consulta á la cabecera de un enfermo, pesando el pro y el contra, emitiendo cada cual sus argumentos, fijando de antemano la terminación fatal, según los indicios mejor asentados y más prudentes.

Como si se tratase de otra persona, Pas-

cual recobraba su sangre fría, su heroico olvido abnegado, inconsciente, del propio sufrimiento.

—Sí—murmuró á la postre—tiene V. razón: quizá obtenga un año de plazo... ¡Ay, amigo mío! Vea V.... lo que yo pediría serían dos años; loco deseo, sin duda, una eternidad de júbilo...

Y abandonándose á este ensueño de porvenir, añadió:

—El hijo nacerá á fines de Mayo... ¡Sería tan hermoso verle crecer un poco, hasta los diez y ocho, los veinte meses, vaya, nada más! Sólo el tiempo preciso para que se suelte un poco y dé los primeros pasitos... No pido mucho: verle andar; y después, ¡Dios mío!, después...

Completó su pensamiento con un ademán. Y luego, apoderándose de él la ilusión:

—Dos años no son ningún imposible. Yo tuve un caso muy curioso, un carretero del arrabal; vivió cuatro años contra todas mis previsiones... ¡Dos años, dos años! ¡Los viviré, necesito vivirlos!

Ramond, que había bajado la cabeza, ya no contestaba. Tuvo escrúpulo de haberse mostrado harto optimista; y la alegría del maestro le inquietaba y se le hacía dolorosa,

cual si esa misma exaltación, al perturbar un cerebro tan firme en otro tiempo, le avisase que existía un peligro inminente y confuso.

—¿No quería V. enviar este telegrama al momento?

—¡Sí, sí! Vaya V. pronto, mi buen Ramond, y pasado mañana le espero. Aquí estará ella, y quiero que venga V. á abrazarnos.

El día se le hizo muy largo. Y aquella noche, hacia las cuatro de la madrugada, cuando Pascual acababa de conciliar el sueño, después de un feliz insomnio de esperanzas y de ilusiones, le despertó brutalmente una crisis espantosa. Le pareció que un peso enorme, la casa entera, le había caído encima del tórax, hasta el punto de juntarle el pecho con la espalda; ya no respiraba; el dolor subía á los hombros, al cuello, y le paralizaba el brazo izquierdo. Por supuesto, conservaba íntegro el conocimiento, sintiendo que el corazón se le paraba y que su vida estaba á punto de extinguirse bajo la horrible prensa que le asfixiaba. Antes de que el acceso llegase al período culminante, había tenido fuerzas para levantarse y golpear el suelo con un bastón para hacer que subiese

Martina. Luego había vuelto á caer en la cama, sin poder moverse ni hablar ya, empapado en frío sudor.

En el silencio sepulcral de la casa vacía, por fortuna Martina le había oído. Vistióse, se echó un mantón y subió rápida, con una vela. La noche aún estaba oscura, la alborada ya próxima. Y cuando vió á su amo, en quien sólo vivían los ojos, con las mandíbulas encajadas, paralítica la lengua, desfigurado el rostro por terrible angustia, clavados en la que entraba los dolientes ojos, espantóse, y, despavorida, no pudo más que arrojarse hacia la cama, gritando:

—¡Dios mío, Dios mío! Señor, ¿qué tiene V....? ¡Respóndame, señor, que me da V. miedo!

Durante un minuto largo, Pascual siguió ahogándose cada vez más, sin conseguir recobrar el aliento. Después (aflojándose poco á poco la prensa que trituraba sus costillas) murmuró muy quedo:

—Los cinco mil francos de la cómoda son de Clotilde... La dices que todo está arreglado en casa del notario, y que allí encontrará con qué vivir...

Entonces Martina, que le había escuchado con la boca abierta, se desesperó, confesó

su mentira, ignorando la buena nueva anunciada por Ramond.

—Señor, perdóneme V., he mentido. Pero estaría mal hecho mentir más... Cuando le vi á V. solo y tan desgraciado, tomé de mi dinero...

—¡Pobre hija mía, eso hiciste!

—¡Oh! ¡Yo esperaba que el Señor me lo devolvería con el tiempo!

Calmábase el acceso; pudo volver la cabeza y mirarla. Estaba estupefacto y enternecido. ¿Qué había pasado en el corazón de la avara solterona, que durante treinta años había reunido duramente su tesoro y jamás le quitaba una moneda de cinco céntimos, ni para los demás ni para ella misma? No comprendió aún, pero quiso mostrarse agradecido y bondadoso.

—Eres una buena mujer, Martina. Todo te será devuelto... Creo que me voy á morir...

No le dejó acabar ella, rebelándose con un sobresalto de todo su ser, con un grito de protesta.

—¡Morir V., señor!... ¡Morir antes que yo! ¡No quiero; haré todo lo que se puede hacer en el mundo, lo impediré!

Echándose de rodillas delante de la cama le cogió con manos temblorosas, palpando

para saber dónde le dolía, reteniéndole como si esperase que no se atreverían á arrebatárselo.

—Dígame V. lo que tiene; yo le cuidaré, yo le salvaré. Si es necesario darle á V. mi vida, se la daré, señor... Puedo pasarme aquí los días y las noches. Aún estoy fuerte; seré más fuerte que el mal, ya lo verá V... ¡Morir, morir V.! Eso no es posible. ¡Dios misericordioso no puede querer injusticia semejante! ¡Tanto le he rezado en mi vida, que algo tiene que atenderme; y me atenderá, señor, le salvará!

Pascual la miraba, la oía, y veía claro de pronto. ¡Le amaba la mísera servidora; le había amado siempre! Recordaba sus treinta años de ciega fidelidad, su adoración muda de otros tiempos, cuando le servía de rodillas siendo ella joven; más tarde, sus sordos celos de Clotilde y todo lo que inconscientemente había debido de sufrir en tal época. Y allí estaba también hoy de rodillas, delante de su lecho mortuorio, con los cabellos grises, los ojos de color de ceniza, el pálido rostro de monja alelada por el celibato. Y comprendía que ella lo ignoraba todo, sin saber ni siquiera con qué clase de amor le había amado, no amando á nadie más que á él, por

la dicha de amarle, de estar á su lado, y de servirle.

Llenáronse de lágrimas los ojos de Pascual. De su pobre corazón medio destrozado se desbordaban una lástima dolorosa, una infinita ternura humana. La habló así:

—¡Pobre hija mía! eres la mejor de las muchachas... ¡Anda! ¡Abrázame como me quieres, con toda tu fuerza!

También ella sollozaba. Dejó caer sobre el pecho de su amo su cabeza gris, su rostro ajado por su larga servidumbre doméstica, y le besó frenéticamente poniendo en ese beso toda su vida.

—¡Bueno! No nos enternezcamos; porque, mira, por más que discurras, de todas maneras esto es el acabóse... Si quieres que te ame, vas á obedecerme.

Ante todo, se empeñó en no quedarse en su alcoba: le parecía helada, alta, vacía, negra. Habíanle entrado ganas de morir en la otra alcoba, la de Clotilde, aquella donde ambos se amaron, donde él no entraba sino con temblor religioso. Y fué preciso que Martina tuviese la abnegación postrera, que le ayudase á levantarse, le sostuviese y le condujese, tambaleándose, hasta la cama aun tibia. Había cogido él de debajo de la almo-

hada la llave del armario, que ponía todas las noches allí, y volvió á ocultar la llave debajo de la otra almohada, para vigilarla mientras estuviese vivo. Apenas empezaba á clarear el día; la criada había puesto la vela encima de la mesa.

—Ahora que estoy acostado y que respiro un poco mejor, me vas á complacer yéndote á escape á casa del doctor Ramond... Le despiertas, y te le traes contigo.

Ella obedecía cuando le acometió á él un temor.

—Y, sobre todo, te prohibo que vayas á avisar á mi madre.

Afanosa, suplicante, volvióse Martina.

—¡Oh! señor; ¡y la señora Felicidad que me ha hecho prometer mil veces...!

Pero Pascual estuvo inflexible. Toda su vida se había mostrado deferente con su madre, y creía haber adquirido el derecho de defenderse contra ella en el punto de la muerte. Se negaba á verla. La criada tuvo que jurarle ser muda. Sólo entonces recobró él la sonrisa.

—Vete pronto... ¡Oh! Me volverás á ver; no es cosa tan apremiante.

Por fin alboreaba el triste amanecer de una pálida mañana de Noviembre. Pascual

había mandado abrir los postigos de la ventana, y cuando estuvo á solas, miró crecer aquella luz, sin duda la del último día que le quedaba de vida. La víspera había llovido, y el sol permanecía velado, tibio aún. De los vecinos plátanos ascendía el músico y parlero rumor del despertar de los pájaros, al paso que muy lejos, en el fondo de la campiña dormida, silbaba una locomotora con lamento continuo. Y él estaba solo, solo en el tétrico caserón, cuyo vacío sentía en torno y cuyo silencio escuchaba. El día iba esclareciendo con lentitud, y él continuaba siguiendo con la vista la mancha ensanchada y blanquecina á través de los vidrios. Luego quedó anegada en luz la llama de la vela y apareció por completo el dormitorio. Esperaba que esto le aliviase y no se vió defraudado: dábanle consuelos la colgadura de color de aurora, cada uno de los muebles que le eran familiares, la ancha cama donde tanto amó y donde se había acostado para morir. Bajo el alto cielo raso, en la estancia escalofriadora, seguía flotando un puro olor de juventud, una infinita dulzura de amor que le envolvía como caricia fiel y le reconfortaba.

Sin embargo, aunque lo agudo de la crisis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

había pasado, Pascual sufría horrorosamente. Quedábale aún en la caja del pecho un dolor punzante, y el brazo izquierdo, adormecido, le pendía del hombro, pesado cual un brazo de plomo. En la interminable espera del socorro que Martina iba á traerle, había concluido por fijar todo su pensamiento en aquel dolor que su carne sufría. Y se resignaba, sin experimentar la rebelión que en él producía en otro tiempo el sólo espectáculo del dolor físico. Antes le desesperaba, como una crueldad monstruosa é inútil. En medio de sus dudas respecto á curar sanando, sólo cuidaba á sus enfermos por combatirlo. Al acabar por aceptarlo, hoy que él mismo sufría su tormento, ¿habría subido un peldaño más de su fe en la vida, hasta esa cima serena donde la vida aparece como bien total, aun previa la condición fatal del sufrimiento, que tal vez es su resorte? ¡Sí! Vivir toda la vida, vivirla y soportarla toda, sin creer que se mejoraría haciéndola indolente; esta verdad brillaba ante sus ojos de moribundo, como el secreto del gran valor y la cordura magna. Y para entretener su espera y divertir su mal, reanudaba sus teorías últimas, soñaba el medio de utilizar el sufrimiento y transformarlo en acción, en

trabajo. Si á medida que el hombre se eleva en la escala de la civilización siente cada vez el dolor, es muy cierto que también se hace más fuerte, más resistente, más armado. El órgano, el cerebro que funciona, se desarrolla y fortalece, con tal que no se rompa el equilibrio entre las sensaciones que recibe y el trabajo que produce. En ese caso, ¿no puede soñarse una humanidad en que la suma del trabajo equivalga con tal exactitud á la suma de las sensaciones, que el mismo dolor tenga empleo y quede como abolido?

Salía ya el sol, y Pascual daba vueltas confusamente á esas remotas esperanzas, cuando sintió nacer del fondo de su pecho nueva crisis. Tuvo un momento de ansiedad atroz: ¿era aquello el fin? ¿Iba á morir solo? Pero, justamente, rápidos pasos subían la escalera: entró Ramond, seguido de Martina. Y el enfermo tuvo tiempo de decirle antes de ahogarse:

—¡Inyécteme, inyécteme V. en seguida, con agua pura!

Por desgracia el médico tuvo que buscar la jeringuilla, y luego prepararlo todo. Esto duró algunos minutos, y el ataque fué espantoso. Seguía sus progresos con ansiedad, las facciones que se desencajaban, los labios

que azuleaban. Por último, cuando hubo practicado la inyección, advirtió que los fenómenos, estacionarios por un instante, disminuían después lentamente en intensidad. También esta vez quedó evitada la catástrofe.

Pero en cuanto se le pasó el ahogo, echando Pascual una mirada al reloj de pared, dijo con voz débil y tranquila:

—Amigo mío, son las siete... Dentro de doce horas, esta tarde á las siete, habré muerto.

Y como el joven quisiese protestar, dispuesto á discutir, le atajó la palabra, diciendo:

—No, no mienta V. Ha presenciado el acceso, y tan enterado está V. como yo... En lo sucesivo, todo va á desarrollarse de un modo matemático; y hora por hora, podría describirle á V. las fases del mal...

Interrumpióse para respirar difícilmente; y después añadió:

—Por supuesto, no me quejo de nada, estoy contentísimo... Clotilde llegará á las cinco; no pido más que verla y morir entre sus brazos.

Sin embargo, no tardó en sentir notable mejoría. El efecto de la inyección era verdaderamente milagroso; y pudo sentarse en la cama, con la espalda reclinada en almohadones. La voz iba siendo fácil; jamás había parecido más grande la lucidez del cerebro.

—Sepa V., maestro—dijo Ramond—que no le abandono. He dicho á mi mujer que íbamos á pasar el día juntos; y por más que diga V., espero que no será el último... ¿No es así? Permítame V. que esté como en mi casa.

Pascual se sonreía. Dió órdenes á Martina y quiso que se ocupase del almuerzo para Ramond. Si la necesitasen, la llamarían. Y los dos hombres se quedaron solos, en grata conversación íntima; el uno acostado, con sus grandes barbas blancas, discurriendo como un sabio; el otro sentado á la cabecera, atendiendo, mostrando la deferencia del discípulo.

—En verdad—murmuró el maestro, como si hablase consigo mismo—es extraordinario el efecto de estas inyecciones.

Luego, alzando la voz, prosiguió, casi alegre:

—Mi amigo Ramond, quizá no sea ningún gran regalo el que le hago, pero quiero dejarle mis manuscritos. Sí; Clotilde tiene orden de entregárselos, cuando yo no exista...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Regístrelos V.; tal vez encuentre cosas no del todo malejas. Si algún día saca V. de ellos alguna buena idea, mejor para todo el mundo.

Y tomando pie del legado, dictó su testamento científico. Tenía clara conciencia de no haber sido más que un trabajador solitario, un precursor que esboza teorías, tantea en la práctica y fracasa por efecto de su método bárbaro. Recordó su entusiasmo cuando había creído descubrir la panacea universal con sus inyecciones de sustancia nerviosa; luego sus desastres, sus desesperaciones, la muerte impensada de Lafouasse, la tisis llevándose á pesar de los pesares á Valentín, la locura apoderándose victoriosa otra vez de Sarteur y estrangulándole. Por eso se iba de este mundo lleno de dudas, sin tener ya la fe necesaria al médico que ha de curar; tan enamorado de la vida, que había concluido por poner en ella su única creencia, seguro de que sólo de ella sacaría su salud y su fuerza. Pero no quería cerrar el porvenir, y, por el contrario, conceptuábase dichoso al legar á la juventud su hipótesis. Cada veinte años cambian las teorías y sólo quedan inconmovibles las verdades adquiridas, sobre las cuales prosigue la ciencia

construyendo. Aunque no tuviese más mérito que aportar la hipótesis de un momento, no sería perdido su trabajo; porque el progreso consiste de seguro en el esfuerzo, en la inteligencia siempre en marcha. Después, ¿quién sabe? por más que muriese turbado y rendido, sin realizar su esperanza con las inyecciones, vendrían otros obreros jóvenes, ardientes, convencidos, que recogerían la idea, la aclararían, la ensancharían. Y quizá arrancase de ahí todo un siglo, un mundo nuevo.

¡Ah! mi querido Ramond—continuó.—¡Si se volviese á vivir otra vida!... Sí, volvería á empezar, proseguiría en mi idea, pues últimamente me llamó mucho la atención el extraño resultado de que las inyecciones de agua pura eran también eficaces... Así, pues, no importa el líquido inyectado: no hay en esto sino una sencilla acción mecánica... Todo este último mes he escrito mucho acerca del caso. Encontrará V. notas, observaciones curiosas... En resumen, hubiese llegado á creer únicamente en el trabajo, á cobrar la salud en el fuego equilibrado de todos los órganos: una especie de terapéutica dinámica, si me puedo atrever á emplear esta palabra.

Apasionábase poco á poco, y llegaba á olvidarse de lo próximo de la muerte, para no pensar en su ardiente curiosidad por la vida. Y á grandes rasgos bosquejaba su última teoría. El hombre está rodeado por un medio, la naturaleza, que con sus contactos irrita perpetuamente las terminaciones sensitivas de los nervios. De ahí el que entren en acción no sólo los sentidos, sino la superficie total, exterior é interior del cuerpo. Estas sensaciones son las que, al repercutir en el cerebro, en la medula, en los centros nerviosos, se transforman allí en tenacidad, en movimientos y en ideas. Y tenía la convicción de que el estar sano consiste en la marcha normal de este trabajo: recibir las sensaciones, convertidas en ideas y movimientos, y alimentar así la máquina humana por medio del juego regular de los órganos. De este modo, el trabajo llega á ser la gran ley, el regulador del universo viviente. En tal caso, si se rompe el equilibrio, si dejan de bastar las excitaciones exteriores, es necesario que la terapéutica crée otras artificiales, de manera que se restablezca la tenacidad, en la cual consiste el estado de perfecta salud. Y pensaba en una nueva medicación: la sugestión, la omnipotente autoridad del médico, para los sentidos; la electricidad, las friegas, el amasamiento, para la piel y los músculos; las dietas alimenticias, para el estómago; los baños de aire en las altas mesetas, para los pulmones; por último, la transfusión, las inyecciones hipodérmicas de agua destilada, para el aparato circulatorio. La acción innegable y puramente mecánica de estas últimas es lo que le había puesto sobre la pista, y ahora no hacía sino extender la hipótesis, por una necesidad de espíritu generalizador. Veía de nuevo salvado el mundo con este equilibrio perfecto, tanto trabajo producido como sensación recibida: el ritmo del mundo, restablecido en su labor eterna.

Después, echóse francamente á reir.

—¡Bueno! ¡Ya me disparé otra vez!.. ¡Y yo que creo que en el fondo lo único sensato es no intervenir, dejar que obre la naturaleza! ¡Ah, viejo loco é incorregible!

Pero Ramond le había agarrado ambas manos, en un arranque de ternura y de admiración.

—¡Maestro, maestro, la pasión, la locura como la de V. es madre del genio!... No tema V.; le he escuchado y trataré de ser digno de su herencia. Y creo, como V., que tal

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vez en esa teoría se encierra el glorioso porvenir.

En la alcoba melancólica y tranquila se puso á hablar Pascual con la valiente serenidad de un filósofo moribundo que explica su última lección. Ahora, insistía en sus observaciones personales y explicaba que á menudo se había sanado á sí propio con el trabajo, un trabajo ordenado y metódico, sin llegar á la fatiga. Dieron las once, se empeñó en que Ramond almorzase, y siguió la conversación desde muy lejos y en voz muy alta, mientras Martina servía. El sol había concluido por atravesar las grises nubes de la mañana, un sol medio velado aún y muy suave, cuyo dorado resplandor templaba la espaciosa estancia. Después, como acabase de beber unos cuantos tragos de leche, se calló.

En este momento, el joven médico estaba comiendo una pera.

—¿Vuelve V. á notar dolor?

—No, no, concluya V.

Pero no pudo mentir. Era una crisis, y terrible. Vino la sofocación como un rayo y le hizo caer hacia atrás encima de la almohada, con la cara azul ya. Había cogido á puñados la sábana con las dos manos, y se agarraba

á ella como para encontrar punto de apoyo y levantar la mole horrible que le aplastaba el pecho. Aterrado, inmóvil, tenía los ojos muy abiertos y fijos en el reloj de pared, con espantosa mirada de desesperación y de dolor. Y durante diez minutos largos, estuvo á punto de morir.

En seguida le inyectó Ramond. El alivio se produjo con lentitud, disminuía la eficacia.

En cuanto volvió á la vida, gruesas lágrimas brotaron de los ojos de Pascual. No hablaba aún; lloraba. Luego, mirando siempre el reloj con turbia ojeada, dijo:

—Amigo mío, me moriré á las cuatro; ya no la veré.

Y como Ramond, por distraerle de sus pensamientos, afirmase que no estaba tan próxima la terminación, contra la evidencia, apoderóse de él otra vez el entusiasmo científico y quiso darle las últimas lecciones, fundadas en los hechos observados directamente. Había tenido á su cargo varios casos como el presente, y, sobre todo, recordaba haber disecado en el hospital el corazón de un pobre viejo atacado de esclerosis.

—Veo mi corazón... Está color de hoja seca, sus fibras son quebradizas, parece

adelgazado, aunque un poco aumentado de volumen. El proceso inflamatorio ha tenido que endurecerlo; se cortaría con dificultad...

Prosiguió en voz más baja. Acababa de sentir flojear su corazón, cuyas contracciones se volvían débiles y lentas. En vez de la columna de sangre normal, ya no salía por la aorta más que una baba roja. Detrás, estaban las venas, inyectadas de sangre negra; aumentaba la disnea, á medida que iba retardándose la bomba aspirante é impelente, reguladora de toda la máquina. Y después de la inyección, á pesar del sufrimiento, había sobrevenido el progresivo despertar del órgano, el latigazo que volvía á ponerlo en marcha, barriendo la sangre negra de las venas, é insuflando de nuevo la fuerza con la roja sangre de las arterias. Pero en cuanto cesara el efecto mecánico de la inyección, se repetiría el acceso. Podía predecirlo, con pocos minutos de diferencia. Gracias á las inyecciones, aún resistiría dos accesos. El tercero acabaría con él; moriría á las cuatro.

Luego, con voz cada vez más débil, manifestó el postrer entusiasmo, acerca del brío del corazón, tenaz obrero de la vida, siempre laborioso en todos los segundos de

la existencia, hasta durante el sueño, cuando descansan perezosos los demás órganos.

—¡Ah, valiente corazón, cuán heroicamente luchas!... ¡Qué fe, qué generosidad la de este músculo, nunca rendido!... ¡Has amado en extremo, has latido en demasía, y por eso te rompes, corazón animoso, que no quieres morir y te alzas para seguir latiendo!

Presentóse el primer ataque anunciado. Pascual salió de él, nada más que para quedar jadeante, con ojos huraños, sibilante y penosa la palabra. A pesar de su valor, se le escapaban sordas quejas: ¡Dios mío! ¿No acabará este suplicio? Y, sin embargo, no tenía más que un ardiente deseo, el de prolongar su agonía y vivir hasta abrazar por última vez á Clotilde. ¡Si se equivocase, como Ramond se obstinaba en repetir! ¡Si pudiese vivir hasta las cinco! Sus ojos estaban vueltos hacia el reloj, sin abandonar ya las manecillas, dando á los minutos la importancia de una eternidad. En otra época solían bromear con este reloj, de estilo del Imperio, un poste de bronce dorado, en el cual se apoyaba el Amor, contemplando sonriente al Tiempo dormido. Señalaba las tres. Luego, señaló las tres y media. ¡Nada más

que dos horas de vida, otras dos horas de vida, Dios mío! El sol descendía hacia el horizonte; del pálido cielo de invierno desprendíase una gran quietud; y Pascual escuchaba á ratos las lejanas locomotoras que silbaban á través de la llanura rasa. Ese tren era el que iba á las Tulettes. ¡El otro, el que venía de Marsella, no llegaría jamás!

A las cuatro menos veinte, Pascual hizo señas á Ramond para que se acercase. Ya no hablaba lo bastante fuerte para dejarse oir.

—Para que pudiese yo vivir hasta las seis, sería preciso que el pulso fuese menos bajo. Aún lo esperaba, pero el segundo movimiento casi no se produce ya...

Y, entre un murmullo, nombró á Clotilde. Era un adiós tartamudeado y desgarrador, el horrible pesar que sentía de no volver á verla.

En seguida reapareció el afán por sus manuscritos; una fiebre de inquietud encendió un instante sus ojos.

—No me abandone V.... La llave está debajo de mi almohada. Diga V. á Clotilde que la coja; ya sabe lo que tiene que hacer.

A las cuatro menos diez la inyección no produjo ningún efecto. E iban á dar las cuatro, cuando se declaró el segundo ataque. Bruscamente, después de haber estado ahogándose, se tiró de la cama y quiso levantarse y andar, en un despertar de sus fuerzas. Impelíale adelante, á ir lejos, una necesidad de espacio, de luz, de aire libre. Luego, fué un llamamiento irresistible de la vida, de toda su vida, á la cual oía venir hacia él, desde el fondo de la sala inmediata. Y acudió allí, tambaleándose, sofocándose, encorvado á la izquierda, agarrándose á los muebles.

El doctor Ramond se había precipitado con presteza á contenerle.

—¡Maestro, maestro, vuelva V. á acostarse, se lo suplico!

Pero Pascual se empeñaba sordamente en concluir de pie. Persistía en él, y le arrebataba como una tromba la pasión de vivir aún y la idea heroica del trabajo. Tenía estertores, balbuceaba:

—No, no... allá lejos, allá lejos...

Fué preciso que su amigo le sostuviese, y así marchó dando traspiés y huraño hasta el fondo de la sala, donde se dejó caer en una silla delante de la mesa, en que había una página comenzada, entre el desorden de los papeles y de los libros.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Respiró allí un momento; sus párpados se cerraron. Bien pronto los volvió á abrir, al paso que sus manos buscaban, palpando, el trabajo. Encontraron el árbol genealógico, en medio de otras notas desparramadas. Todavía la antevíspera estuvo rectificando fechas en él. Y lo reconoció, lo atrajo hacia sí, lo desdobló.

—¡Maestro, maestro, se mata V.!—repetía Ramond estremeciéndose, conmovido de lástima y de admiración.

Pascual no escuchaba, no atendía. Sintió rodar un lápiz bajo sus dedos. Lo cogió é inclinóse, como si sus ojos medio apagados no viesen ya; y, por última vez, pasó revista á los miembros de la familia. Detúvose delante del nombre de Máximo, con la certeza de que su sobrino no saldría del año, y escribió: "Muere atáxico, en 1873.„ En seguida le llamó la atención, al lado, el nombre de Clotilde; y completó también la nota, poniendo: "De su tío Pascual, tiene un hijo en 1874.„ Pero buscaba, desfalleciendo, extraviándose, su propio nombre. Cuando por fin se hubo encontrado á sí mismo, adquirió firmeza su mano, y con letra altiva y valiente se escribió el epitafio. "Muere de una lesión al corazón el 7 de Noviembre de 1873.„ Aquel fué

el esfuerzo supremo; iba en aumento el estertor, se ahogaba, cuando encima del nombre de Clotilde vió la hoja en blanco. Sus dedos ya no podían sostener el lápiz. Sin embargo, con letra desfallecida, por donde pasaba la ternura dolorosa, el enloquecido desorden de su pobre corazón, añadió: "El hijo en gestación, que nacerá en 1874, ¿cómo será?„ Le dió un síncope; á duras penas pudieron llevarle á la cama Martina y Ramond.

La tercera crisis ocurrió á las cuatro y cuarto. En este postrer acceso de sofocación, el rostro de Pascual expresó terrible sufrimiento. Tenía que soportar hasta el fin su martirio de hombre y de sabio. Sus turbios ojos parecieron buscar aún el reloj para saber la hora. Y viéndole Ramond mover los labios, se inclinó y prestó oído. En efecto, murmuraba palabras tan leves que eran un soplo.

—Las cuatro... El corazón se detiene, ya no manda sangre roja á la aorta. La válvula se reblandece y se desgarra...

Un estertor horrible le sacudió; el tenue soplo venía de lejos.

—Esto va demasiado aprisa... No me abandonéis, la llave está debajo de la almohada... ¡Clotilde, Clotilde!...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Martina había caído de rodillas al pie de la cama ahogándola los sollozos. No había esperanza, el señor se moría. No se atrevió á ir en busca de un sacerdote, á pesar de sus grandes deseos; y recitó ella misma las oraciones de los agonizantes, rezando con fervor al Dios misericordioso para que perdonase al amo y le llevase en derechura al paraíso.

Así murió Pascual. Tenía la cara enteramente azul; y después de algunos segundos de inmovilidad completa, quiso respirar, sacó los labios abrió su pobre boca, como abre el pico un pajarillo que absorbe afanoso la última bocanada de aire. Y sin otro incidente, sin más esfuerzo, llegó la muerte y le acogió en sus brazos.

XIII

Hasta después del almuerzo, á la una de la tarde, no recibió Clotilde el telegrama de Pascual. Precisamente aquel día había regañado con su hermano Máximo, que hacía pesar sobre ella, con dureza creciente, sus caprichos y sus malhumores de enfermo. En suma: Clotilde no había logrado éxito en su papel; Máximo la encontraba demasiado sencilla, demasiado grave para poder divertirlo; y acabó por encerrarse con la chiquita Rosa, aquella rubita de aire cándido, que le divertía mucho. Desde que la enfermedad le tenía inmóvil y débil, iba perdiendo su egoísta prudencia de libertino, su gran desconfianza hacia la mujer devoradora de hombres. Por eso, cuando su hermana intentó decirle que Pascual la llamaba y que deseaba irse, la costó Dios y ayuda lograr que le abriesen la puerta del cuarto, porque Rosa se ocupaba en aquel momento en dar fric-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Martina había caído de rodillas al pie de la cama ahogándola los sollozos. No había esperanza, el señor se moría. No se atrevió á ir en busca de un sacerdote, á pesar de sus grandes deseos; y recitó ella misma las oraciones de los agonizantes, rezando con fervor al Dios misericordioso para que perdonase al amo y le llevase en derechura al paraíso.

Así murió Pascual. Tenía la cara enteramente azul; y después de algunos segundos de inmovilidad completa, quiso respirar, sacó los labios abrió su pobre boca, como abre el pico un pajarillo que absorbe afanoso la última bocanada de aire. Y sin otro incidente, sin más esfuerzo, llegó la muerte y le acogió en sus brazos.

XIII

Hasta después del almuerzo, á la una de la tarde, no recibió Clotilde el telegrama de Pascual. Precisamente aquel día había regañado con su hermano Máximo, que hacía pesar sobre ella, con dureza creciente, sus caprichos y sus malhumores de enfermo. En suma: Clotilde no había logrado éxito en su papel; Máximo la encontraba demasiado sencilla, demasiado grave para poder divertirlo; y acabó por encerrarse con la chiquita Rosa, aquella rubita de aire cándido, que le divertía mucho. Desde que la enfermedad le tenía inmóvil y débil, iba perdiendo su egoísta prudencia de libertino, su gran desconfianza hacia la mujer devoradora de hombres. Por eso, cuando su hermana intentó decirle que Pascual la llamaba y que deseaba irse, la costó Dios y ayuda lograr que le abriesen la puerta del cuarto, porque Rosa se ocupaba en aquel momento en dar fric-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ciones á Máximo. El cual aprobó desde luego la cosa; y si es verdad que la rogó que volviese lo más pronto posible, también es cierto que no insistió en esto, deseoso tan sólo de mostrarse condescendiente.

Clotilde ocupó toda la tarde en hacer su equipaje. En la fiebre, en el aturdimiento de una decisión tan brusca, no reflexionaba, entregándose por entero á la gran alegría de volver allá. Pero después de la comida apresurada, después de los adioses á Máximo y del largo viaje en coche desde la Avenida del Bosque de Bolonia á la estación de Lyon, cuando la joven se vió en un departamento reservado de señoras, en el tren que había salido á las ocho y rodaba ya fuera de París, en plena noche lluviosa y helada de Noviembre, recobró la calma, empezó lentamente á reflexionar y acabó por sentirse turbada por vagas inquietudes. ¿A qué venía aquel telegrama tan brusco y tan breve: "Te espero, sal esta noche?„ Sin duda era la respuesta á la carta en que ella le anunciaba su embarazo. Pero ella sabía cuánto deseaba Pascual que permaneciese en París, donde la creía dichosa, y asombrábase la joven de aquella prisa en llamarla. No era un telegrama lo que había esperado, sino una carta,

seguida de proyectos de arreglos, y, al fin, la vuelta algunas semanas más tarde. Había, pues, otra cosa: una enfermedad tal vez, un deseo, la necesidad de volverla á ver inmediatamente. Y, desde luego, este temor se apoderó de ella con la fuerza de un presentimiento, que por entero la dominó.

Durante toda la noche, una lluvia diluvial había azotado los cristales del vagón, á través de los llanos de Borgoña. El diluvio no cesó hasta Mâcon. Pasado Lyon, despuntó el día. Clotilde llevaba consigo las cartas de Pascual, y esperaba con impaciencia el alba para volver á ver y á estudiar aquellos papeles, cuyo tipo de letra le parecía haber cambiado. En efecto, sintió un estremecimiento en el corazón al comprobar los titubeos, las á modo de grietas que se habían producido en las palabras. Pascual debía de estar enfermo, muy enfermo; ahora veía ya claramente esto, imponiéndosele como verdadera adivinación, en que entraba menos el razonamiento que la presciencia sutil. Y el resto del viaje la pareció terriblemente largo, porque sentía crecer su angustia á medida que se acercaba la llegada. Lo peor era que, dejando el tren en Marsella á las doce y media, no podía tomarse otro para

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

Plassans hasta las tres y veinte minutos. Eran tres largas horas de espera. Clotilde almorzó en la cantina: comió sin sosiego, como si temiese perder el tren; después paseó por el jardín, lleno de polvo; fué de un banco á otro, bajo el sol pálido, todavía tibio, por medio del maremagnum de ómnibus y coches. Por fin, se vió de nuevo en el tren, detenida cada cuarto de hora en las estaciones pequeñas. Asomaba la cabeza por la portezuela, y parecíale que había partido de allí veinte años antes, y que los lugares habían cambiado. Cuando el tren salió de Santa Marta, experimentó Clotilde la fuerte emoción de advertir en el horizonte, muy lejos, la Souleiade, con los dos cipreses centenarios de la terraza, que se veían de tres leguas á la redonda.

Eran las cinco, y el crepúsculo empezaba á caer. Resonaron las plataformas giratorias de la estación, y Clotilde se apeó del tren. Tuvo un arrebato, un dolor vivísimo, al notar que en el andén no la esperaba Pascual. Desde la salida de Lyon venía la joven diciéndose: "Si no le veo en seguida, á la llegada, es que está enfermo." No obstante, quizá estaría en la sala de espera, ó buscando el coche al exterior. Clotilde apresuró

el paso, y sólo vió al tío Durieu, el cochero de quien, de ordinario, se servía el doctor. Atropelladamente, empezó á hacerle preguntas. El viejecillo, un provenzal taciturno, no se daba prisa á responder. Había traído su carruaje y pedía el talón, deseoso de ocuparse, ante todo, de los equipajes. Con voz temblorosa, repitió Clotilde su pregunta:

—¿Están bien todos, tío Durieu?

—Sí, señorita.

Tuvo que insistir mucho para llegar á saber que Martina, el día antes, á las seis, había encargado al cochero que fuese á la estación con su carricoche, á la hora de la llegada del tren. Ni él ni nadie había visto al doctor hacía dos meses. Quizá, puesto que no había venido, estuviese en cama, porque en el pueblo corría la voz de que andaba malucho.

—Espere V., señorita, á que recoja el equipaje. Hay en la banqueta sitio para V.

—No, tío Durieu, tardaremos mucho. Iré á pie.

A paso largo, subió la cuesta. Tenía tan oprimido el corazón, que se ahogaba. El sol había desaparecido detrás de las colinas de Santa Marta, y del cielo gris caía como un polvo fino, con el calofrío de Noviembre,

Al entrar en el camino de las Fenoullières, Clotilde tuvo de nuevo ante sus ojos la imagen de la Souleiade, cuya fachada melancólica bajo la luz del crepúsculo, con las ventanas cerradas, en una tristeza de abandono y de duelo, la dejó helada.

Pero el golpe terrible para la joven fué cuando vió en el umbral del vestíbulo á Ramond, que parecía esperarla. En efecto, había acechado su llegada y bajado para amortiguar algo el efecto de la terrible catástrofe. Llegó Clotilde sofocada, pasando, para llegar antes, por el bosque de plátanos, cerca de la fuente; y al ver al joven, en lugar de Pascual, á quien esperaba hallar en la puerta, experimentó una sensación de desastre, de irreparable desgracia. Ramond estaba muy pálido, azorado á pesar del esfuerzo de voluntad que había hecho. No dijo ni una palabra, esperando á que Clotilde le preguntase; pero la joven se ahogaba, y también enmudecía. Y de este modo entraron en la casa, conduciéndola él al comedor, donde permanecieron aún algunos segundos, cara á cara, mudos en la agonía que les dominaba.

—¿Está enfermo, no es verdad?—balbuceó al fin Clotilde.

Ramond contestó sencillamente:

—Sí, enfermo.

—Lo he comprendido en seguida al ver á V. Para que no haya salido á recibirme, preciso es que esté enfermo.

E insistiendo, añadió:

—Está enfermo, muy enfermo, ¿verdad?

No respondió Ramond; palidecía cada vez más, y Clotilde le miró. En aquel momento vió la muerte impresa en él, en sus manos aún temblonas, que habían cuidado al moribundo, en su cara de desesperación, en sus ojos turbados que guardaban aún el reflejo de la agonía, en todo su desorden de médico que lleva doce horas de luchar sin resultado.

Clotilde exhaló un gran grito.

—¡Ha muerto!

Y se tambaleó, como herida por el rayo, cayendo en los brazos de Ramond, que la estrechó fraternalmente, con un gran sollozo. Ambos, abrazados, lloraron.

Luego, cuando Ramond pudo al fin hablar, sentado en una silla:

—Yo fui quien ayer, á las diez y media, puse el telegrama que recibió V. ¡Hallábase el maestro tan feliz, tan lleno de esperanza! Urdía sueños para el porvenir: un año, dos años de vida... Esta mañana, á las cua-

tro, le sobrecogió la primera crisis y me envió á llamar. Desde luego, se vió perdido; pero creía resistir hasta las seis, vivir todavía lo bastante para ver á V... La enfermedad ha ido muy deprisa. Me fué diciendo los progresos de ella hasta el último suspiro, minuto por minuto, como un profesor que analiza en el anfiteatro. Ha muerto con el nombre de Clotilde en los labios, sereno y desesperado á la vez, como un héroe.

Clotilde hubiese querido correr para verle, subir de un salto á la habitación; pero permanecía como clavada, sin fuerzas para levantarse de la silla. Había escuchado, con los ojos inundados de gruesas lágrimas, que corrían sin cesar. Cada una de las frases, el relato entero de aquella muerte estoica, la resonaban en el corazón, grabándose en él profundamente. Mentalmente, reconstituía la joven cada hora de aquel funesto día. Toda su vida lo tendría presente.

Pero su desesperación se desbordó, sobre todo, cuando Martina, que había entrado un momento antes en la habitación, dijo con voz dura:

—¡Ah! La señorita hace bien en llorar, porque si el señor ha muerto, ha sido por su causa.

La vieja criada se mantuvo de pie, á un lado, cerca de la puerta de la cocina, presa de tal cólera, dolorida de que la hubiesen cogido y matado á su amo, que no encontraba la menor palabra de bienvenida ni de consuelo para aquella niña á quien había criado. Y sin calcular el alcance de su indiscreción, la pena ó la alegría que podía causar, se consolaba á sí propia, diciendo todo cuanto sabía.

—Sí, el señor ha muerto porque la señorita se fué.

A pesar de su aplanamiento, Clotilde protestó.

—Pero si fué él quien se enfadó, quien me obligó á marcharme.

—¡Ah, ya lo creo! ¡Bien ciego es quien no ve por tela de cedazo...! La noche antes del viaje encontré yo al señor medio ahogado, de tan disgustado que estaba; y cuando quise avisar á la señorita, él me lo impidió... Después, bien lo vi, desde que la señorita se fué, todas las noches sucedía lo mismo; tenía que vencerse mucho para no escribir llamándola... En fin, la verdad pura es que ha muerto.

Una gran claridad iba iluminando el espíritu de Clotilde, que á la vez se sentía feliz

y torturada. ¡Dios mío! ¿Resultaba, pues, verdad todo cuanto había presentido? Luego, había concluido por creer, ante la obstinación violenta de Pascual, que no mentía, que entre ella y el trabajo optaba sinceramente por el segundo, como hombre de ciencia en quien el amor de la obra puede más que el amor de la mujer. Y, sin embargo, mentía; había llevado la abnegación hasta el olvido de sí propio, hasta inmolarse, ante lo que creía ser la felicidad de la joven. Y la tristeza de las cosas quiso que se engañase, que consumase de aquel modo la desgracia de entrambos.

De nuevo protestó Clotilde, y se desesperó.

—¡Pero, cómo podía yo adivinar...! Obedecí, puse toda mi ternura en ser obediente.

—¡Ah!—gritó Martina.—Me parece que yo sí lo hubiese adivinado.

Intervino Ramond, y habló dulcemente. Había cogido de nuevo las manos de Clotilde, y la explicó que el disgusto podía haber precipitado el desenlace fatal; pero que el maestro estaba, desgraciadamente, condenado hacía tiempo. La enfermedad del corazón, de que sufría, debía traer larguísima fecha; mucho exceso de trabajo, una parte

segura de herencia, y en fin, su última pasión; y el pobre corazón se había roto.

—Subamos—dijo Clotile—quiero verle.

Arriba, en la alcoba, habían cerrado las persianas y no se advertía lo más mínimo el crepúsculo melancólico. Dos cirios ardían sobre una mesa pequeña, metidos en candelabros, al pie de la cama, é iluminaban con luz pálida, amarilla, el cuerpo de Pascual, tendido, con las piernas muy pegadas y las manos recogidas y casi juntas sobre el pecho. Piadosamente le habían cerrado los ojos. La cara parecía dormir, azulada aún pero ya serena, en la onda esparcida del cabello blanco y la barba blanca. Hacía apenas hora y media que había muerto. Empezaba la infinita serenidad, el eterno reposo.

Al verle así, al pensar que ya no podía oirla, ni verla, que la dejaba sola, que le besaría por última vez y que luego le perdería sin remedio, Clotilde tuvo un gran arranque de dolor y se echó sobre la cama, no pudiendo más que balbucir este llamamiento lleno de ternura.

—¡Oh, maestro, maestro, maestro!...

Puso los labios sobre la frente del muerto; y como lo encontrase apenas frío, tibio aún del calor de la vida, le cupo por un instante

la ilusión de creer que se mostraba sensible á esta caricia última, tan esperada. ¿Acaso no parecía haber sonreído en su inmovilidad, feliz al fin, pudiendo acabar de morirse, puesto que les tenía ya allí á los dos, á ella y al hijo que había engendrado? Luego, desfalleciendo ante la terrible realidad, lloró de nuevo, inconsolable.

Entró Martina con un quinqué, que dejó en un ángulo de la chimenea; y pudo oir á Ramond que se preocupaba de Clotilde, inquieto al verla trastornada de aquel modo, dada su situación.

—Me la voy á llevar á V. si pierde la entereza. Piense V. que no está sola, que hay que mirar por ese niño futuro del cual me hablaba *él* con tanta alegría y ternura.

Durante el día, la criada se había asombrado al oir ciertas frases, cogidas al vuelo. Ahora, de pronto, comprendió lo que sucedía; y como estuviese á punto de salir de la habitación, se detuvo y escuchó más.

Ramond había apianado la voz.

—La llave del armario está debajo de la almohada. El me previno muchas veces que se lo dijese á V... ¿Sabe V. ya lo que debe de hacer?

Clotilde trató de acordarse y de responder:

—¿Lo que he de hacer? Con los papeles, ¿no es verdad?... Sí, sí, ya me acuerdo; debo guardar los legajos y dar á V. los otros manuscritos... No tenga V. miedo; soy dueña de mi cabeza, estaré tranquila. Pero no quiero dejarle; voy á pasar aquí la noche, muy serena, se lo prometo á V.

Expresaba tal dolor y tal ademán resuelto de velar el cadáver, de permanecer con él hasta que se lo llevaran, que el joven médico la permitió cumplir su deseo.

—Bueno, pues; la dejo á V. Me deben de esperar en casa ya. Además, hay multitud de formalidades que llenar: la alcaldía, el entierro, de las cuales quiero librar á V. No se preocupe de nada. Mañana á primera hora estará todo arreglado cuando yo vuelva.

La abrazó de nuevo, y se fué; y entonces desapareció Martina, detrás de él, cerrando con llave la puerta de abajo y corriendo en medio de la noche ya oscura.

Clotilde quedó sola en la alcoba; y, á su alrededor, sobre su cabeza, en medio del silencio enorme, sentía el vacío de la casa. Clotilde estaba sola, con Pascual muerto. Había arrimado una silla á la cama, á la ca-

becera, y se había sentado allí, solitaria, inmóvil.

Al llegar, no había hecho más que quitarse el sombrero; después, al notar que llevaba aún los guantes, se los quitó también. Pero seguía con su traje de viaje, llena de polvo, destrozada por las veinte horas de tren. Sin duda, el tío Durieu había llevado á la casa mucho antes las maletas; pero Clotilde no tenía ni idea ni fuerzas de para lavarse y cambiar de ropa, aniquilada al presente sobre aquella silla en que se había dejado caer. Sólo una pena, un remordimiento inmenso la dominaba. ¿Por qué había obedecido? ¿Por qué se había resignado á marcharse? Si se hubiese quedado, estaba bien segura de que el doctor no moriría. Le hubiera amado tanto, acariciado tanto, que le curaría.

Todas las noches le hubiese cogido en sus brazos para dormirlo, calentándole con toda su juventud, trasfiriéndole la vida en sus besos. Cuando no se quiere que la muerte nos arrebate á un ser querido, se permanece á su lado para darle la propia sangre, y así se ahuyenta á la parca cruel. Ella tenía la culpa de haberle perdido, de no poder, con un abrazo, despertarle del eterno sueño. Y la parecía

que era imbécil por no haber comprendido, cobarde por no haberse sacrificado, culpable y castigada para siempre por haberse ido, cuando el mero buen sentido, á falta de corazón, debía haberla retenido allí, en su misión de súbdito sumiso y tierno que vela por su rey.

El silencio se hacía tan grande, tan absoluto, que Clotilde apartó por un momento sus ojos de los de Pascual para mirar por la habitación.

Sólo vió vagas sombras: el quinqué iluminaba de perfil el cristal de la gran psiquis, que parecía una placa de plata mate, y los dos cirios proyectaban en el techo elevado dos manchas grises. En aquel momento acudieron á su memoria las cartas que Pascual la escribía, tan frías, tan cortas, y comprendió la tortura de aquel hombre, que tenía que ahogar su amor. ¡Qué fuerza hubo menester para realizar el proyecto de felicidad, sublime y desastroso, que concibió para ella! Se empeñó en desaparecer, en salvarla de la vejez y de la pobreza suyas. Soñaba que ella fuese rica, libre para gozar de sus veintiséis años lejos de él; era el olvido total de sí mismo, su aniquilamiento en el amor de otro. Y Clotilde sentía por todo esto

una gratitud y una dulzura profundas, mezcladas con una especie de amargura irritada contra el destino adverso. Después, de golpe, surgieron los años felices, su juventud, su adolescencia pasada al lado de Pascual, tan bueno, tan alegre. ¡Cómo la había él conquistado, con pasión lenta; cómo se había sentido suya, después de las rebeliones que los habían separado por un momento, y con qué arrebato de alegría se había entregado á él, para ser cada vez más, y enteramente, suya, puesto que él la deseaba! Aquella habitación en que iba enfriándose el cadáver, la encontraba Clotilde tibia aún, vibrante, de sus noches de ternura.

Sonaron las siete en el reloj, y la joven se estremeció al oir aquel timbre ligero en el gran silencio de la casa. ¿Quién había hablado? Hizo memoria: miró al reloj, cuyo timbre había sonado tantas horas felices. Aquel reloj antiguo tenía una voz temblona de amigo muy viejo, que les divertía, en la oscuridad, cuando velaban abrazados. Ahora de todos los muebles se alzaban recuerdos.

Las imágenes de ella y de Pascual parecían renacer del fondo argentino y pálido del gran espejo; avanzaban, indecisas, casi

confundidas, con una sonrisa flotante, como en los días felices en que Pascual la llevaba allí para adornarla con alguna alhaja, un regalo que ocultaba todo el día en el bolsillo, en su manía de obsequiarla. En la mesa donde ardían los dos cirios habían hecho ambos su comida de pobres aquella noche en que les faltó el pan y en que ella le había servido un festín regio. ¡Cuántas migajas de su amor encontraba en la cómoda de mármol blanco, rodeada de una barandilla! ¡Cuánto habían reído en la *chaise longue*, de pies rígidos, cuando ella se ponía las medias y él se burlaba! Hasta de la tela que tapizaba las paredes, la indiana antigua de un rojo descolorido, que era ya color de aurora, le llegaba como un murmullo todo lo que se habían dicho de fresco y tierno, las niñerías infinitas de su pasión y hasta el olor de su cabellera de mujer, un olor de violeta, que Pascual adoraba. Y cuando la vibración de los siete golpes dados por el reloj, tan persistente en su corazón, hubo cesado, volvió los ojos hacia la cara de Pascual y de nuevo desfalleció.

En medio de esta postración creciente oyó Clotilde, minutos después, un repentino estrépito de sollozos. Alguien había en-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

trado de improviso, y la joven reconoció á su abuela Felicidad. Pero no se movió, no habló, de tal modo estaba petrificada por el dolor. Martina, anteponiéndose á la orden que seguramente le darían, había ido á casa de la señora de Rougon, para comunicarle la atroz noticia; y doña Felicidad, estupefacta al principio de lo brusco de la catástrofe, aturdida luego, corrió á la casa, manifestando un pesar ruidoso. Lloró ante su hijo, y abrazó á Clotilde, que la devolvió su abrazo como en un sueño. A partir de este instante, la joven, sin salir del aplanamiento en que se aislaba, notó perfectamente que no estaba sola, en el continuo tráfago ahogado, cuyos mil ruidos atravesaban la habitación.

Era doña Felicidad que lloraba, que entraba, que salía sobre la punta de los pies, que ordenaba los trebejos, que husmeaba, cuchicheaba, caía en una silla para levantarse inmediatamente. Cerca de las nueve, quiso decidir á su nieta á comer algo. Dos veces la había reprendido en voz baja. Volvió á decirle al oído:

—Clotilde, querida mía, te aseguro que no estás bien... Es necesario recobrar fuerzas, si no jamás te pondrás buena.

Pero la joven, con un movimiento de cabeza, se obstinaba en rehusar.

—Veamos; tú te habrás desayunado en la fonda, en Marsella, ¿no es cierto?, y no has comido desde entonces... ¿Es esto razonable? No es cosa de que tú caigas enferma también... Martina ha debido hacer caldo. La mandé hacer una sopa ligera con gallina... Baja á comer algo, nada más que un bocado, mientras yo me quedo aquí.

Con el mismo ademán doloroso, Clotilde rehusaba siempre. Concluyó por tartamudear:

—Déjeme, abuela, se lo suplico... No podría, me ahogaría.

Y no habló más. No dormía: tenía abiertos los grandes ojos, obstinadamente fijos en el rostro de Pascual. Durante dos horas, no hizo un movimiento, tiesa, rígida, como absorta, allá abajo, muy lejos, con la muerte. A las diez oyó un ruido: era Martina que subía luz. Hacia las once, doña Felicidad, que velaba en un sillón, parecía inquieta, salió de la habitación y volvió. Desde entonces fué y vino impaciente, andando alrededor de la joven siempre despavilada, inmóvil, la mirada fija y atónita.

Llegó la media noche: una idea tenaz se

hincaba en su cráneo vacío, como un clavo que la impedía dormir; ¿por qué había obedecido? ¡A quedarse ella, le prestaría el calor de su juventud y no hubiese muerto! Hacía poco más de una hora que había sentido esa idea rebullir y transformarse en una pesadilla. Clotilde cayó en sueño pesado, rendida por la fatiga y el dolor.

Cuando Martina vino á anunciar á la vieja señora de Rougon la muerte súbita de su hijo, aquélla, en su arrebato, exhaló un grito de cólera y disgusto. ¡Cómo! Pascual, moribundo, no había querido verla; había hecho jurar á la criada que no la llamaría! Esto le quemaba la sangre, como si la lucha con el hijo rebelde, que había durado toda la vida, debiese continuar más allá de la tumba. Luego, después de haberse vestido aprisa, cuando corría hacia la Souleiade, el pensamiento de aquellos terribles legajos, de todos los manuscritos que llenaban el armario, la sacudía y alteraba hasta la medula. Ahora que el tío Macquart y Mama Dida habían muerto, ya no tenía por qué temblar á lo que llamaba la abominación de las Tulettes; y el mismo niño Carlos, al suprimirse, había quitado á la familia uno de los pesos más humillantes. No quedaban más que los legajos,

los inicuos legajos, amenazando la triunfal leyenda de los Rougon, á la cual había consagrado su vida toda, y era la única preocupación de su vejez, la obra á cuyo buen éxito consagraba obstinadamente, los últimos esfuerzos de su espíritu, de su actividad y de su astucia. Desde hacía muchos años, acechaba á los tales legajitos , sin cansarse jamás, reanudando la lucha cuando parecía vencida, siempre emboscada y tenaz. ¡Ah! ¡Si pudiese al fin apoderarse de ellos y destruirlos! Aquello sería el execrable pasado extinguido; sería la gloria de los suyos, tan duramente conquistada, libre de toda contingencia, fundada en bases inconmovibles, imponiendo á la historia su mentira. Ya se veía cruzando los tres barrios de Plassans, saludada por todos, con su actitud de reina, llevando noblemente el luto por el régimen caído. Tan pronto como Martina la dijo que Clotilde estaba allí, aceleró el paso, aproximándose á la Souleiade, agitada por el temor de llegar demasiado tarde.

Tan pronto como se instaló en la casa, doña Felicidad se tranquilizó. Nada la apuraba; tenía la noche por delante. Sin perder momento quiso apoderarse de Martina; sabía de sobra lo que podía influir en aquella cria-

tura sencilla, encerrada en las creencias de una estrecha religiosidad. Su primer cuidado abajo, en medio del desorden de la cocina, adonde había descendido á ver asar la polla, fué fingir una gran desolación, ante el pensamiento de que su hijo hubiese muerto fuera de la Iglesia. Preguntaba á la criada: exigía detalles. Pero aquélla bajaba la cabeza desesperadamente: ¡no! ningún cura había venido: el señor no había hecho ni la señal de la cruz. Sólo ella se había arrodillado para pronunciar las oraciones de los agonizantes, lo cual, de fijo, no sería suficiente para salvar un alma. ¡Y sin embargo, con qué fervor, había rogado á Dios á fin de que el señor fuese derecho al cielo!

Doña Felicidad, con los ojos fijos en la gallina, á la cual daba vueltas en el fuego, dijo en voz baja, como absorta:

—¡Ah! Hija mía, lo que sobre todo le impide entrar en el cielo son los papeles malditos, que el desdichado deja en el armario, allá arriba. No puedo comprender cómo un rayo del cielo no ha caído aún sobre ellos para reducirlos á cenizas. ¡Si se permite que salgan de aquí, serán la peste, el deshonor, y estará en el infierno siempre!

Martina escuchaba pálida.

—Entonces, señora, ¿cree V. que será una buena obra destruirlos: una obra que asegurará el reposo del alma del señor?

—¡Dios mío! ¡Ya lo creo!... ¡Si aquí tuviésemos esos papeles vergonzosos, en ese fuego los arrojaría! ¡Ah! no tendrías que echar más leña que los manuscritos que están arriba; bastan para asar tres gallinas como esta.

La criada había cogido una enorme cuchara para rociar el ave. También Martina parecía reflexionar.

—Sólo nos falta tenerlos... A propósito, yo misma oí una conversación que puedo repetir á la señora... Era cuando la señorita Clotilde subía á su cuarto. El doctor Ramond le ha preguntado si recordaba las órdenes que había recibido sin duda antes de su marcha; y ella ha dicho que se acordaba: que debía guardar los legajos, y darle á él los demás manuscritos.

Doña Felicidad, temblorosa, no pudo reprimir un gesto de inquietud. Veía escapársele los papeles; y no eran sólo los legajos lo que ella quería, sino los demás escritos, toda aquella obra desconocida, oscura, tenebrosa, de la cual no podía salir más que el escándalo, según su cerebro obtuso y apasionado de burguesa y orgullosa vieja.

—¡Pero no hay que dormirse!—gritó.—¡Y hay que avisparse esta misma noche! Mañana sería quizá demasiado tarde.

—Yo sé donde está la llave del armario—respondió Martina á media voz.—Se lo ha dicho á la señorita el médico.

Felicidad aguzó el oído inmediatamente.

—¿La llave? ¿Dónde?

—Debajo de la almohada del señor.

A pesar de la viva llama del fuego de sarmientos, sintieron las dos viejas un soplo glacial y permanecieron silenciosas.

Ya no se oía más que el chisporroteo del asado, cuyo jugo caía en la grasera.

Después de comer sola y atropelladamente, Felicidad subió con Martina. Sin haber vuelto á cruzar una palabra, se encontraban acordes; se apoderarían de los papeles, antes del amanecer, por cualquier medio. En medio de todo, el más sencillo era sacar la llave de debajo de la almohada. Clotilde acabaría por dormirse; estaba harto rendida para no sucumbir al cansancio. Todo se reducía á esperar. Se pusieron, pues, en acecho, yendo de la sala al cuarto para ver si se cerraban al fin los ojos dilatados y fijos de la joven. Siempre había una que atisbaba, mientras la otra esperaba impaciente en la

sala, donde se carbonizaba la mecha de un quinqué. Así corrió, un cuarto de hora tras otro, hasta la media noche. Las pupilas sin fondo, llenas de sombra y de una desesperación inmensa, no se cerraban. Un poco antes de las doce, Felicidad volvió á instalarse en un sillón á los pies de la cama, resuelta á no abandonar el puesto hasta que su nieta se durmiese. No la quitaba ya ojo, y se irritaba al advertir que apenas parpadeaba siquiera, firme en aquella fijeza inconsolable que desafiaba al sueño. En cambio, llegó á dominarla á ella una somnolencia invencible. Exasperada, no pudo aguantar más, y se fué de nuevo con Martina.

—¡Es inútil! ¡No se dormirá!—dijo con voz ahogada y trémula.—Hay que intentar otra cosa.

Ya se le había ocurrido forzar el armario. Pero la vieja armazón de roble parecía inconmovible, y el herraje resistente á toda prueba. ¿Cómo romper la cerradura? Sin contar con que harían un ruido terrible, y ese ruido llegaría de seguro al cuarto inmediato.

Se plantó, sin embargo, delante de las sólidas hojas, y las palpaba, buscando los resquicios.

—Si yo tuviese una herramienta...

Martina, menos vehemente, la interrumpió exclamando:

—¡Ay! ¡No, no, señora! Nos sorprenderían. Aguarde V. Puede que se duerma la señorita.

Se dirigió al cuarto de puntillas, y volvió al momento.

—¡Pues si duerme!... Tiene cerrados los ojos, y no se rebulle.

Las dos fueron á verla, conteniendo la respiración y evitando con infinitas precauciones el menor crujido del pavimento. Clotilde acababa de dormirse efectivamente, y parecía tan rendida, que las dos viejas se enardecieron. Pero temblaban que se despertase si rozaban con ella, porque tenía la silla arrimada á la cama. Y también era cosa sacrílega y terrible, que las sobrecogía de pavor, eso de introducir la mano debajo de la almohada del muerto y robarle. ¿No irían á alterar su reposo? ¿No se movería? Esa idea las hizo palidecer.

Felicidad se había adelantado ya con el brazo extendido. Pero retrocedió.

—Soy muy pequeña—tartamudeó.—Pruebe V. á ver, Martina.

La criada se acercó al lecho. Pero empezó

á temblar de tal manera, que también tuvo que volverse atrás para no caer.

—¡No, no! ¡no puedo! Me parece que el señor va á abrir los ojos.

Y tiritando, descompuestas, permanecieron todavía un instante en la estancia, llena del gran silencio y de la majestad de la muerte, delante de Pascual, inmóvil para siempre, y de Clotilde, anonadada por el golpe abrumador de su viudez. Quizá se reveló á sus ojos la nobleza de un alta vida de trabajo en aquella cabeza muda, que con todo su peso guardaba su obra. La llama de los cirios ardía pálidamente. Un terror sagrado las obligó á salir.

Felicidad, tan valiente que en la vida había retrocedido ante nada, ni aun ante la sangre, huía como perseguida.

—Véngase, véngase, Martina. Recurriremos á otra cosa. Buscaremos una herramienta.

Una vez en la sala, respiraron. La criada recordó entonces que la llave de la gaveta debía de estar en la mesa de noche del señor, donde la había visto la víspera, en el momento del ataque. Fueron á ver. La madre abrió el mueble sin el menor escrúpulo. Pero no encontró más que las cinco mil pe-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

setas, que dejó en el cajón, porque apenas la importaba el dinero. En vano buscó el árbol genealógico, que sabía estaba allí generalmente. ¡Hubiese empezado por él de tan buena gana su obra de exterminio! Había quedado en la sala, en la mesa de Pascual; pero no acertaría á descubrirlo siquiera, en medio de la fiebre que la impulsaba á registrar los muebles cerrados, robándola la lucidez y la calma necesarias para proceder metódicamente.

Cediendo á su afán, volvió á plantarse delante del armario, midiéndolo y abarcándolo con ardiente mirada de conquista. A pesar de su pequeñez y de sus ochenta años cumplidos, se erguía con vértigo de actividad, con derroche de fuerza extraordinario.

—¡Ah!—repitió.—¡Si yo tuviese una herramienta!

Y buscaba de nuevo la grieta del coloso, la hendedura por donde iba á introducir los dedos para hacerle estallar. Ideaba planes de asalto, soñaba violencias y después volvía á la astucia, á alguna traición que abriese las puertas con un soplo no más.

De repente brilló su mirada: tenía una idea.

—Di, Martina, ¿hay algún gancho que sujete la primera hoja?

—Sí, señora; en la tabla de en medio... Mire V.: sobre poco más ó menos al nivel de esta moldura.

Felicidad hizo un ademán de triunfo.

—¿V. tendrá una barrena, una barrena gruesa?... ¡Tráigame una barrena!

Martina bajó á escape á su cocina y volvió con el instrumento.

—¿Ve V.? Así no haremos ruido—dijo la vieja, poniendo manos á la obra.

Con una firmeza que nadie hubiese sospechado en aquellas manitas consumidas de vejez, clavó la barrena é hizo un agujero á la altura indicada por Martina. Pero vió que caía bajo, que la punta penetraba después en la tabla. Un segundo barreno fué á parar al gancho, pero demasiado de frente. Y multiplicó los agujeros á derecha é izquierda, hasta que con la misma barrena logró al fin desenganchar el gancho. Resbaló el pasador de la cerradura, y se abrieron las hojas.

—¡Por fin!—exclamó, fuera de sí, Felicidad.

Y se quedó inmóvil, escuchando intranquila, por temor de haber despertado á Clotilde. Pero toda la casa dormía en la silencio-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sa oscuridad. No salía del cuarto más que la paz augusta de la muerte; no ovó más que el claro timbre del péndulo dando una sola campanada, la una de la noche. El armario, abierto de par en par, ofrecía á sus ojos las tres tablas atestadas de papeles hacinados. La vieja se abalanzó, y dió comienzo la obra destructora, en medio de las sagradas tinieblas, del infinito reposo de aquella fúnebre velada.

—¡Por fin!—repitió muy bajo.—¡Al cabo de treinta años de querer y esperar...! ¡Despachemos, despachemos, Martina! ¡Ayúdeme!

Ya había llevado la silla alta del pupitre, y subió de un salto para coger ante todo los papeles de la tabla de arriba, porque recordaba que los legajos estaban allí. Pero se sorprendió de no ver las cubiertas de papel azul; no había ya más que manuscritos voluminosos, las obras terminadas y no publicadas aún, trabajos inestimables, todas las investigaciones del doctor, todos sus descubrimientos, el monumento de su fama venidera, que legaba á Ramond, confiándolo á su solicitud. Sin duda, algunos días antes de su muerte, pensando que lo único comprometido eran los legajos, y que nadie en el mundo se atrevería á destruir sus demás

obras, había hecho un cambio una clasificación nueva, para sustraer aquellos documentos á las primeras pesquisas.

—¡Ah! ¡Mal negocio!—murmuró Felicidad.—Puesto que hay tanto, empecemos por cualquier parte, si queremos concluir... Vamos limpiando, mientras yo estoy subida.. ¡Tenga, Martina, ande!

Y vació la tabla, echando los manuscritos, uno á uno, en brazos de la criada, la cual los ponía sobre la mesa, haciendo el menor ruido posible. No tardó en estar allí todo el montón. Felicidad bajó de la silla.

—¡Al fuego! ¡al fuego!... Ya acabaremos por meter mano á los otros, á los que yo busco... ¡Al fuego! ¡Al fuego! ¡Estos por lo pronto! ¡Hasta los papelitos como una uña, hasta las notas ilegibles, ¡al fuego! ¡al fuego, si queremos estar seguras de matar el contagio del mal!

Fanática, feroz en su odio á la verdad, en su ansia de aniquilar el testimonio de la ciencia, desgarró por sí misma la primer cuartilla de un manuscrito, la prendió fuego en la lámpara, fué á arrojar aquel hachón llameante á la gran chimenea, donde no se había encendido lumbre desde hacía veinte años quizá, y alimentó la llama echando á

trozos el resto del manuscrito. La criada no menos resuelta había acudido en su ayuda, cogiendo otro abultado cuaderno y desglosándolo. Desde aquel punto ya no cesó el fuego. La alta chimenea se pobló de una llamarada, de un incendio vivo, que no se amortiguaba por instantes sino para subir con creciente intensidad, cuando nuevos alimentos lo atizaban. Poco á poco crecía la brasa, y subía el montón de ceniza, una capa espesa de hojas negras cruzada de millones de chispas. Pero era faena larga, interminable; porque cuando se echaban muchas cuartillas de una vez, no ardían, y había que agitarlas y removerlas con las tenazas; lo mejor era estrujarlas y esperar á que se inflamasen bien, antes de añadir otras. Iban adquiriendo habilidad, y la faena marchaba á maravilla.

Atropellándose por coger una nueva brazada de papeles, Felicidad tropezó en un sillón.

—¡Por Dios, señora, ande V. con tiento!—dijo Martina.—¡Si viniesen!

—¿Venir? ¿Quién? ¿Clotilde? Está bien dormida la pobre... Y, además, si vienen cuando haya acabado, ¡bastante me importa á mí! No crea V. que voy á esconderme; dejaré el armario vacío y abierto de par en par, y diré muy alto que he sido yo quien ha purificado la casa... Cuando ya no haya ni una sola línea escrita, ¡Dios poderoso! ¡Me río de lo que venga después!

Durante cerca de dos horas estuvo ardiendo la chimenea. Ambas mujeres, volviendo al armario, desocuparon las otras dos tablas; no quedaba ya más que la parte inferior, atestada al parecer de un revoltijo de papeles. Emborrachadas por el calor de la hogera, jadeantes, sudorosas, cedían á una fiebre salvaje de exterminio. Se agachaban, se ennegrecían las manos á fuerza de empujar los restos á medio consumir, y se agitaban con tal violencia, que entre las ropas en desorden llevaban enganchados mechones de sus cabellos grises. Era una zambra de brujas, atizando una hoguera diabólica para perpetrar una infamia: el martirio de un santo; el pensamiento escrito quemado en la plaza pública; todo un mundo de verdad y de esperanza destruido. Y el gran resplandor, que á ratos hacía palidecer la lámpara, inundaba la pieza y agitaba en el techo las desmesuradas sombras de las mujeres.

Pero al querer desocupar el fondo del armario, y cuando había quemado ya la masa

revuelta de papeles que contenía, Felicidad profirió un grito ahogado de triunfo.

—¡Ah! ¡Están aquí!... ¡Al fuego! ¡Al fuego!

Acababa de caer sobre los legajos. Allá, en el fondo, detrás de la muralla de papeles, había ocultado el doctor las cubiertas de papel azul. Y aquello fué ya la locura, el furor rabioso de la devastación: cogidos á dos manos, lanzados á las llamas, los legajos llenaban la chimenea de un rugido de incendio.

—¡Arden, arden!... ¡Arden al fin! Martina, este otro, y este... ¡Ah! ¡Qué hoguera, que gran hoguera!

La criada se alarmaba.

—Señora, ande con cuidado, va V. á incendiar la casa... ¿No oye V. qué modo de rugir?

—¡Ah! ¿Qué importa? ¡Ya puede quemarse todo! ¡Qué bien, qué bien arden! ¡Qué hermosura!... ¡Otros tres! ¡Dos más! ¡Y el último, el último ardiendo!

Reía de gozo, fuera de sí, con expresión espantosa, cuando acertaron á caer algunos fragmentos de hollín inflamado. El rugido era ya terrible: se había prendido fuego á la chimenea, que nunca se limpiaba. Aquello pareció excitarla más aún; pero Martina, despavorida, empezó á gritar y á correr por la habitación.

Clotilde dormía al lado de Pascual muerto, en medio de la calma soberana del cuarto. No se escuchaba más ruido que la vibración ligera del timbre del reloj al dar las tres. Los cirios ardían con llama larga é inmóvil; ni el menor estremecimiento agitaba el aire. Y desde el fondo de su pesado sueño oyó la joven como un tumulto, un tropel creciente de pesadilla. Cuando abrió los ojos, no se dió cuenta de nada en el primer instante. ¿Dónde estaba? ¿Por qué aquel peso enorme que oprimía su corazón? Recordó la realidad espantosa: volvió á ver á Pascual; oyó los gritos de Martina, y se precipitó, llena de angustia, para saber lo que pasaba.

Pero desde el umbral abarcó toda la escena en su claridad salvaje: el armario abierto y completamente vacío; Martina enloquecida por el miedo al fuego; su abuela Felicidad radiante, empujando con el pie hacia las llamas los últimos fragmentos de los legajos. La sala estaba llena de humo y de hollín flotante, y en sus ámbitos resonaba el mugido del incendio como estertor de una agonía violenta, la algarada devastadora que aca-

baba de oir desde las profundidades de su sueño.

Y el grito que brotó de sus labios fué el que profirió el mismo Pascual la noche de la borrasca, al sorprenderla robándole los papeles.

—¡Ladronas! ¡Asesinas!

Se precipitó como una exhalación hacia la chimenea; y á pesar del terrible mugido, á pesar de los trozos de hollín encendido que caían, y á riesgo de quemarse el pelo y abrasarse las manos, cogió á puñados las cuartillas no consumidas aún y las apagó valerosamente, apretándolas contra su cuerpo. Pero era bien poca cosa: restos apenas; ni una hoja completa; ni migajas del colosal trabajo, de la obra paciente y enorme de toda una vida, que el fuego acababa de destruir en dos horas. Y crecía su cólera; la inundaba una ola de furiosa indignación.

—¡Son Vds. unas ladronas, unas asesinas!... ¡Lo que acaban de cometer es un asesinato infame! ¡Han profanado Vds. la muerte! ¡han matado el pensamiento, el genio!

La abuela no retrocedía. Al contrario, se adelantaba, sin remordimientos, con la cabeza erguida, defendiendo la sentencia de destrucción por ella dictada y ejecutada.

—¿Es conmigo con quien hablas, con tu abuela?... Hice lo que debía; lo que tú quisiste hacer con nosotras en otra ocasión.

—Entonces me habían Vds. vuelto loca Pero he vivido, he amado y he comprendido... y luego, era una herencia sagrada, confiada á mi celo; el último pensamiento de un muerto, lo que quedaba de un gran cerebro, lo que yo debía imponer á todos... ¡Sí; tú eres mi abuela! ¡y es como si acabases de quemar á tu hijo!

—¡Quemar á Pascual, porque he quemado sus papeles!—gritó Felicidad. ¡Hubiese yo quemado la ciudad entera por salvar la reputación de nuestra familia!

Seguía avanzando, batalladora, triunfante; y Clotilde, colocando sobre la mesa los trozos ennegrecidos que acababa de salvar, los defendía con su cuerpo, temerosa de que volviera á arrojarlos á las llamas. Felicidad los desdeñaba; no se preocupaba siquiera del fuego de la chimenea, que felizmente se extinguía de suyo. Martina, entre tanto, ahogaba con la paleta el hollín y las últimas cenizas ardientes.

—A ti te consta, á pesar de todo—continuó la vieja, cuya estatura parecía crecer—que yo no he tenido más que una ambición, más

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APDO. 1625 MONTERREY, MEXICO

que una pasión: la fortuna y el imperio de los nuestros. He combatido; he velado toda mi vida, y no he vivido tanto tiempo sino para destruir los rumores infamantes y dejar una leyenda gloriosa de nosotros... Sí; jamás he desesperado; jamás he desfallecido; siempre he estado dispuesta á aprovechar las menores circunstancias... y he hecho todo cuanto he querido, porque supe esperar.

Con ademán enérgico señaló el armario vacío y la chimenea donde morían las últimas chispas.

—Ahora se ha concluido. Nuestro honor está á salvo; no nos acusarán ya esos indignos papeles, y no dejaré detrás de mí ningún peligro... Los Rougon triunfan.

Clotilde, frenética, levantaba el brazo como para echarla. Pero se fué ella de buen grado, bajando primero á la cocina á lavarse las manos y arreglarse el pelo. Iba á seguirla la criada, cuando, viendo el ademán de su señorita, se volvió.

—¡Oh! Yo, señorita, me iré pasado mañana, cuando esté en el cementerio el señor.

Medió un silencio.

—Es que yo no la despido á V., Martina; sé bien que no es V. la más culpable... Hace

treinta años que vive V. en esta casa. Quédese, quédese conmigo.

La vieja meneó su cabeza gris, completamente pálida.

—No. He servido al señor, y después del señor no serviré á nadie.

—¡Pero á mí!

Martina alzó los ojos turbios, y miró á a joven, aquella niña á quien había visto crecer.

—¡A V. no!

Entonces Clotilde, cohibida, quiso hablarla del hijo que llevaba en su seno: del hijo de su amo, á quien quizá querría servir. Martina adivinó su pensamiento; recordó la conversación que había sorprendido, y miró aquel vientre de mujer fecunda, donde aún no se indicaba el embarazo. Pareció reflexionar un instante. Después, resueltamente:

—El niño, ¿verdad?... ¡No!

Y acabó por ajustar sus cuentas, arreglando el asunto como mujer práctica que conoce el valor del dinero.

—Puesto que tengo de qué vivir, voy á ir á comerme mis rentas tranquilamente á cualquier parte... A V., señorita, puedo dejarla, porque no es pobre. El señor Ramond le explicará á V. mañana cómo se han sal-

vado cuatro mil pesetas de renta en la notaría. Entre tanto, aquí tiene la llave de la gaveta, donde encontrará las cinco mil que ha dejado el señor... ¡Oh! Ya sé que nosotras no reñiremos. El señor no me pagaba hace tres meses; tengo papeles que lo prueban. Además, en estos últimos tiempos he puesto unas doscientas pesetas de mi bolsillo, sin que él supiese de dónde venía el dinero. Todo eso está escrito, y nada recelo; la señorita no me perjudicará en un céntimo siquiera... Pasado mañana, cuando el señor no esté ya ahí, me marcharé.

A su vez, bajó á la cocina; y Clotilde, á pesar de la devoción ciega de aquella mujer, que la indujera á prestarse á un crimen, sintió infinita tristeza por tal abandono. Pero al recoger los restos de los legajos, antes de volver al cuarto mortuorio, tuvo una satisfacción: la de encontrar de repente el árbol genealógico, extendido sobre la mesa, sin que lo hubiesen visto siquiera las dos mujeres. Era el único residuo entero, una santa reliquia. Lo cogió, y fué á guardarlo en la cómoda del cuarto con los fragmentos medio consumidos.

Pero, al encontrarse en aquella estancia augusta, la invadió gran emoción. ¡Qué soberana calma, qué paz inmortal, al lado del salvajismo destructor que había llenado la inmediata sala de humo y de ceniza! ¡De la sombra descendía una serenidad sagrada; los dos cirios ardían con una llama pura é inmóvil, sin el menor estremecimiento! Y vió entonces que el semblante de Pascual se había quedado muy blanco entre las ondas dispersas de la blanca barba y de los blancos cabellos. Dormía en medio de la luz, como envuelto en una aureola, soberanamente hermoso. Clotilde se inclinó; le besó una vez más, sintiendo en su boca el frío de aquel rostro de mármol, con los párpados cerrados, que dormía el sueño de la eternidad. Fué tal su dolor por no haber podido salvar la obra cuya custodia le confiara, que cayó de rodillas, sollozando. Acababan de violar el genio, y le parecía que el mundo iba á hundirse, ante la destrucción feroz de una vida laboriosa y santa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIV

En la sala de trabajo, Clotilde abrochaba el cuerpo del traje, teniendo aún en el regazo el niño, al cual acaba de dar el pecho. Era después del almuerzo, hacia las tres de la tarde de un espléndido día de Agosto, de cielo abrasador; las persianas, cerradas cuidadosamente, no dejaban penetrar, al través de las rendijas, más que estrechas fajas de sol, en la sombra dormilona y encalmada del vasto aposento. La paz, la ociosidad del domingo, parecían esparcirse por fuera, con el sonido lejano de las campanas que tañían el último repique de vísperas.

Ni un rumor se elevaba en la casa vacía, donde la madre y el niño estarían solos hasta la hora de comer, pues la criada había pedido permiso para ir á ver una prima al arrabal.

Clotilde miró un instante á su hijo, rollizo mamón de tres meses. Había parido en

los últimos días de Mayo. Durante diez meses llevó luto por Pascual, y vistió un sencillo traje negro, con el cual estaba divinamente hermosa, fina, sana, con su rostro de una juventud triste, aureolado por sus cabellos rubios. No podía sonreir, pero experimentaba dulce bienestar al ver á su nene hermoso, gordo, sonrosado, con la boca mojada aún de leche. La mirada del chiquitín se fijó en una de las franjas de sol, donde bailaba el polvo. Pareció quedar sorprendido: no separaba los ojos de aquella claridad de oro, aquel milagro deslumbrante de la luz. Después vino el sueño, y dejó caer sobre el brazo de su madre su cabecita redonda y lisa, sembrada ya de escasos cabellos pálidos.

Entonces Clotilde se levantó suavemente, y le puso en la cuna, que se hallaba cerca de la mesa. Permaneció inclinada sobre él un instante para convencerse de que dormía. Corrió la cortina de muselina, en medio de la sombra del crepúsculo. Sin ruido, haciendo movimientos delicados, caminando con paso tan ligero que apenas tocaba el piso, se ocupó en seguida en ordenar la ropa que estaba encima de la mesa, y cruzó dos veces la habitación en busca de un zapatito que se había extraviado. Estaba silenciosa, muy dulce y

muy activa. Aquel día, en medio de la soledad, pensaba en que iba corriendo el año del luto.

Además, después de la horrible impresión del entierro, ocurrió la marcha inmediata de Martina, que se había obstinado en irse, no queriendo permanecer ni ocho días, y ofreciendo, para reemplazarla, á una joven, prima de un panadero de la vecindad, muchacha morena, que felizmente resultó bastante trabajadora. Martina vivía en Santa Marta, en un agujero lejano, tan avaramente, que aún economizaba parte de las rentas de su pequeño tesoro. No se le conocía heredero; ¿á quién preferiría, en su furor de avaricia? En diez meses no había puesto los pies en la Souleiade ni una sola vez: el señor no estaba ya allí, y por lo visto no la hostigaba el deseo de ver al hijo de su amo.

Luego Clotilde evocaba en sus deliquios la figura de doña Felicidad. Esta venía á visitarla de vez en cuando, con condescendencia de pariente poderoso, que tiene el alma sobrado grande para perdonar todas las faltas cuando son expiadas cruelmente. Llegaba de improviso, cogía en brazos al niño, hablaba de moral, daba consejos, y la joven madre, frente á frente de la vieja, adoptaba la deferente actitud que Pascual había conservado siempre. Por otra parte, el triunfo era para doña Felicidad. Al fin iba á realizar una idea acariciada largo tiempo, maduramente reflexionada, que debía consagrar, con monumento imperecedero, la gloria de la familia. La idea consistía en consagrar toda su considerable fortuna á la construcción y dotación de un asilo para los viejos, que se llamase el Asilo Rougon. Había comprado ya el terreno, una parte del antiguo Juego del Marro, fuera del pueblo, cerca de la estación, y precisamente aquel domingo, hacia las cinco, cuando el calor se aplacase algo, se colocaría la primera piedra: una verdadera solemnidad, honrada con la presencia de las autoridades, y donde ella sería la reina aplaudida por la muchedumbre.

Clotilde sentía además cierta gratitud hacia doña Felicidad, que procedía de haber demostrado esta gran desinterés cuando la apertura del testamento de Pascual. Él había instituido á Clotilde universal heredera; y su madre, que tenía derecho á reservar una cuarta parte, después de ver formalmente declarada la voluntad de su hijo, había renunciado á la herencia. Ella quería desheredar á todos sus parientes, no le-

garles más que la gloria, empleando su gran fortuna en levantar ese Asilo que llevaría el nombre respetado y bendecido de los Rougon en las edades futuras; después de haber sido durante medio siglo tan firme en la conquista del dinero, ahora lo desdeñaba, absorbida por más alta ambición. Y á Clotilde, gracias á su liberalidad, no la inquietaba el porvenir: los cuatro mil francos de renta les bastaban á ella y á su niño. Lo educaría, haría de él un hombre. Había colocado los cuatro mil francos, á nombre de su hijo, en casa del notario; y aún le quedaba á ella la Souleiade, que todos la aconsejaban que vendiese. Sin duda las rentas no eran pingües, y ¡qué vida de soledad y de tristeza, en aquel caserón desierto, demasiado grande, donde ella nadaba y se perdía! De todos modos, hasta entonces no se había decidido á desprenderse de ella. Tal vez no se decidiría jamás.

¡Ah! ¡Aquella Souleiade era todo su amor' toda su vida, todos sus recuerdos! Le parecía, por momentos, que Pascual vivía aún, pues ella en nada había alterado su vida de antes. Los muebles estaban en el mismo sitio, las horas señalaban los mismos hábitos. Había cerrado su alcoba; sólo ella

entraba allí, como en un santuario, para llorar cuando sentía muy apenado su corazón. En el recinto donde ambos se habían amado, en el lecho donde él había muerto, Clotilde se acostaba todas las noches, como en otro tiempo, cuando era muchacha; y no había allí, cerca de la cama, más que la cuna, que colocaba al lado por la noche. Era siempre la misma alcoba dulce, de antiguos muebles de familia, con los adornos, descoloridos por el tiempo, de tono rosa: la vieja alcoba que el niño alegraba de nuevo.

Luego, abajo, cuando Clotilde estaba sola en el comedor, á cada comida oía los ecos de sus risas, de los vigorosos apetitos de su juventud, cuando los dos comían y bebían tan alegremente gozando la salud vital. Y lo mismo el jardín y toda la finca, la herían en las fibras más íntimas, pues no podía dar un paso sin evocar las dos imágenes, unida la una á la otra: ¡desde la terraza, en la sombra estrecha de los cipreses seculares, cuántas veces habían contemplado el valle del Viorne, limitado por las barreras rocosas de la Seille y las costas abrasadas de Santa Marta! ¡Por las gradas de peña viva, al través de los olivares y de los almendros delgados, se habían desafiado tantas veces á trepar como chiqui-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

llos escapados de la escuela! ¡Allí estaba también el pinar, con su sombra cálida, embalsamada, donde se sentían las hojas crujir bajo los pies; el piso tapizado de blanda hierba, desde donde se veía el cielo entero, por la noche, cuando salían las estrellas! ¡Y allí estaban los plátanos gigantes, la sombra deliciosa que iban á saborear en los días de verano, escuchando la canción refrescante del manantial, la nota pura y cristalina del hilo de agua que sonaba desde hacía siglos! Hasta las viejas piedras de la casa, hasta la tierra del suelo la traía recuerdos; no había en la Souleiade un átomo donde no sintiera circular algo de su sangre, algo de su vida, esparcida y mezclada.

Prefería pasar el día en la sala de trabajo; allí tenía sus mejores reminiscencias. No había ningún mueble nuevo más que la cuna. La mesa del doctor estaba en su sitio, delante de la ventana de la izquierda; podía entrar y sentarse, pues la silla también era la de costumbre. En la ancha mesa del centro, entre el antiguo montón de libros y de carpetas, había la nota nueva y clara de las ropitas del niño, que su madre repasaba y zurcía. La biblioteca mostraba las mismas series de volúmenes; el gran armario de encima parecía guardar en sus entrañas el mismo tesoro, sólidamente cerrado. Bajo el techo ahumado flotaba aún el olor del trabajo, entre el revoltijo de las sillas, el desorden de aquel taller común donde durante tanto tiempo habían convivido los caprichos de la joven y las investigaciones del sabio. Y lo que más la emocionaba hoy era ver sus antiguos pasteles pegados á los muros; las flores naturales que había dibujado, copiadas minuciosamente, y además las fantásticas excursiones al país de las flores soñadas, que germinaron en su ardiente imaginación.

Clotilde acababa de ordenar las ropitas del niño en la mesa, cuando, al levantar la vista, vió ante sí el pastel del viejo rey David, con la mano apoyada en la espalda desnuda de Abisaig, la joven Sunamita. Y ella, que no reía ya, sintió que el regocijo le subía al rostro, en el dichoso enternecimiento que experimentaba. ¡Cómo se amaban, cómo soñaban en la eternidad, el día en que ella se solazara con aquel símbolo, al lado de su Pascual! El viejo rey, vestido suntuosamente con túnica joyante, cargada de pedrerías, ostentaba la diadema real en sus cabellos de nieve; y ella estaba más magnífica aún, sólo con la seda de su piel, su talle delgado y lar-

go, su garganta fina y torneada, sus brazos suaves, de una gracia divina. El se había marchado, dormía bajo tierra, mientras ella, vestida de luto, toda negra, no mostrando nada de su triunfante desnudez, sólo tenía al niño para expresar el don sereno, absoluto, que había hecho de su persona ante el pueblo reunido, á la luz del día.

Clotilde concluyó por sentarse suavemente al lado de la cuna. Las franjas de sol se alargaban de un extremo á otro de la sala; el calor ardiente del día penetraba entre la sombra adormecedora de las ventanas cerradas; el silencio de la casa parecía haberse aumentado. Clotilde había colocado aparte las almillitas, y recosía los cordones lentamente, puntada á puntada, presa de la somnolencia, en medio de aquella paz tibia, que la envolvía rechazando el bochorno de afuera. Su pensamiento volvió á los pasteles, los reales y los imaginarios, y pensaba ahora que su dualidad se cifraba en aquella verdadera pasión que la retenía horas enteras ante una flor, para copiarla con exactitud, y en su necesidad del más allá que otras veces la arrojaba fuera de lo real, la arrastraba á sueños locos, al paraíso de las flores increadas. Siempre había sido así; sentía

que en el fondo de su ser persistía lo que había sido antes, bajo la ola de vida nueva que la transformaba sin cesar. Su pensamiento entonces recayó en la gratitud profunda que consagraba á Pascual por haberla hecho lo que era. En otro tiempo, cuando niña, mientras se desarrollaba en un medio execrable, él la había recogido, cediendo, seguramente, á su buen corazón, pero deseoso sin duda de realizar en ella la experiencia de cómo se transformaría en un medio todo verdad y ternura. Era en él preocupación constante, teoría antigua, que había querido demostrar la cultura por el medio, la curación, el ser mejorado y salvado física y moralmente. Ella le debía lo mejor de sí misma, pues adivinaba lo antojadiza y violenta que hubiese sido si él no la da la pasión y el valor. En aquella eflorescencia al sol, la vida había acabado por lanzarles el uno en los brazos del otro, y ¿no era el esfuerzo último de la bondad y la alegría el niño que les habría alegrado á ambos, si la muerte no les separara?

En esta ojeada retrospectiva tuvo clara sensación del gran cambio en ella realizado. Pascual había corregido su ley de herencia, y ella resucitaba la evolución lenta, la lu-

cha entre lo real y lo quimérico. Esto se originaba de sus rabietas de niña, de una tendencia á la rebelión, de un desequilibrio, que la sacaba de quicio mil veces. Luego venían sus accesos de devoción, su necesidad de ilusiones y de mentiras, de felicidad inmediata, pensando que las desigualdades y las injusticias de este mundo amargo debían ser compensadas con las eternas dichas de un paraíso futuro. Aquella fué la época de las luchas con Pascual, de los tormentos con que le había torturado pensando en asesinar su genio. Volvía á aquel recodo del camino, y allí encontraba á su maestro conquistándola por la lección terrible de vida, y trato que la había dado durante la noche de la tempestad. El medio había obrado, la evolución se precipitaba: concluía por ser la elegida, la razonable, que aceptaba la existencia, según hay que vivirla, esperando que la suma del trabajo humano libraría al mundo del mal y del dolor. Había amado, era madre, y basta.

De pronto se acordó de la noche que habían pasado al aire libre. Oía sus quejas bajo el cielo estrellado: la naturaleza atroz, la humanidad detestable, la debilidad de la ciencia, la necesidad de perderse en Dios, en el misterio. Fuera del aniquilamiento no había

dicha. Luego le oía explicar su credo, el progreso de la razón por la ciencia, el único bien posible, las verdades lentamente adquiridas para siempre, la creencia de que la suma de esas verdades aumentadas poco á poco acabará por conceder al hombre un poder incalculable, y la serenidad, si no la dicha. Todo se resumía en la fe ardiente de la vida. Como decía él, era necesario caminar con la vida, que no se para nunca. No había que esperar ningún descanso, ningún sosiego en la inmovilidad de la ignorancia, ningún alivio en la vuelta atrás. Había que tener el espíritu firme, la modestia de comprender que la única recompensa de la vida es haberla vivido animosamente, cumpliendo la norma que nos impone. Así el mal no es más que un accidente inexplicado aún; la humanidad aparece, mirada desde lo alto, como inmenso mecanismo en función que elabora perpetuamente el porvenir. ¿Por qué el obrero que desaparece al concluir su trabajo, maldice la obra porque no puede verla ni juzgarla en su fin? Si no es dado conocer el desenlace, ¿por qué no gustar el placer de la acción, el aire vivo del adelanto, la dulzura del sueño, después de larga fatiga? Los niños continúan la tarea de sus pa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dres; nacen y se les ama por eso, por la mancha de la vida que les transmitimos que ellos transmitirán á su vez. Por lo tanto, no hay más que la resignación valerosa de la gran labor común, sin la rebeldía del yo, que exige dicha absoluta.

Clotilde se interrogaba á sí misma, y no experimentaba que el abandono, la angustia de otro tiempo, cuando pensaba en el más allá de la muerte. El anhelo del más allá ya no la preocupaba hasta la tortura. En otro tiempo, hubiese querido arrancar violentamente al cielo el secreto del destino. Tenía infinita tristeza de ser, sin saber por qué era. ¿Qué hacía sobre la tierra? ¿Cuál es el secreto de esta existencia execrable, sin igualdad, sin justicia, que se aparece como la pesadilla de una noche de delirio? Su afán se había calmado; podía pensar en las cosas serenamente. Tal vez el niño era la continuación de sí misma, y ocultaría en adelante el horror del fin. Donde ella habitaba había también mucho equilibrio en la vida; pensamiento que bastaba para vivir, por el esfuerzo de vivir; la única paz posible en el mundo, la dicha de ese esfuerzo cumplido. Repitió unas palabras que solía decir el doctor, cuando veía á un aldeano regresar apaciblemente después de su trabajo del día: "A ese, la cuestión del más allá no le impedirá dormir.„ Lo cual significa que este problema no se embrolla ni se confunde más que en los cerebros febriles y ociosos. Si todos hiciesen lo que el aldeano, todos dormirían tranquilos. Ella sentía este poder bienhechor del trabajo, en medio de sus sufrimientos y sus duelos. Desde que Pascual le había enseñado el empleo de cada hora, sobre todo desde que era madre, ocupada sin cesar de su niño, no padecía ya el escalofrío de lo desconocido, que pasa sobre la nuca como helado soplo. Repelía sin lucha sus delirios inquietadores; y si aún la turbaba algún temor, si alguna de las cotidianas amarguras la oprimía el corazón, encontraba un confortante, una fuerza de resistencia invencible en el pensamiento de que su niño tenía un día más aquel día y otro al siguiente y que día á día, página á página, se acabaría su viviente obra. Esto la resarcía de todas las miserias. Tenía una función, un objeto, y lo conocía bien en su serenidad dichosa; hacía seguramente lo que debía hacer: todo iba como Dios manda.

Sin embargo, en aquel momento comprendió que la mujer quimérica no se había extinguido en ella aún. Acababa de sonar ligero

ruido en el silencio profundo, y levantó la cabeza: era el mediador divino que pasaba, tal vez el muerto que lloraba y que creía adivinar allí. Siempre tendría rastros de la infancia crédula de otro tiempo, curiosa ante el misterio, sintiendo la necesidad instintiva de lo ignoto.

Clotilde había creado parte de esa necesidad, que explicaba científicamente. Por muy lejos que la ciencia coloque los límites de los conocimientos humanos, hay un punto que jamás franqueará, y allí era donde Pascual cifraba precisamente el único interés de vivir, por el deseo incesante de saber más. Desde entonces Clotilde admitía las fuerzas desconocidas en que se sumergía el mundo, un inmenso dominio oscuro diez veces mayor que el dominio ya conquistado, un infinito inexplorado, á través del cual la humanidad futura ascenderá sin cesar. Cierto: era un campo muy vasto, donde se perdía la imaginación. En las horas de cavilaciones, Clotilde se contentaba con la imperiosa sed que parecía sentir del más allá: necesidad de huir del mundo visible, de satisfacer la ilusión de justicia absoluta y dicha futura. Lo que le quedaba de su antiguo tormento, su exaltación última, se apaciguaba, puesto que la

humanidad que sufre no puede vivir sin el consuelo de la mentira. Felizmente, todo se desvanecía en ella. En medio del retorno á una época alimentada por la ciencia, inquieta por las ruinas que sembraba al paso, presa de espanto ante el siglo nuevo, con el loco anhelo de no ir más lejos, antes caminar hacia atrás, Clotilde poseía el feliz equilibrio, la pasión de la verdad y el ansia de lo desconocido. Si los sabios sectarios cerraban el horizonte para atenerse estrictamente á los fenómenos, le había permitido á ella, Pascual criatura sencilla y buena, suponer lo que no sabía ni sabría jamás. Y si el credo de Pascual era la conclusión lógica de toda la obra, la eterna cuestión del más allá, que ella alzaba cuando menos hasta el cielo, abría la puerta del infinito ante la humanidad en marcha. Puesto que siempre habría que aprender y que resignarse á no conocerlo todo, ¿no era acelerar el movimiento, la vida misma, eso de reservar el misterio, eterna duda y eterna esperanza?

Un nuevo ruido, un ala que pasó, el roce de un beso en sus cabellos la hizo sonreir. Pascual estaba allí seguramente. Y Clotilde sintió un enternecimiento inmenso que, venido de todas partes, inundaba su ser. ¡Qué

bueno y alegre estaba él, y qué amor á los humanos le inspiraba su pasión por la vida! Quizá el austero sabio no era más que un soñador, pues había realizado el más hermoso de los sueños, la creencia final en un mundo superior, cuando la ciencia haya investido al hombre de poder incalculable: aceptarlo todo, emplearlo para la dicha, saberlo todo y preverlo, reducir á la naturaleza á una servidora, vivir en la tranquilidad de la inteligencia satisfecha.

Más adelante, el trabajo deseado y metódico bastaría para la buena salud general. Tal vez el sufrimiento sería utilizado algún día. Y frente á labor tan enorme, ante la suma de los seres vivientes, malos y buenos, admirables siquiera por su valor y por su trabajo, Clotilde no veía más que una humanidad fraternal, una indulgencia sin límites, una infinita piedad y una caridad ardiente. El amor, como el sol, bañaba la tierra, y la bondad era el gran río donde bebían todos los corazones.

Hacía dos horas que Clotilde movía la aguja con el mismo movimiento regular, en tanto que sus fantasías desvanecíanse. Los cordones de las almillitas ya estaban recosidos; también había marcado las sábanas compradas la noche anterior. Cuando terminó su costura se levantó para ordenar la ropa. Afuera, el sol declinaba; las fajas de oro, estrechas y oblicuas, ya no entraban por las persianas. Clotilde apenas veía: fué á abrir una ventana y se quedó abstraída un instante ante el vasto horizonte que de pronto se desarrolló delante de ella. El calor sofocante cedía, un ligero viento soplaba en aquel cielo admirable, de un azul sin mancha. A la izquierda se distinguían hasta las menores copas de los pinos, entre los terrenos hundidos, color de sangre, del Seille; mientras que hacia la derecha, cerca de las costas de Santa Marta, el valle del Viorne se extendía hasta el infinito, en las arenas de oro de su lecho. Clotilde miró un instante la torre de San Saturnino, dorada también, dominando el pueblo teñido de rosado color. Iba á retirarse, cuando cierto espectáculo la hizo volver á su sitio y la retuvo allí largo tiempo, con los codos apoyados en la ventana.

Más allá de la vía férrea rebullía una muchedumbre que se amontonaba en el antiguo juego del Mallo. Clotilde se acordó de la ceremonia, y comprendió que doña Felicidad iba á colocar la primera piedra del Asilo Rougon, el monumento victorioso, destinado

á transmitir á las edades futuras la gloria de la familia. Se habían hecho grandes preparativos: desde hacía ocho días no se hablaba sinó de una paleta de plata que la vieja señora usaría en persona, queriendo figurar y triunfar, á los ochenta y dos años. Lo que la henchía de un orgullo regio, era que terminaba la conquista de Plassans por tercera vez con esta circunstancia, pues obligaba al pueblo entero, á los tres barrios, á agruparse alrededor de ella, á escoltarla, á aclamarla bienhechora. En efecto, debían asistir damas elegidas entre las más nobles del barrio de San Marcos, una delegación de las sociedades obreras del barrio viejo, en fin, las gentes más conocidas del pueblo, abogados, notarios, médicos, sin contar el populacho, una ola de gente con trajes de domingo, que paseaban allí como en día de fiesta. Y en medio de este triunfo supremo, doña Felicidad era la más orgullosa: ella, una de las reinas del segundo imperio, la viuda que llevaba tan dignamente el luto por el régimen caído, por el triunfo de la nueva república, obligándola á venir en la persona del sub-prefecto á saludarla y á darla las gracias. No se había anunciado más que un discurso del alcalde, pero era seguro, desde por la noche, que el subprefecto, hablaría también. Desde tan lejos, Clotilde no distinguía más que una confusión de levitas negras y de vestidos claros de mujeres, bajo el espléndido sol. Luego, un rumor vago: música, la murga de los aficionados del pueblo, cuyos acordes, en alas del viento, la llevaban por instantes, vibraciones de cobre.

Clotilde abandonó la ventana, abrió el gran armario de encina, tan lleno en otro tiempo de los manuscritos del doctor, y hoy vacío de ellos y ocupado por las ropas del niño. Parecía no tener fondo, según era de inmenso y ancho; en los estantes, amplios y desnudos, no había más que los pañales finos, las almillitas, los gorros, los zapatitos, el montón de sábanas, toda la lencería fina, la pluma ligera de pájaro, en el nido donde tantas ideas habían dormido amontonadas, donde se había acumulado, durante treinta años, la obstinada labor de un hombre, condensándose en una catarata de papeles, no quedaba más que el canastillo de un pequeño ser; ni siquiera sus vestidos, sino las primeras ropas que le cubrían por una hora, sin que él mismo pudiera servirse de ellas. La inmensidad del antiguo armario parecía alegre y refrescada.

Cuando Clotilde hubo colocado en un estante las sábanas y las almillas, vió en un gran envoltorio los restos de los legajos que había llevado allí, después de salvarlos del fuego. Recordaba una súplica que el doctor Ramond había venido á dirigirla por la noche: no era otra que la de ver si entre aquellos restos quedaba algún fragmento de importancia, de interés científico. El joven médico estaba desesperado por la pérdida de los manuscritos inestimables que le había legado el maestro. Inmediatamente de ocurrido el fallecimiento, se había esforzado en resumir la suprema conversación aquel conjunto de vastas teorías, expuestas por el moribundo con serenidad heroica; pero no logró más que incompletos resúmenes, faltaban estudios completos, observaciones hechas día por día, los resultados adquiridos y las leyes formuladas. La pérdida era irreparable é imponía una tarea que había que realizar; Ramond se lamentaba de no poseer más que indicaciones, y decía que necesitaba un plazo de veinte años, lo menos, para reconstruir y utilizar las ideas del trabajador solitario, cuyos trabajos habían sido destruidos por una catástrofe salvaje é imbécil.

El árbol genealógico, único documento intacto, estaba en el envoltorio, y Clotilde lo llevó todo á la mesa, cerca de la cuna. Cuando sacó todos los restos uno á uno, se convenció de lo que ya creía cierto: que ni una página del manuscrito estaba completa, ni una sola nota hacía sentido. No quedaban más que fragmentos, trozos de papel medio quemado y ennegrecido, sin enlace, sin continuación. Pero á medida que Clotilde los examinaba, de aquellas frases incompletas, de aquellas palabras medio consumidas por el fuego, donde nadie más que ella comprendería nada, surgía el interés. Se acordaba de la noche de la tormenta: las frases se completaban, un fragmento de palabra evocaba los personajes, las historias. El nombre de Máximo apareció, y Clotilde recordó la existencia de aquel hermano que siempre le había sido extraño, y cuya muerte, ocurrida dos meses antes, no le arrancó una lágrima. Luego, un renglón cercenado que contenía el nombre de su padre la causó malestar, pues ella sabía que Saccard se había guardado para sí la fortuna y la casa de su hijo por culpa de la sobrina de su peluquero, aquella Rosa tan cándida, pagada con generoso estipendio. Encontró además otros nombres: el de su tío Eugenio, anti-

guo vice-emperador, muerto ya; el de su primo Sergio, cura de San Eutropio, del cual le habían dicho que estaba tísico, moribundo. A cada fragmento, Clotilde se animaba; la familia execrable y fraternal de sus deudos renacía entre aquellas cenizas negras, donde no había más que sílabas incoherentes.

Clotilde tuvo entonces la curiosidad de desplegar y extender sobre la mesa el árbol genealógico. Se había apoderado de ella la emoción; la habían enternecido aquellas reliquias, y cuando releyó las notas trazadas por el lápiz de Pascual, minutos antes de expirar, las lágrimas acudieron á sus ojos. ¡Con qué valor había escrito la fecha de su muerte! ¡Y cómo se sentía su tristeza, su desesperación de la vida, en las palabras temblorosas que anunciaban el nacimiento del niño! El árbol ascendía, se ramificaba, multiplicando sus hojas, y ella se abstraía largo tiempo en contemplarlo, pensando que toda la obra del maestro estaba allí, en aquella vegetación, clasificada y documentada, de su familia. Oía las palabras con que él comentaba cada caso hereditario; se acordaba de sus lecciones. Los niños la interesaban sobre todo. El hermano,

á quien el doctor había escrito á Numea para adquirir noticias acerca del niño nacido del matrimonio de Esteban, se había decidido á contestar, y lo único que decía era el sexo—una niña robusta.—Octavio Mouret había perdido á su hija, muy raquítica, mientras su hijo crecía vigoroso. Por otra parte, el fondo de salud hermosa y recia, de extraordinaria fecundidad, estaba siempre en Valqueyras, en casa de Juan, cuya mujer en tres años había tenido dos niños, y estaba en el tercer embarazo. La chiquillería retoñaba gallardamente al sol, tirada por el suelo, mientras su padre trabajaba y la madre aderezaba admirablemente la comida y lavaba á los niños. Había allí sobrada savia nueva para rehacer un mundo. Clotilde, en tal momento creyó oir el grito de Pascual: "¡Ah! ¿Qué va á ser de nuestra familia, en qué parará al fin?„ Y recayó en sus ensueños ante el árbol que prolongaba en el porvenir sus últimas ramas. ¿Quién sabe de dónde nacería la rama sana? Quizás el sabio, el poderoso, el Mesías, germinaría allí.

Un ligero grito sacó á Clotilde de sus reflexiones. La muselina de la cuna parecía animarse y respirar; era el niño que despertaba, llamando y agitándose. Le tomó

en sus brazos en seguida, le alzó alegremente en el aire para bañarle en la luz dorada del dormitorio. Pero el niño era insensible á aquel hermoso declinar del día; sus vagos ojos se apartaban del vasto cielo, en tanto que abría desmesuradamente su pico rosado, de pajarillo hambriento siempre. Lloraba tan fuerte, era un despertar tan voraz, que la madre se decidió á darle el pecho. Además, ya era tiempo; hacía tres horas que no había mamado.

Clotilde volvió á sentarse cerca de la mesa. Puso al niño sobre sus rodillas, donde no se quedó callado, sino chillando con más fuerza, impacientándose; ella le miraba sonriendo, mientras desabrochaba su bata. La teta apareció, la teta menuda y redonda apenas henchida por la leche. Una ligera aureola terrosa había coloreado solamente el pezón, destacándose en la delicada blancura de aquella desnudez de mujer joven y divinamente formada. El niño ya se sentía inquieto y movía los labios. Cuando Clotilde posó el seno en su boca, tuvo un ligero estremecimiento de satisfacción, y chupó con el rozagante y voraz apetito de un rorro que quiere vivir. Mamaba con toda su fuerza, con avidez. La manecita libre empuñaba la teta, como para señalar su posesión, defenderse y conservarla. Luego, con la alegría del chorro continuo que sentía en la garganta, elevó el bracito en el aire, derecho como el asta de una bandera. Clotilde perseveraba en su inconsciente sonrisa, al verle tan vigoroso, nutriéndose de ella. En las primeras semanas, una grieta la había hecho sufrir mucho, y aún tenía el pecho delicado; pero sonreía, con el aire apacible de las madres, felices al dar su leche como darían su sangre.

Cuando hubo desatado su corpiño mostrando el seno, su desnudez maternal, apareció otro de sus misterios, un secreto de los más ocultos y de los más deliciosos: el fino collar de siete perlas, estrellas lácteas que el maestro había colocado en su cuello un día de miseria, en su loca manía de los regalos. Desde que lo llevaba, nadie lo había visto. Era parte de su pudor, era algo de su carne, tan sencilla, tan infantil. Y todo el tiempo que el niño mamaba, sólo ella lo veía enternecida, haciendo revivir el recuerdo de los besos, de que parecía conservar el penetrante olor.

Un lejano acorde de música sobresaltó á Clotilde. Volvió la cabeza, miró hacia el

campo rubio y dorado por el sol del ocaso. ¡Ah! Sí, aquella ceremonia, aquella piedra que allá abajo colocaban. Posó otra vez sus ojos en el niño, y se absorbió de nuevo en verle tragar con tan buen apetito. Clotilde había arrimado á sí un banquillo para apoyar el pie, elevando una de sus rodillas, y apoyaba la espalda en la mesa, al lado del árbol y de los fragmentos ennegrecidos de los legajos. Su pensamiento flotaba, encaminábase á una dulzura divina, mientras sentía en sí lo mejor de su vida, aquella leche pura que brotaba de sus entrañas. El niño estaba allí... el redentor tal vez. Habían sonado las campanas, los Reyes Magos bajaban del Oriente, seguidos de los pueblos, de toda la naturaleza, que celebraba la fiesta sonriendo al niño. Ella, la madre, mientras él bebía la vida, soñaba en el porvenir. ¿Qué llegaría á ser cuando, dándole todo su jugo, le hubiese hecho fuerte y grande? Un sabio que enseñaría al mundo algo de la verdad eterna, un capitán que inundaría de gloria á su país, ó, mejor aún, uno de aquellos pastores del pueblo que calman las pasiones y hacen reinar la justicia. Le veía muy hermoso, muy poderoso, muy bueno. Era el sueño de todas las madres, la certidumbre de llevar en su

seno al Mesías esperado; y había en tal esperanza, en tal creencia obstinada y misteriosa, en el triunfo seguro de su niño, la misma esperanza que produce la vida, la creencia que presta á la humanidad la fuerza, sin cesar renaciente, de seguir viviendo.

¿Qué sería aquel niño? Le miraba tratando de encontrarle semejanzas. De su padre, claro, tenía la frente y los ojos, y algo de la elevación y solidez y amplitud del cráneo. Ella también se reconocía en su boca fina y su barba delicada. Después, sordamente inquieta, buscaba el parecido de los otros, de los terribles ascendientes, todos los que estaban allí, en el árbol, esparcidos, retoñando de las hojas hereditarias. ¿Se parecía á éste, á aquél, al otro? Clotilde se calmaba y no podía esperar más, de tal modo estaba henchido de esperanza su corazón. La fe en la vida que el maestro había arraigado en ella, la conservaba vigorosa, en pie, inconmovible. ¡Qué importaban las miserias, los sufrimientos, las tribulaciones! La salud estaba en el trabajo universal, en el poder que fecunda y amamanta. La obra era buena cuando el fin del amor era tener un hijo. De ese modo sonreía la esperanza, á pesar de las llagas extendidas y del negro

cuadro de las humanas vergüenzas. Era la vida perpetuada, renaciente, jamás maldita, aunque la envuelvan y agobien la miseria y el dolor.

Clotilde lanzó una ojeada involuntaria al árbol de sus antepasados desplegado y abierto. ¡Sí! La amenaza estaba en él, ¡tantos crímenes, tanto lodo entre tantas lágrimas, y tanta bondad en el sufrimiento! ¡Una mezcla tan extraordinaria de lo excelente con lo peor, una humanidad en miniatura, con sus caídas y sus luchas! ¡Quién sabe! Tal vez hubiera sido mejor barrer con un rayo aquel hormiguero miserable y podrido. Y después de tantos Rougones, todos terribles, después de tanto Macquart desastroso, aún nacía uno más. La vida no temía seguir, en su valiente reto á la eternidad. La vida proseguía su obra, se propagaba, según sus leyes, indiferente á las hipótesis, marchando en su labor infinita. A riesgo de dar vida á monstruos, tenía que seguir creando, puesto que, á pesar de los enfermos y de los locos que suscita, no por eso deja de crear, sin duda con la ilusión de que á los robustos y los sabios les llegará su turno. ¡La vida, la vida que se desliza como un torrente, que continúa y vuelve á lanzarse hacia la conclusión ignorada! ¡La

vida en la cual nos zambullimos, la vida de las corrientes infinitas y opuestas, siempre en movimiento, inmensa, como un mar sin límites!

Un rapto de fervor maternal ascendió al corazón de Clotilde, feliz al sentir la voraz boquita chupar sin fin. ¡Era una plegaria, una invocación al niño como á un desconocido dios; al niño que sería hombre mañana, al genio que nacía quizá, al Mesías que esperaba al nuevo siglo, que sacaría á las gentes de sus dudas y de sus sufrimientos! Puesto que había que rehacer la nación, ¿no vendría el niño á realizar esa tarea? El aprendería con la experiencia, elevaría los muros, devolvería la certidumbre á los hombres vacilantes, edificaría la ciudad de la justicia, donde la única ley del trabajo aseguraría la felicidad. En los tiempos perturbados se debe esperar á los profetas. A no ser que fuera el Anticristo, el demonio devastador, la bestia que purgaría la tierra de la impureza, ya universal. Y la vida continuaría, á pesar de todo: era necesario esperar pacientemente miles de años antes de que apareciese el otro niño desconocido, el bienhechor.

El niño había agotado la teta derecha, y como rabiaba, Clotilde lo volvió, dándole el

pecho izquierdo. Luego sonrió bajo la caricia de las glotonas y desdentadas encías. Por lo menos ella tenía esperanza. Una madre es la imagen del mundo continuado y salvado. Clotilde se inclinó, encontrándose con los ojos límpidos del niño, que se abrían alegres, deseosos de luz. ¿Qué le diría su hijo para que sintiese latir el corazón bajo el agotado pecho? ¿Qué buena nueva anunciaría con la suave succión de su boca? ¿A qué causa sacrificaría su sangre, cuando fuese hombre robusto por virtud de aquella leche que había bebido? ¡Tal vez no decía nada, tal vez mentía ya, y, sin embargo, Clotilde se sentía tan dichosa, tan llena de absoluta confianza!

Nuevamente las campanas estallaron á lo lejos en repiques. Debía de ser la apoteosis, el instante en que Doña Felicidad, con su paleta de plata, colocaba la primera piedra del monumento elevado á la gloria de los Rougon. El cielo azul, que participaba del alborozo dominguero, estaba de fiesta. Y en el silencio, en la paz solitaria de la sala de trabajo, Clotilde sonreía á su niño, que seguía mamando con su bracito al aire, derecho, erguido como asta de bandera.

FIN

LA ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

AÑO V

Cada número forma un grueso volumen que se vende suelto á

DOCE REALES

La redacción de esta Revista la constituyen los siguientes escritores: **Arenal** (Doña Concepción), **Barrantes, Campoamor, Cánovas, Castelar, Echegaray, Galdós, Menéndez y Pelayo, Pardo Bazán** (Doña Emilia), **Palacio Valdés, Pi y Margall, Thebussem, Valera y Zorrilla**, con los que alternan, en concepto de colaboradores, los primeros publicistas españoles. La parte extranjera estará redactada por **Bourget, Cantú, Coppée, Cherbuliez, Daudet, Dostoyusky, Gladstone, Goncourt, Richepin, Tolstoy, Turguenef** y **Zola**.

Precios de suscrición, pagando por adelantado: En España, un año, *treinta pesetas*.—En las demás naciones europeas y americanas, y en las posesiones españolas, un año *cuarenta francos*, enviando el importe á esta Administración en letras sobre Madrid, París ó Londres.

Todas las suscriciones deben comenzar en Enero de cada año; los que se suscriban después de esta fecha recibirán los números atrasados.

Se remite un tomo de muestra gratis á quien lo pida por escrito á la administración.

El mejor elogio que puede hacerse de esta publicación es insertar el índice de algunos trabajos que en ella han salido á luz durante los cuatro primeros años: véanlo nuestros lectores.

Abate Marchena: Carta sobre el celibato eclesiástico.—**Acosta de Samper**: La mujer española en Santa Fe de Bogotá.—**Alas**: Páginas Castrenses; ¿Por qué está descontento el ejército?—**Alcover**: El pintor de Corinto (poesía).—**Altamira**: La cuestión académica.—**Arenal** (Concepción): La cuestión social y la paz armada; El Congreso Internacional de Amberes.—**Asenjo Barbieri**: La música de la len-

pecho izquierdo. Luego sonrió bajo la caricia de las glotonas y desdentadas encías. Por lo menos ella tenía esperanza. Una madre es la imagen del mundo continuado y salvado. Clotilde se inclinó, encontrándose con los ojos límpidos del niño, que se abrían alegres, deseosos de luz. ¿Qué le diría su hijo para que sintiese latir el corazón bajo el agotado pecho? ¿Qué buena nueva anunciaría con la suave succión de su boca? ¿A qué causa sacrificaría su sangre, cuando fuese hombre robusto por virtud de aquella leche que había bebido? ¡Tal vez no decía nada, tal vez mentía ya, y, sin embargo, Clotilde se sentía tan dichosa, tan llena de absoluta confianza!

Nuevamente las campanas estallaron á lo lejos en repiques. Debía de ser la apoteosis, el instante en que Doña Felicidad, con su paleta de plata, colocaba la primera piedra del monumento elevado á la gloria de los Rougon. El cielo azul, que participaba del alborozo dominguero, estaba de fiesta. Y en el silencio, en la paz solitaria de la sala de trabajo, Clotilde sonreía á su niño, que seguía mamando con su bracito al aire, derecho, erguido como asta de bandera.

FIN

LA ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

AÑO V

Cada número forma un grueso volumen que se vende suelto á

DOCE REALES

La redacción de esta Revista la constituyen los siguientes escritores: **Arenal** (Doña Concepción), **Barrantes, Campoamor, Cánovas, Castelar, Echegaray, Galdós, Menéndez y Pelayo, Pardo Bazán** (Doña Emilia), **Palacio Valdés, Pi y Margall, Thebussem, Valera y Zorrilla**, con los que alternan, en concepto de colaboradores, los primeros publicistas españoles. La parte extranjera estará redactada por **Bourget, Cantú, Coppée, Cherbuliez, Daudet, Dostoyusky, Gladstone, Goncourt, Richepin, Tolstoy, Turguenef** y **Zola**.

Precios de suscrición, pagando por adelantado: En España, un año, *treinta pesetas*.—En las demás naciones europeas y americanas, y en las posesiones españolas, un año *cuarenta francos*, enviando el importe á esta Administración en letras sobre Madrid, París ó Londres.

Todas las suscriciones deben comenzar en Enero de cada año; los que se suscriban después de esta fecha recibirán los números atrasados.

Se remite un tomo de muestra gratis á quien lo pida por escrito á la administración.

El mejor elogio que puede hacerse de esta publicación es insertar el índice de algunos trabajos que en ella han salido á luz durante los cuatro primeros años: véanlo nuestros lectores.

Abate Marchena: Carta sobre el celibato eclesiástico.—**Acosta de Samper**: La mujer española en Santa Fe de Bogotá.—**Alas**: Páginas Castrenses; ¿Por qué está descontento el ejército?—**Alcover**: El pintor de Corinto (poesía).—**Altamira**: La cuestión académica.—**Arenal** (Concepción): La cuestión social y la paz armada; El Congreso Internacional de Amberes.—**Asenjo Barbieri**: La música de la len-

gua castellana.—**Asensio**: Fr. Juan Pérez y Fr. Antonio de Marchena; Recuerdos de antaño; La carta de Cristóbal Colón; La última palabra sobre la salida de Cristóbal Colón en su primer viaje; Martín Alonso Pinzón; Leyenda Colombina.—**Aza**: Puntuación.—**Bulari**: Estudio etimológico y comparativo.—**Balzac**: El verdugo.—**Banville**: El primer amor, *Memento vivere*; Cómo se engaña á las mujeres; El vestido de seda; El coche de alquiler; Duelo de monstruos; De Amicitia; Madama Jossu.—**Barado**: Consideraciones generales acerca de nuestro estado militar.—**Barbey D'Aurevilly**: Un precursor de los dandys; El Cabecilla; El dandismo y Jorge Brummell.—**Bark**: La España contemporánea según un reciente libro ruso.—**Barrantes**: Trueba y sus amigos; Sección Ultramarina (muchos artículos); Nuevas noticias del filósofo Olavide.—**Becerro de Bengoa**: Antonio de Trueba; El monasterio de Carrión; La literatura vasco-navarra en 1889; Buen tiempo hijo.—**Benavente**: Ibsen.—**Benot**: La crisis económica; Las hipótesis; Versificación por pies métricos.—**Bourget**: Barbey D'Aurevilly; Un jugador; Retrato de un humilde.—**Cámara**: Lo que es y lo que debiera ser el ejército.—**Cambronero**: Malasaña y su hija.—**Campión**: La sucesión de D. Fernando VII en Navarra; Contrastes; El Fausto en la música.—**Campoamor**: Humoradas; La poesía desdeñada por la ciencia y por la prosa; Un dogma inédito; Poética; La metafísica y la poesía ante la ciencia moderna; Lo que hacen pensar las canas (dolora); El poder de la ilusión (poema); Doloras y humoradas.—**Cánovas** (Luis); Jaime el Leveche; Un Warterlóo; Escenas de niños (poema).—**Cánovas del Castillo** (Antonio): Carlos V y las Cortes de Castilla; La democracia en Europa y América; Consideraciones histórico-críticas acerca del novísimo aspecto de la cuestión obrera.—**Fray Zeferino González**: El lenguaje y la unidad de la especie humana.—**Carducci**: El buey; A Virgilio.—**Caro** (E.): Las miserias de un dios en el siglo XIX; El pesimismo en el siglo XIX.—**Carracido**: Precursores españoles de las ciencias naturales.—**Castelar**: Necrología de Mancini; Crónica internacional (muchos artículos).—**Castro**: Un girondino español; Un enigma literario; Combates de toros en España y Francia; El Tenorio de Zorrilla; Quintana y Heredia; La "Fabiola"; Curiosidades lingüísticas; Carta inédita de D. Juan de la Sal, obispo de Bona; Cádiz y la primera expedición de Colón; De la esclavitud en España; Algo sobre las cuestiones acerca del primer viaje de Colón.—**Clarín**: Sinfonía de dos novelas; Revista literaria (varios artículos).—**Contumine de Latour**: La literatura española en Francia.—**Coppée**: Flores impuras; Un pedazo de pan; El guarda barrera; Muerte voluntaria.—**Coroleu**: La sociedad catalana en tiempo de los condes de Barcelona; El quijotismo en el mundo gentílico y en la sociedad cristiana.—**Cortejón**: Algunos secretos del lenguaje y estilo del *Don Quijote*.—**Cortina**: Papeles viejos; Indemnización de mesa.—**Cunninghame Graham**: España.—**Cherbuliez**: Guillermo de Humboldt y Carlota Diede; El poeta D. Serafín Estébanez; Hegel y su correspondencia; El rey de Baviera; El rey Apepi; Eduardo el Guapo.—**Dacarrete**: En la playa; En las máscaras.—**Darío**: Invernal.—**Daudet**: La última lección; La defensa de Tarascón; El chiquillo espía; Arthur; El elixir del P. Gaucher; La Arlesiana; El último libro; Una carta de mujer; Costumbres de París; El Papa ha muerto; Sopa de queso; El secreto; La muerte del Delfín; El jardín de la calle de los Rosales; El hombre del cerebro de oro; La partida de billar; Las madres; El sitio de Berlín; Las tres misas rezadas; Un condecorado; El mal zuavo; El prusiano de Belisario; Las emociones de un perdigón rojo; El emperador ciego.—**D'Hervilly**: Durante el sitio de París; En el jardín.—**Delmás**: Cosas de antaño.—**Dostoyusky**: La centenaria; Cálculo exacto; El Mujik-Marey.—**Dumas**: De cómo España no tendrá nunca un buen gobierno.—**Fernández Duro**: Holandeses en América; Concepto Colombino; Reseña crítica del Centenario (muchos artículos).—**Fernández Flórez**: José Zorrilla.—**Fernández y González** (Francisco): Los reyes Acosta y Elier (Agila II).—**Ferrari**: En el arroyo (poema).—**Feval**: La canción del peral.—**Figueroa** (Marqués de): Consideraciones sobre el sufragio universal; El renacimiento literario y artístico en Galicia; La novela aristocrática.—**Flaubert**: Un corazón sencillo; La leyenda de San Julián Hospitalario; Herodías.—**Flores**: El último sueño (poesía).—**Freson**: Bayreuth.—**García-Ramón**: Escritores americanos.—**Gautier**: Enrique Heine; Un boceto de Velázquez; Enrique Regnaul; Autobiografía.—**Gay**: El salón de la baronesa de Staël; El salón de la emperatriz Josefina; Un salón en el mes de Diciembre.—**Giner de los Ríos**: Sobre la idea de la personalidad.—**Gómez de Arteche**: El año militar.—**Goncourt**: Ideas y sensaciones; Querida.—**González Serrano**: La filosofía alemana y la cultura filosófica moderna.—**Guillén Robles**: Estudios sobre la dominación de los españoles en Berbería; Las picardías de Dalila; Una embajada española en Marruecos en 1559.—**Guimerá**: Ultratumba (poesía).—**Guzmán el Bueno y Padilla**: Conquista de Gibraltar; Sitio de Gibraltar por el segundo conde de Niebla.—**Heine**: Rima; Del apéndice al intermezzo; Noche en la playa; Memorias.—**Hugo**: Llamando á una puerta.—**Ibsen**: Casa de Muñeca; Los aparecidos; Hedda Gabler.—**Ixart**: Angel Guerra.—**Koch**: Las infecciones; **Lapoulide**: Conversaciones militar-

res.—**Lasso de la Vega**: La agricultura en la Antigua Roma.—**Laverde Amaya**: La literatura colombiana.—**Leighton**: El arte en España.—**Letamendi**: El motor del porvenir; Escultores-cuervos; La medicina en 1889.—**Longfellow**: A Alfredo Tennyson.—**Loti**: El hospital de Pen-Bron; Un animal sarnoso.—**Llorente**: El movimiento literario en Valencia en 1888; Las letras en Valencia durante el año 1889; Flores impuras.—**Macé**: La Morgue.—**Martínez** (P. Zacarías): El moderno anticristo.—**Matheu**: Rataplán.—**Maupassant**: Pierrot.—**Melida**: Crónica del arte; Exposición retrospectiva del trabajo y las ciencias antropológicas; El arte japonés; Los antiguos monumentos americanos y las artes del extremo Oriente; La arqueología y las artes plásticas en el teatro.—**Méndez**: La delicada.—**Menéndez y Pelayo**: Estudios sobre los orígenes del romanticismo francés; La música de la lengua castellana.—**Mera**: Cartas á D. Juan Valera sobre asuntos americanos.—**Merchán**: Cartas al Sr. D. Juan Valera sobre asuntos americanos; El espinar cubano y la segur barrantina; Un poco de todo; A Lamartine en su centenario.—**Merimée**: La toma del reducto; Mateo Falcone.—**Moltke**: La guerra franco-prusiana.—**Mouton**: El libro japonés.—**Morel-Fatio**: Libros extranjeros sobre cosas de España.—**Morphi**: El año musical en España.—**Musset**: Madrid; A la luna; Rolla (poema).—**Nocito**: El Congreso Penitenciario de San Petersburgo.—**Núñez de Arce**: En el álbum de una chilena.—**Obispo de Oviedo**: La antigua civilización de las islas Filipinas.—**Obligado**: Los Horneros.—**Oliveira Martins**: La geografía á principios del siglo xv.—**Oliver**: Literatura mallorquina en 1889.—**Ortega Munilla**: Máquinas é industrias; Poetas.—**Ossorio y Bernard**: Diccionario de escritoras españolas en el siglo xix; Diccionario de escritoras americanas del siglo xix.—**Oyuela**: Carmencita; Elegía á la memoria de mi hija; Melodía; Triunfo; En la pampa; Noche de luna.—**Palacio**: Poesías; El vulgo; Al Círculo de Bellas Artes; El collar de perlas.—**Palacio Valdés**: Seducción; Niñerías; Oradores políticos; Estética del carácter.—**Palma**: La gran noticia; Filigranas.—**Pardo Bazán** (Emilia): Morrión y boina; La cuestión académica; La Eloísa portuguesa; Cartas sobre la Exposición; Un destripador de antaño; Últimas modas literarias; Travesura pontificia; La mujer española; Planta montés; Las tapias del camposanto; Los Goncourt; Teoría del consuelo.—**Passarge**:—Enrique Ibsen.—**Peña**: Adúltera; Experiencia.—**Peragallo**: Crítica Colombina.—**Pérez Galdós** (B.): Torquemada en la hoguera.—**Petrarca**: El aislamiento.—**Piernas Hurtado**: La cuestión económica.—**Pontmartin**: El baño de la Malibrán.—**Posada**: La literatura de la sociología.—**Querol**: Ultima poesía.—**Rattazzi** (Princesa): Apuntes para mis memorias.—**Renán**: El arte de la Edad Media; Atenas; Recuerdos de mi infancia; Recuerdos de mi juventud.—**Richepin**: La paja húmeda de los calabozos; La señorita Neblina; El babieca de la señá Antoñica.—**Ríos** (Blanca de los): Don Juan; Tradición.—**Riva Palacio** (General): Sor Magdalena; Lorencillo.—**Rivas Frade**: Rima; Diamantes.—**Rodríguez Velasco**: El Groom Rang.—**Romberg**: Las cartas misivas.—**Rubió y Lluch**: Poetas colombianos.—**Sainte-Beuve**: Mad. de Sevigné; Juliana de Krüdner; Madama de Staël.—**Saint-Victor**: La Venus de Milo.—**Sardá**: La literatura catalana en 1888; La literatura catalana en 1889.—**Sbarbi**: No hay hombre sin hombre; Anás.—**Schopenhauer**: La reputación y el punto de honra.—**Sellés**: Un alquimista del siglo xix.—**Shakespeare**: Amor verdadero; Día y noche.—**Stuart Mill**: Mis memorias.—**Sully Prudhomme**: La copa; El viento; Los venideros.—**Thebussem**: Un arbitrio del siglo xvi; Palabrería; Sopas de ajo.—**Tolstoy**: Recuerdos de mi infancia; La sonata de Kreutzer; Marido y mujer; Una corta en el bosque; La muerte de Nicolai Levine; El sitio de Sebastopol; Iván el Imbécil; Tres cuentos; Miguel; Los dos ancianos; Malachka y Akulina.—**Turgueneff**: El judío; El perro; Reliquias vivas; Un incendio en el mar; Los dos hermanos; El insecto; Toc... toc... toc...; Historia del teniente Yergunof; Extraña historia; El rey Lear de la Estepa; Se oye ruido; Un desesperado.—**Urrecha**: El rehén del Patuco; Tinta; El mausoleo.—**Valbuena**: El liberalismo del P. Mariana; El Instituto Geográfico; El coche.—**Valera** (Juan): Novela parisiense mejicana; Tabaré; La religión de la humanidad; Libros y discursos; sobre lo inútil de la metafísica y de la poesía; El renacimiento clásico de la literatura catalana; Portugal contemporáneo; Verdades poéticas; Novela-programa; La metafísica y la poesía; De los autores portugueses que escribieron en castellano; Disonancias y armonías de la moral y de la estética.—**Valladar**: La real capilla de Granada.—**Verga**: Cavalleria rusticana.—**Viada**: Bodas de oro.—**Vidart**: Las obra histórico-militares del capitán Barado; Las corridas de toros.—**Villegas**: Impresiones literarias (varios artículos).—**Wagner**: Recuerdos de mi vida.—**Zahonero**: Cuentos pequeñitos.—**Zola**: Gustavo Doré, Proudhon y Courbet; La literatura y la gimnasia; Balzac; Alfonso Daudet; Victoriano Sardou; Alejandro Dumas (hijo); Flaubert; Chateaubriand; Los Goncourt; Alfredo de Musset; Gautier; Stendhal; Carta á la juventud; Una gran figura literaria; El naturalismo en el teatro.—**Zorrilla**: Averigua quien te dió (cuento); José Valero.

Quedan algunas colecciones de los años 1889, 1890, 1891 y 1892, en las que van comprendidos todos los anteriores

trabajos y otros muchos que no insertamos por no hacer esta lista interminable.

Se vende cada colección á *treinta pesetas* año en rústica y á *cuarenta pesetas* año encuadernada: en América, *cinco pesetas* más por razón de franqueo.

Llamamos muy especialmente la atención hacia LA ESPAÑA MODERNA por ser una magnífica Revista Ibero-Americana en la que colaboran los principales escritores extranjeros y españoles, y porque cada tomo contiene una cantidad enorme de lectura, siempre variada, amena y sabia, bastante á constituir por sí sola la educación intelectual completa del lector.

Además es una publicación baratísima dado lo mucho que contiene cada tomo.

COLECCION DE LIBROS ESCOGIDOS

á tres pesetas tomo.

1.—LA SONATA DE KREUTZER, por Tolstoy.
2.—EL CABECILLA, por Barbey d'Aurevilly.
3.—MARIDO Y MUJER, por Tolstoy.
4.—RECUERDOS DE MI VIDA, por Wagner
5.—DOS GENERACIONES, por Tolstoy.
6.—QUERIDA, por Goncourt.
7.—EL AHORCADO, por Tolstoy.
8.—HUMO, por Turguenef.
9.—LAS VELADAS DE MÉDAN, por Zola.
10.—EL PRÍNCIPE NEKHLI, por Tolstoy.
11.—RENATA MAUPERIN, por Goncourt.
12.—EL DANDISMO, por Barbey d'Aurevilly.
13 y 14.—JACK, por Daudet.
15.—EN EL CÁUCASO, por Tolstoy.
16.—NIDO DE HIDALGOS, por Turguenef.
17.—ESTUDIOS LITERARIOS, por Zola.
18.—MISS ROVEL, por Cherbuliez.
19.—MI INFANCIA Y MI JUVENTUD, por Renán.
20.—LA MUERTE, por Tolstoy.
21.—GERMINIA LACERTEUX, por Goncourt.
22.—LA EVANGELISTA, por Daudet.
23.—LA NOVELA EXPERIMENTAL, por Zola.
24.—UN CORAZÓN SENCILLO, por Flaubert.
25.—EL JUDÍO, por Turguenef.
26.—LA TEMA DE JUAN TOZUDO, por Cherbuliez.
27.—MIS MEMORIAS, por Stuart Mill.
28 y 29.—ESTUDIOS JURÍDICOS, por Macaulay.
30.—MIS ODIOS, por Zola.
31.—LA CASA DE LOS MUERTOS, por Dostoyuski.
32.—NUEVOS ESTUDIOS LITERARIOS, por Zola.
33.—LA NOVELA DEL PRESIDIO, por Dostoyuski.
34.—EL SITIO DE SEBASTOPOL, por Tolstoy.
35.—ESTUDIOS CRITICOS, por Zola.
36 y 37.—HISTORIA DE AMÉRICA, por Campe.
38.—EL SITIO DE PARÍS, por Daudet.
39.—MARTÍN ALONSO PINZÓN, por José María Asensio.
40.—AMORES FRÁGILES, por Cherbuliez.
41.—MEMORIAS DE ENRIQUE HEINE.
42.—ESTUDIOS DE ANTROPOLOGÍA CRIMINAL, por E. Ferri.
43.—CASA DE MUÑECA, por Enrique Ibsen.
44.—LA ELISA, por E. Goncourt.
45.—ANTROPOLOGÍA Y PSIQUIATRÍA, por Lombroso.
46.—NOVELAS DEL LUNES, por Alfonso Daudet.
47.—EL REY LEAR DE LA ESTEPA, por Turguenef.
48.—LOS COSACOS, por el Conde León Tolstoy.
49.—TRES MUJERES, por Sainte-Beuve.
50 y 51.—EL NATURALISMO EN EL TEATRO, por Zola.
52.—IVÁN EL IMBÉCIL, por Tolstoy.
53.—LOS APARECIDOS Y HEDDA GABLER, por Ibsen.
54.—EUGENIA GRANDET, por H. Balzac.
55.—RAMILLETE DE CUENTOS, por varios autores.
56 y 57.—MEMORIAS ÍNTIMAS, por Ernesto Renán.
58.—EL PESIMISMO EN EL SIGLO XIX, por E. Caro.
59.—CARTAS DE MI MOLINO, por Alfonso Daudet.
60.—UN DESESPERADO, por Iván Turguenef.
61.—LA FAUSTIN, por E. de Goncourt.
62.—PAPÁ GORIOT, por H. de Balzac.
63.—EL CANTO DEL CISNE, por Tolstoy.
64.—UN IDILIO DURANTE EL SITIO, por Francisco Coppée.
65.—EL SUICIDIO Y LA CIVILIZACION, por E. Caro.
66.—FILOSOFÍA DEL ARTE (La pintura en Italia).
67 y 68.—LOS NOVELISTAS NATURALISTAS, por Zola.
69.—TERNEZAS Y FLORES.—AYES DEL ALMA.—FÁBULAS, por Campoamor (tomo I de sus obras completas).
70.—SALONES CELEBRES, por Sofía Gay.
71.—EL CAMINO DE LA VIDA, por Tolstoy.
72.—EL HIPNOTISMO, por Lombroso.
73.—NUEVOS ESTUDIOS DE ANTROPOLOGÍA CRIMINAL, por Lombroso.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

74.—La Pintura en los Países Bajos, por Taine.
75.—Placeres viciosos, por Tolstoy.
76.—Ursula Mirouet, por Balzac.
77.—El dinero y el trabajo, por Tolstoy.
78.—Estudios escogidos, por Arturo Schopenhauer.
79.—Doloras, cantares y humoradas, por Campoamor (tomo II de sus obras completas).
80.—Primer amor, por Turguenef.
81.—El Trabajo, por Tolstoy.
82.—Tesoro de Cuentos, por varios autores.
83.—Aplicaciones judiciales y médicas, por César Lombroso.
84.—La perla negra, por V. Sardou.
85.—Mi confesión, por Tolstoy.
86 y 87.—El doctor Pascual, por E. Zola.
88.—La Conquista del pan, por Kropotkin.
89.—Paula Mere, por Cherbuliez.
90.—El arte en Grecia, por Taine.
91.—Aguas primaverales, por Turguenef.

OBRAS DE DERECHO

La casa de los muertos (La cárcel), por Dostoyusky, 3 pesetas.—*La novela del presidio*, por id., 3 id.—*La cuestión de la pena de muerte*, por Carnevale, 3 id.—*El visitador del preso*, por Concepción Arenal, 3 id.—*El duelo y el delito político*, por G. Tarde, 3 id.—*El delito colectivo*, por Concepción Arenal, 1,50 id.—*Estudios jurídicos* por Macaulay (dos tomos), 6 id.—*Antropología criminal* por E. Ferri, 3 id.—*Antropología y psiquiatría* por Lombroso, 3 id.—*El suicidio y la civilización*, por E. Caro, 3 id.—*Derecho administrativo*, por Meyer y Posada, 5 id.—*La administración política y la administración social*, por Posada, 5 id.—*El derecho de gracia*, por Concepción Arenal, 3 id.—*La criminalidad comparada*, por G. Tarde, traducción, prólogo y notas por A. Posada, 3 id.—*El hipnotismo*, por Lombroso, 3 id.—*Nuevos estudios de antropología criminal*, por Ferri, 3 id.—*La nueva ciencia jurídica*, dos grandes volúmenes, 15 id.—*La criminología*, por Garofalo, un tomo, 10 id.—*Indemnización á las víctimas del delito*, por Garofalo; traducción, prólogo y notas de Dorado Montero, 4 id.—*Las transformaciones de derecho*, por G. Tarde, traducción, prólogo y 120 notas por Adolfo Posada.—*La Justicia*, por Spencer.

LA CRIMINOLOGÍA

ESTUDIO SOBRE EL DELITO
Y SOBRE LA TEORÍA DE LA REPRESIÓN

POR

R. GAROFALO

Profesor de Derecho penal en la Universidad de Nápoles, Presidente del Tribunal civil de Pisa, con un apéndice sobre «Los Términos del problema penal», por Luis Carelli.—Unica edición española con multitud de adiciones y reformas hechas por su autor, y no comprendidas en las ediciones italianas.—Traducción por

PEDRO DORADO MONTERO

Catedrático de Derecho penal en la Universidad de Salamanca: Precio, **diez** pesetas.

DERECHO ADMINISTRATIVO

LA ADMINISTRACIÓN
Y LA
ORGANIZACIÓN ADMINISTRATIVA

en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria

POR

J. MEYER

Véase, acerca de esta obra, el siguiente suelto que ha visto la luz en *El Liberal*:

«Este libro, que tanta resonancia ha tenido en las cuatro naciones de cuya administración se ocupa, pasa por ser el mejor tratado de Derecho administrativo publicado hasta hoy; la traducción está hecha directamente del alemán por el catedrático de la asignatura en la Uni-

versidad de Oviedo, Sr. Posada, quien ha agregado á la obra famosa un nuevo tratado que comprende la Administración y la organización administrativa en España.

Este libro, de tanto interés para los abogados y políticos, ha sido esmeradamente impreso en buen papel, y forma un grueso volumen que se vende á **cinco pesetas** en las principales librerías.

TOMO SEGUNDO Y ULTIMO

La Administración política y la Administración social

EXPOSICIÓN CRÍTICA
DE LAS TEORÍAS Y LEGISLACIONES ADMINISTRATIVAS
MODERNAS MÁS IMPORTANTES
POR

ADOLFO POSADA

profesor de Derecho político y administrativo en la Universidad de Oviedo.

Esta obra constituye el necesario complemento de la de Meyer y Posada sobre Organización administrativa.

Forma un hermoso volumen de *quinientas* páginas.—**Cinco pesetas** en las principales librerías.

PEQUEÑECES...

CURRITA ALBORNOZ

AL P. LUIS COLOMA

Precioso folleto escrito por D. Juan Valera. Precio, **una peseta.**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS